

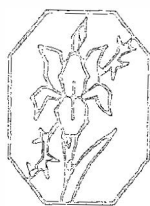
ESPIGANDO

II

VICENTE GARRIDO PASTOR

ESPIGANDO

II



VALENCIA

2004

*Nihil obstat: Ilmo. Mons. Ramón Arnau García, Censor.
Imprímase: Ilmo. Sr. D. Eduardo Margarit Solbes, Vicario
General. Valencia, 15 de marzo de 2004.*

© Instituto Secular Obreras de la Cruz

I.S.B.N. 84-920343-7-8

Depósito legal: V. 2.397 - 2004

Artes Gráficas Soler, S. L.

La Olivereta, 28 - 46018 Valencia

PRESENTACIÓN

El libro *Espigando II* contiene pensamientos, consejos, advertencias y comentarios que el Padre expuso en las pláticas y meditaciones de los Ejercicios Espirituales dados a las Obreras, y que han sido publicados en el Boletín de Información del Instituto, desde el año 1996 al 2003.

Los textos, lo mismo que en el primer *Espigando*, están agrupados teniendo en cuenta la idea más destacada de su contenido. En este segundo volumen se han incluido algunas materias que no figuraban en el anterior, y se han omitido otras que aparecían en aquél.

El propósito de esta nueva publicación es que su lectura nos ayude a renovarnos continuamente en la fidelidad al don de nuestra vocación.

— — — — —

D I O S

Reino de Dios

1. ¿Cuál es la empresa divina de Jesucristo? El reino de Dios; establecer su Iglesia, propagarla, como portadora de los sacramentos, de la gracia y de la salvación, como portadora de la verdad eterna, que ha de alumbrar la inteligencia del hombre y ha de fortalecer el corazón humano. No es, pues, humana. Lo humano será un medio, un instrumento para la empresa divina. Pensar lo contrario es no comprender a Jesucristo. Y el mundo no le comprendió. Es tan difícil... Por eso pasó por el mundo predicando, enseñando, haciendo milagros, haciendo bien a todos, y murió incomprendido, solo, abandonado. Por el egoísmo humano, por las pasiones desordenadas del hombre. Cumplióse aquello del profeta: "Ojos tienen y no ven, oídos tienen y no escuchan", corazón que cierran, endurecido a los toques de la gracia divina. Esto es tan claro, tan evidente en el plano de la fe, que no admite ni la más mínima sombra de duda.

2. Dijo el Señor, y os lo repito, esta frase que vosotros conocéis mucho: que si el grano de trigo no se corrompe en la tierra, para nada sirve. Nosotros interpretamos que ese trigo, al corromperse, es un conjun-

to de mortificaciones, de vencimientos, de luchas, para adquirir méritos..., ¡no! El Señor, refiriéndose a Él, dice que es el grano de trigo que va a morir en la cruz. No para ganar méritos, que Él no necesita; sino que va a morir en la cruz para producir una ampliación, una extensión de la gran comunidad que Jesucristo ha fundado, que es su Iglesia. Cuando nosotros nos corrompemos en este sentido, es decir, que sufrimos, que padecemos, que nos vencemos, no es para adquirir méritos, no; es para que se produzca un crecimiento grande en la Iglesia. De modo que no hay apostolado sin que le acompañe esa corrupción, esa muerte de nosotros mismos, el sacrificio de nuestra propia vida.

Voluntad de Dios

3. La voluntad de Dios es, diríamos, exclusiva, particular, concreta; siempre dejando a salvo la libertad del hombre; es aquello que Dios de una manera especial manifiesta; que nosotros no podemos dejar de reconocerlo, aunque podemos resistir.

La voluntad de Dios nunca nos quita la libertad. Lo que hace es abrirnos camino al uso recto de nuestra voluntad. Nosotros podemos decir sí o no, como la Virgen dijo "fiat" y, en aquel instante, hubiera podido decir no. De lo contrario, el consentimiento de la Virgen sería una cosa obligatoria, a la fuerza. No tendría mérito, no tendría responsabilidad en ese momento.

Nosotros, usando de esa libertad, nos hacemos pecadores, o nos hacemos santos. Nos hacemos buenos, o nos hacemos malos. Pero si queréis andar seguras, formad vuestra conciencia sobre estas dos bases: la ley de Dios bien interpretada, y los consejos del Señor bien interpretados. La ley nos obliga. Los consejos nos abren un camino de perfección cristiana.

4. ¿Para qué ha creado Dios las criaturas? Las hizo como una demostración de su amor, de su excelencia, de sus perfecciones divinas. ¡Cómo manifiestan su magnificencia, y de qué manera tan singular y tan exacta cumplen la voluntad del Creador! Nada le falla. El mundo canta la excelencia de un Creador eterno e infinito. Dios está en las cosas, Dios vive en ellas, se refleja en ellas, como en el cristal de las aguas se refleja la sombra de aquel que la contempla. Por eso dice san Pablo que todas las criaturas por Él han sido hechas, y en ellas vive y en ellas actúa; en ellas obra, y en ellas pone su sostén, su conservación, como está el artífice en su obra.

Pero Dios ha hecho las criaturas mirando al hombre, para el bien de éste. Y ¿cuál será el bien del hombre? Primeramente el bien espiritual, para que el hombre pueda vivir como un ser semejante a Dios. ¿Y cómo podrá el hombre vivir como un ser semejante a Dios, como ser espiritual, usando de las criaturas? Solamente cuando el uso que haga de ellas sea recto, sea ajustado a la voluntad de Dios y conforme a la ley divina expresada en los mandamientos, que son, a la vez, expresión del querer divino.

5. Los tiempos, los signos de los tiempos, no son signos de cruz, no; son signos de los vientos, de soltar las amarras de la navecilla de nuestra persona, para hacer lo que le dé la gana. Ya, las ataduras de unos mandamientos, de unas leyes de Dios, de unas disposiciones, no valen; no vale más que la libertad, hacer lo que a uno le plazca.

La vida cristiana hay que basarla en un seguimiento de Jesucristo. Si soy cristiano, he de vivir imitando a Jesucristo. Si Jesucristo me ha llamado de un modo especial, como un instrumento de su glorificación, de-

bo dejarme manejar como un instrumento suyo. Todo lo que me desvía de esta actuación como instrumento, no vale para mí; eso no cuenta en mi vida.

6. ¿De dónde nace el estado de melancolía o de amarga tristeza? Puede nacer de varias causas. Señalaremos algunas.

Nace de que la persona que la padece no sufre con resignación las cruces que llueven sobre ella, lo que indica que su voluntad no la conforma con la de Dios y aún conserva su propio querer. Pongamos por caso, una persona que estaba llena de alegría, se le hace un desprecio, y cambia enseguida. No ha sabido aceptar la cruz. Si supiera soportar la cruz no perdería la alegría. ¿Qué más da el desprecio que la alabanza delante de Dios? Luego, aquellas personas que tienen su voluntad unida a la de Dios no son atacadas de melancolía. Hay, pues, que desterrar la melancolía o amargura. Los caminos del alma son de paz. Quiere el Señor que nos acerquemos a Él con alegría y con gozo.

7. Dios nos ha dado el ser. Lo tenemos en nuestras manos; disfrutamos y disponemos de él. Pero no somos dueños absolutos de nosotros mismos. El dueño absoluto continúa siendo Dios Creador; manda sobre nosotros y puede disponer a su placer, como guste. No hay razón en nosotros de orgullo ni soberbia.

El pecado nació de la rebeldía. Nació de que el ángel no quiso reconocer a Dios como Creador supremo. Quiso ser tanto como Dios. Nace en el hombre, ordinariamente, del espíritu de soberbia interior; no se conforma con esa situación; no se conforma con ese estado de humillación, con esa enfermedad, con tener junto a sí el trato de una criatura... Falta espíritu de sujeción, de heroísmo espiritual, sin el cual no se llega

a ser un alma de virtud y santidad. El que tiene espíritu de docilidad a la voluntad de Dios, lo domina todo. Es como una piedra que se acopla en todas partes, que está centrada en Dios.

8. Hay muchas faltas de sujeción a la voluntad de Dios, al orden que Él va estableciendo en nuestra vida. De ahí salen las quejas; la mayor parte de las personas pasan la vida quejándose, y se quejan de ¡tantas cosas! Unas, del trabajo, del excesivo trabajo, de la condición del mismo, del lugar que se les ha señalado; otras, de esta criatura; otras, de la otra criatura; otras, de si me han agradecido o no me han agradecido; si este cargo, si el otro cargo. La vida es un continuo lamento de quejas, muchas de ellas sin base; y aun teniéndola, acusan muy poca virtud porque, aun siendo una situación injusta, como hay muchísimas en el mundo, si uno mira la injusticia, brotará de su labios la queja; pero si mira en ello el modo que Dios ha querido para su santificación, entonces verá aquí la voluntad de Dios. Así hallaremos motivos más que suficientes para afinarnos y no lanzar nuestras quejas. De las permisiones de Dios, hemos de sacar un bien. Cuántas cosas se solucionarían rápidamente, si miráramos muy alto; cuántas montañas que se nos presentan, no serían ni siquiera granitos de arena, si tuviéramos un espíritu más elevado; cuántos conflictos, que no son conflictos, quedarían solucionados rapidísimamente.

9. Sumisión a las disposiciones divinas. Es Dios quien rige todos nuestros pasos. Bendita el alma que sabe rendir su voluntad a los pies de Jesús, que no tiene otro querer que el querer de su Dios. Dichosa el alma apostólica que no tiene otra fuerza que la nueva, que la disposición del Señor, aunque la llevase por ca-

minos torcidos. Y ¡cuánta falta hace el vivir este espíritu! Un poco que vosotros os deis, lo veréis. En el mundo, de esto hay muy poco.

Amor a Dios

10. Estamos en este mundo para conseguir el máximo en nosotros, el máximo en las almas y el máximo para Dios. El máximo en nosotros, es decir, nuestra unificación con Jesucristo; no hay instante en el día en que no podamos vivir sin estar compenetradas con Él. El máximo para los demás, en nuestra producción, en nuestro apostolado, en nuestro trabajo; realmente, aunque ponemos esfuerzo, hay que reconocer que aún podemos poner más; que si nos sentimos agotados, dentro de este agotamiento, un arranque en la voluntad nos hace superarnos a nosotros mismos, para poder decir, un día, que hemos consumido el tiempo para Dios. El máximo para el Señor. El tiempo es para glorificar a Dios.

La Obrera no ha de pasar ningún momento en que no glorifique al Señor. Esto es lo que nos envuelve. Éste es el ambiente que hay que respirar; esto es lo sobrenatural, dentro del cual nos hemos de cobijar. A veces nos absorben las cosas de la tierra, y arrancan nuevos medios para fijarlos únicamente en ella, sin pensar la relación que estas cosas tienen con la eternidad. Alguna vez debemos decirnos: todo bien, pero ¿de qué aprovecha esto para la eternidad?

11. Yo quisiera, mis Obreras, que valorarais toda vuestra vida en orden a vuestro eterno porvenir. Vuestro trabajo de apostolado, vuestra vida propia personal, vuestro trato íntimo, vuestras conversaciones,

vuestros ratos de recreación, todo. Que no falte nunca la presencia de Dios, hasta en el detalle más pequeño vuestro, hasta en un gesto; hasta en una palabra, hasta en un modo de dar. Que no falte nunca el gusto de Dios.

Así se redime el tiempo. Esto es vivir para Dios, esto es vivir de Dios, esto es vivir impregnados de Dios. El mundo no lo ve así, pero nosotros, aun estando en el mundo, no hemos de ser del mundo. Os sentiréis otras. De seguro que cambiaríais muchas veces el rumbo, en algunos planes que os forjáis. Os influirá en gran manera en la transformación de vosotras mismas. No busquéis glorias humanas, sino la gloria divina. Amad el tiempo, tenedle cariño. Un minuto que pasa, es un minuto que nos acerca a Dios. Un minuto que pasa, es un minuto en que puedo yo amar más a Dios, o hacer algo por Dios.

12. Si totalmente somos de Dios, nuestro corazón totalmente debe ser para Dios. Si tiene poder absoluto sobre nosotros, toda la función, la potencia afectiva de nuestro caminar, debe levantarse hacia Dios. Amemos la criatura, pero pasando por ella, para dejar la huella de caridad, la huella de hermandad, de fraternidad, que Dios nos enseña, pero no para pararnos en ella. Esto sería un robo que haríamos al amor que debemos totalmente a Dios. Andemos con cuidado en este gobierno de nuestro corazón. Con mucha facilidad, en la vida espiritual, las personas de vida piadosa no advierten los apegos, que no son, a veces, muy edificantes, nunca convenientes y, otras veces, muy perjudiciales. Guardad vuestra independencia.

Os advierto mucho que nunca dejéis entrar en vosotras esos apegos que se ven en personas que van como eslabonadas entre sí, no por una convicción hacia

Dios, sino por un afecto puramente particular. Esto no es amar a Dios. Esto no es tener todo el corazón en Dios. Cada una viva su vida, y vivamos totalmente para Dios.

13. Quisiera que nunca perdierais de vista en vuestro trabajo apostólico el espíritu auténtico, el que movió a Jesucristo, el amor a las almas y el amor a su Padre. No buscó su gloria. Buscó cumplir la voluntad de su Padre, su gloria. Esta gloria es la que nosotros hemos de buscar. Por eso en el Padrenuestro decimos: "Santificado sea tu nombre". Buscamos la glorificación externa de Dios, porque la interna la tiene, no se la puede aumentar, la tiene infinita.

Yo quisiera, pues, que nunca perdierais ese espíritu auténtico que debe animar en todo momento a aquel que trabaja apostólicamente: la caridad, el amor de Dios. Que por ese amor de Dios, así, por ese amor de Dios, por esa fuerza interna y secreta, os movieseis en vuestro trabajo. Que este amor sea el perfecto.

Confianza en Dios

14. La vida de confianza en el Señor ha de ser un distintivo vuestro, oídllo bien. Y ha de ser un distintivo racional, es decir: que va acompañada de vuestras obras, de vuestra cooperación. Hemos de advertir aquí o evitar que esta confianza, que ha de ser muy grande, muy grande, yo diría, sin límite, no sea una confianza que derive en presunción o vanagloria. Es decir, en presunción, porque confiemos en nosotros, y nos atribuyamos el éxito de nuestros trabajos; en vanagloria, porque nos ufanemos atribuyéndonos el honor y la gloria que la criatura nos dé en nuestros trabajos.

¿Cómo armonizar la confianza ciega en Dios y, al mismo tiempo, no caer en la presunción y vanagloria? Sencillamente, teniendo siempre a la vista que la gloria que da la criatura por nuestros triunfos, supongamos, o ese salimos las cosas bien, no lo atribuyamos a nuestra persona, sino que diremos: Dios se ha querido valer de nosotros. Nos quiere dar esa suficiencia para que produzcamos tales frutos, que si esa suficiencia se la diese a otra persona, lo haría la otra. Nunca perdamos de vista que lo que hacemos, lo que conseguimos, lo hacemos con suficiencia, pero suficiencia recibida de Dios, que no ha querido valerse de nosotros más que como de un medio. La confianza, así, así.

15. Nada bueno podemos hacer sin la moción de la gracia divina. Equivócanse quienes, confiando en sus propias fuerzas, piensan resolverlo todo. Prepárense para el fracaso. ¿Causas? Escasa vida de fe y exceso de confianza propia. En nuestras manos está el cooperar a la gracia de Dios que está en nosotros. Cuando cooperamos a esta gracia, se produce el cambio de la voluntad.

16. Nadie que busca al Señor dejará de encontrar remedio a sus necesidades espirituales, os lo aseguro. ¡Nadie! En esta búsqueda del Señor nos hemos de olvidar de la personilla nuestra. No hemos de ir pensando en nosotros. Hay que dejar el yo. Es el olvido de nosotros mismos. Es una fuerza interior que nos lleva a Jesús, en el cual solamente vemos el poder, la bondad, la misericordia, la caridad que fluye del corazón divino en donación hacia los hombres. Ya no vemos otra cosa. Es el hijo que no ve más que al padre. No es el hijo que ve sus vicios, el desastre de su vida, no; es el hijo que no ve más que a un padre.

Ése es el acercamiento que debemos hacer, en cada momento, hacia Dios. Y el Señor nos sale al encuentro. ¡Cómo descarga las gracias en los que le buscan así! Si supiéramos buscarle... Si dejando el contrape-so del yo, supiéramos tener un arranque de vuelo del corazón... Si supiéramos vivir una alta vida de fe... Si en nosotros aletease fuertemente esa virtud de la con-fianza...

Servicio de Dios

17. ¿Hay sentido de Dios en la vida actual, en este mundo, en la sociedad, incluso entre nosotros, entre los cristianos? ¿Hay sentido de Dios en la vida, o hay sentido de mundo, de vanidad?

Bien pronto caemos en la cuenta, si no queremos cerrar nuestros ojos, de que priva el sentido de mundo y no el de Dios, aun entre los cristianos y entre las per-sonas elegidas por el Señor para estar más cerca de Él. ¡Qué pena da! Yo lo siento así, mis Obreras. Y a veces pienso y hablo, y obro, pero... no caen en la cuenta, no quieren caer en la cuenta. ¡Cuánta pena da ver entre las personas ya consagradas a Dios la infiltración de un sentido de mundo, a la vez que se va perdiendo el gusto de las cosas espirituales! Ya nada dice la ora-ción, nada dice la presencia de Jesucristo, nada dice la intimidad interior, nada dice la vida profunda de Dios en nosotros, nada dice el vivir como rellenos de Dios en cada momento, nada dice la sobrenaturalización de todos nuestros actos. Es una atmósfera material, natu-ralista, humanista, la que va impregnando la vida; no hay más que “persona humana”, “humanismo”, pero un humanismo que nos va alejando de Dios.

Preguntamos ¿es Dios el Señor a quien se sirve?

No. Son cosas contrarias. Y viene la elección. O amarás a uno u odiarás a otro; eso depende de nosotros. Vamos a elegir: el uno me mandará cosas ásperas, difíciles, inmolaciones; el otro me ofrecerá un programa lleno de promesas muy gratas, muy agradables, pasajeras, que el tiempo deshojará.

Y he de elegir a qué señor voy a servir. Ya lo hemos elegido. Pero es que en la práctica, cada día, mis Obreras, necesitamos elegir. ¿Qué elegiremos? Lo dice Jesús en el Evangelio: elegirás lo que amas y rechazarás lo que odias. Si amo al mundo, elegiré al mundo. Si amo a las pasiones, elegiré a las pasiones; si amo a las criaturas, con afecto de apego, elegiré a las criaturas... Querer y no querer a la vez, es imposible. Si amo a Cristo elegiré a Cristo. La elección es mía. Si prefiero esas cosas, esos señores, al Señor de verdad..., libre soy, usando mal de mi libertad. Por eso asumiré toda la responsabilidad.

18. Vivid con todo sin pegaros a nada. Éste es el espíritu de Cristo. Que se os meta muy adentro para que no perdáis esta característica que la Obrera ha de llevar: el ser como Jesús. Lo demás, por añadidura. Dios no nos falta. Que vuestra aspiración sea siempre Dios. Renovad esto en la cuna del sagrario, donde se repite la acción del Verbo humillándose y haciéndose pobre.

Así como el Eterno Padre mandó a los ángeles a cantar el Gloria a Dios en las alturas, así las Obreras sois ángeles que Dios envía y que hacéis práctica la norma del trabajo apostólico y de dar gloria a Dios.

19. A veces, estando cerca del Señor, mucho tiempo, llegamos a no comprenderle, llega a faltarnos la fe. ¿No comprender al Señor? Es gordo, cuando vivimos con Él. Nos imaginamos que viene a darnos aquí, el

mundo entero de placeres, de bienestar, ¡no! Si es el Mesías de los pobres, de los que padecen, de aquellos que llevan el alma limpia, de aquellos que ansían el Reino de Dios. Es el rey de la mansedumbre, el rey de la humillación, el rey que nos enseña a despegarnos de la tierra, aun viviendo en la tierra, marcándonos el camino que hemos de seguir, siempre en vuelo hacia Dios.

¿Es que no hemos comprendido lo que es una entrega total a Jesucristo? ¿Es que no queremos ver lo que significa el Señor, en su vida y en su doctrina? ¿Es que será más verdad lo que el mundo dice que lo que ha dicho Él? ¿Que acaso su palabra no es Verdad? La Verdad ¿puede pasar? La verdad es siempre verdad; el error es el que pasa, como desaparece una nube de verano cuando la empuja el sol. La verdad es permanente.

20. El alma de Dios no se desdeña de nada que pueda ser para gloria de Dios. Solamente se desdeña de aquello que no es para el Señor; eso sí, aunque sea una cosa muy alta, eso lo desprecia, pero todo lo que pueda servir al Señor, eso es noble, porque la nobleza del acto hay que tomarla de la persona a quien se dirige y la intención con que lo hacemos. Esto hace que en nosotros haya un espíritu de convivencia, de que sea un hecho esa verdadera fraternidad, de que viviendo en desigualdad vivimos en igualdad; viviendo en graduación, vivimos compenetradas. Sólo cuando el “yo” se rebela, es cuando se introduce el desequilibrio.

Mas os digo, mis Obreras, que os alegréis de ocuparos en menesteres bajos, que os alegréis, que no os pese nunca. Acordaos de lo que dice Jesús: cuando hubiéreis hecho todas las cosas que se os han mandado, entonces aún tenéis que decir: Señor, siervos inútiles

somos. Es como dice san Pablo: darnos a todos del todo; es decir, vivir en el plano de la vida sin perder nuestra dignidad, que no se pierde por eso. ¿Es que uno perderá su talento si está barriendo?

21. La Obrera, sirviendo a la criatura, a ese pobre, a ese enfermo, en aquel Cenáculo, en aquella casa, donde sea, está sirviendo a Dios. Y el buen servidor, para prestar servicios leales y fieles, es verdad que necesita mucho sacrificio de su propia persona, mucha abnegación de su propia voluntad y gran desprendimiento. Pero, ¿cabe algo más grande en nuestra vida que servir únicamente a Dios?

22. Para nosotros, el mundo con todas las cosas que nos presenta, no tiene valor sino en cuanto que en él hay almas que ganar para Dios. Humanamente visto, qué sacamos de vivir un año o dos o tres más, si solamente es vivir el cuerpo. ¿Qué provecho se nos viene con ello, sino padecer tres años más? ¡Si al fin y a la postre, ya sabemos el resultado! Una losa, una sepultura, nada.

Pero si lo miramos como medio que el Señor nos da para nuestra santificación, nuestro rendimiento, nuestra perfección, entonces sí, un año, dos, y tres más, los hemos de bendecir y alabar, porque es para llenar más ese granero del cielo, es para purificar más nuestra alma, es para dar más servicio a Dios, es para ofrecer más el amor de nuestro corazón a Dios, es para acaudalar para el día de mañana, atesorando lo que no puede perecer.

23. Para llegar a la consecución de nuestra finalidad suprema, y realizarla, hay un camino, por el cual es preciso andar, y del cual no nos podemos salir. Lo dice

Jesús: "Yo soy el camino". No hay otro. Esta sentencia, estas palabras, hay que tomarlas en sentido exclusivo: no hay otro camino. Fuera de él, es imposible llegar nosotros a nuestro término que deseamos.

Ni es la ciencia del hombre, ni son los inventos, ni es la multitud de inventos, ni lo mejor que podamos pensar de este mundo; esto no es el camino. El camino es Jesucristo, es nuestro divino Salvador.

Si no estamos dentro del camino del Señor, ¿adónde vamos? ¿Conseguiremos el destino? ¿Conseguiremos la finalidad? ¿Para qué nuestra vida? ¿Para qué tanto sacrificio?

24. El Apóstol dice: habéis vencido porque sois de Dios, por eso habéis vencido al Maligno. Y ser de Dios ¿qué es? Tener el espíritu de Dios. Ser de Dios ¿qué es? Vivir conectados con Él. Ser de Dios ¿qué es? Llevar la doctrina que Jesucristo nos ha comunicado, llevarla a la práctica y sembrarla profundamente en el campo de nuestra vida, y hacer que produzca muchísimo fruto.

25. En realidad os digo, tal como lo siento: en el mundo, para mí, nada tiene importancia, más que amar a Dios, servir al Señor, para eso estamos. Lo demás, se pisa, se vence, se supera. Estas cosas que vosotros comprendéis muy bien, yo os las recuerdo para que sigan sirviéndoos de base a vuestra vida sólida de Obreras. Con el fin de que en el mundo actual, que tanto pelagra por la influencia de un modernismo descarriado, permanezcáis firmes en la práctica de la virtud. Y que ninguna fuerza os pueda hacer salir de este cauce, en el cual habéis de encontrar vuestra paz y vuestra verdadera glorificación.

26. Desilusión. Suena esta palabra en la boca de muchos dedicados al apostolado. Desilusiones, porque veamos cosas defectuosas en las personas, al tratar con ellas; desilusiones porque en nuestra actuación apostólica no cojamos el fruto, o nos resulte muy dificultoso el poder producir algo que satisfaga nuestro corazón. ¿Pero qué es lo que satisface nuestro corazón: la producción de aquello, lo que sembramos, o el haber cumplido con nuestro deber, el haber ofrecido nuestro cansancio, nuestro sudor, nuestra palabra, nuestro esfuerzo, por la gloria de Dios? ¿Es que trabajo por coger un fruto, o trabajo por Dios?

Nunca en vosotras quepa la desilusión. El que por encima de las cosas y personas obra, buscando a Dios, llevado del amor de Jesucristo, nunca tiene desilusiones. Porque lo que puede acontecer en el trato con las criaturas, en su siembra, en su trabajo, lo tiene ya todo prevenido.

27. Aficiémonos en la voluntad de servicio. No haya nada en nosotros que rebaje nuestro nombre.

Dad el sentido, en todas partes, de espiritualismo. Yo quiero, y es voluntad del Señor, que os distingáis por ese sello de Dios... Que la fuerza de la convicción, del amor divino, sea siempre más potente que la fuerza que el mundo pueda ejercer sobre vosotras. En el mundo hemos de vivir, pero en él hemos de glorificar a Dios. Nos hemos de santificar y santificar a las almas, llevarlas a Jesús por nuestro trabajo.

28. Tenemos dones recibidos, indudablemente. Quien más, quien menos. Y estos dones se nos han dado para utilidad del prójimo. El Apóstol dice: "De entre estos dones, aspirad a los mejores". Los mejores, ¿sabéis cuáles son? De entre todos, servir al Señor cada uno,

poniendo en actividad las facultades que de Él ha recibido.

Gloria de Dios

29. El mundo, en general, hemos de decir que es un algo, un complejo, una totalidad de criaturas que tienen una misión que cumplir, que es glorificar a Dios. Pero este mundo, el racional ya, se ha impuesto ciertas obligaciones a sí mismo; obligaciones que quiere imponer a todos sus miembros; y estas obligaciones no son las que parten del cumplimiento de la ley de Dios, sino de sus propias exigencias, que nacen de los propios instintos no controlados, o de satisfacciones puramente materiales, en las cuales busca la felicidad, que en el mundo no se encontrará nunca; quizá, alguna sombra de felicidad.

Este mundo se nos quiere imponer, con sus modas, con sus modos, con sus actitudes, con sus novedades. ¿Es que nosotros no vamos a tener esa consistencia en nuestro propio ser, esa santa independencia de nuestra personalidad, en medio del mundo, para no ser unas pelotas que nos movamos a merced y a capricho de lo que el mundo quiera?

Y el mundo, ¿qué es, en este caso, sino la voluntad de ciertas personas que no suelen ser de Dios, que no están movidas por Dios y que nos quieren imponer su tiranía? Quien no sabe sobreponerse al mundo, entendiéndolo al mundo en este sentido, no se ha superado a sí mismo; no tiene la independencia de Cristo en su corazón; no ha logrado la santa libertad. Podemos decir que es un esclavo que le sirve.

30. ¿Para qué queremos la vida sino para Dios? ¿Para qué se nos ha dado la vida sino para quemarla en

holocausto a la gloria de Dios? ¿Y cómo he de quemar esta mi vida? Donde Dios quiera, el tiempo que Dios quiera. Hay bombillas que se funden muy pronto. Otras lucen muchos años. Hay candiles encendidos que se apagan con la fuerza de un mínimo soplo, y otros resisten. Nuestra vida es así. Dios la va aguantando hasta que Él quiera. Nos toca, pues, administrar esta vida, gastándola únicamente en la glorificación divina.

Por tanto, nuestra vida, en el corazón, en el pensamiento, en las pasiones, en nuestras manifestaciones, tanto internas como externas, no tiene otra expansión que una actividad encaminada hacia Dios. Vida que no vivamos así, es perdida, mis Obreras. Vida que no vivamos en este sentido, está descentrada de Dios. No podemos desentendernos de Él. Nuestra vida está trabada íntimamente con Él, como la casa está trabada con las manos que la fabricaron.

31. Junto a la cuna de Cristo hubo ángeles que cantaron, glorificaron a Cristo, pregonaron la paz. Vosotras también debéis de ser ángeles, por vuestra pureza, ángeles, por la limpieza de vuestro corazón. Vuestro cántico es aquel, el lema de vuestra vida, glorificar a Cristo, lanzar al mundo, como reto contra el pecado, la gloria de Dios. Y contra la prevención, la lucha, el malestar, las zozobras que produce la pincha del dolor clavada en el alma, pregonad la paz de Cristo. Cambiad la pobreza moral, por la riqueza de la virtud, la incertidumbre, por la paz de Cristo, y la corrupción, por la pureza. Cambiad lo que es instrumento del mal, en instrumento eficaz del bien.

32. Dios nos ha predestinado para la alabanza de su gloria, para manifestar la grandeza de su gracia. Que

vuestro apostolado sea un canto al triunfo de la gracia divina en las almas. Estáis destinadas a glorificar al Señor mediante el acercamiento de las almas a Él. Y cuando éstas se acerquen, ávidas de la verdad, sedientas de la paz del corazón y hambrientas de amor que todavía no encontraron, porque el amor del mundo no las puede saciar, pensad que así glorificáis a Dios.

33. Permaneced siempre en vuestro puesto. No olvidéis que vais camino de la eternidad. Cuanto hacéis, es para el futuro, para la gloria de Dios y vuestra gloria. Lo que hacéis es para vuestra victoria, vuestra vida. No os duela nada. Camino de la eternidad. Avanzan los años, Dios nos lleva, el cielo nos espera. Obrera, mírate como un vaso escogido que Jesús ha preparado, apto para ser llenado de la misericordia divina. No dejes de fomentar en ti esa visión de lo eterno, de lo grande, de lo sublime de tu destino, para que como un ensueño y un ideal, te impulse siempre a más esfuerzo, a más donación a Dios, a más cumplimiento, a más santificación, a más trabajo.

Las cosas del mundo pasan; hay que pisarlas y, a veces, como espinas que pinchan. No dejéis de andar. Jamás os acobardéis. Todo os parezca fácil, con tal de ganar la vida eterna de Dios. No vamos, en nuestro apostolado, a conquistar cosas del mundo, hojarasca de tierra. Vamos a conquistar gloria y eterno amor, eterna riqueza, eterno gozo, eternamente a Dios, para siempre. Piense cada una de vosotras si el ofrecimiento que un día hizo, lo tiene firme, o ha reclamado algo de lo que a Dios le dio. Un momento de vida eterna vale más que miles y miles sobre este suelo de la tierra.

34. Medio para la gloria de Dios es tu alma, con su inteligencia espiritual. Cuando es noble nos eleva, y

cuando es mala nos hunde. No es para pensar indebidamente, con faltas de caridad, y a capricho. De aquí nacen muchos pecados, unos de vanagloria: si valgo, si merezco tanto, si tal o cual. Y otros, de menosprecio de los demás. Y siempre para perder el tiempo. Mira cómo piensas de ti, de las criaturas y de las cosas.

JESUCRISTO

Encarnación

35. Contemplamos a Dios nuestro Señor en la escena de su nacimiento. Es un Dios redentor, el poder hecho humilde, la riqueza convertida en pobreza, la grandeza bajándose al último grado de la humillación terrena. Los cortejos, reducidos a la compañía de unos animales que, sin conocerlo, y por instinto, como criaturas que cumplen su fin, dan calor a su creador. Y en el silencio de aquella noche, por nada perturbado, se anuncia la paz que el Salvador viene a traer al mundo. En medio de aquel reposo, de aquel dormir de toda la naturaleza, hace su aparición en esta su casa de la tierra. El cielo está iluminado, el cántico de los ángeles resuena en medio de tanta paz, y entona el triunfo de gloria de ese recién nacido, pobre, humilde. Es el cielo que se asocia con alegría, prestándole sus servicios.

La cuna de la salvación del género humano es ésta tan humilde y tan grande. De ella había de partir toda la fuerza salvadora de la humanidad.

36. El Verbo se hizo carne, mis obreras. Si Dios, si lo más grande, tanto bajó, tú, tan pequeña, ¿cómo te resistes a bajar? Si Dios, infinita sabiduría se vistió de esa necesidad de la cruz, ¿cómo tú, tan ignorante, pue-

des hacer alarde de que algo sabes? ¿Cómo puede haber en ti brote de orgullo? ¿Cómo te puedes considerar mejor que otra? Necesitamos ser muy humildes.

Cristo viene a la casa de nuestro corazón para enriquecernos con sus dones. La Obrera es casa, y debe ser casa abierta, en cada momento, para que Jesús entre. Vino a los suyos. La Obra, como la Obrera, es la casa de Jesús, es la casa de la Virgen. Que jamás pueda decir el Señor de ninguna Obrera: vine a ella y no me quiso recibir.

37. El Verbo se hizo carne. Dios hecho hombre. Dios bajando de la inmensidad de grandeza a lo más profundo de la humillación. Dios se hizo hombre bajando de su infinito poder a la impotencia de hombre, como si fuera el postrero de la sociedad, despojado de todo viso de grandeza, sin honores de ninguna clase. Dios, infinita riqueza, se hace hombre, y queda tan pobre que nada tiene sino tan sólo como albergue un establo y unas pajas. Dios poderoso, baja y se humilla, se hace débil y llora. Para asemejarse tanto a nosotros era preciso que fuese así, y para que la semejanza fuera completa era preciso que el Señor echase sobre su persona, sobre su cuerpo, todas las flaquezas que nosotros tenemos por nuestros pecados: sufrir, llorar, pasar hambre, pobreza, desprecios, humillación, abandono. Era preciso que para aparecer como hermano nuestro se vistiese de todo ese traje de tanta humillación.

38. Para que el hombre pueda salvarse, ya que Dios lo creó para Él, Dios no ahorra sacrificio alguno. Quiere a todo trance que el hombre alcance su fin y se vea libre de las penas eternas. ¿Qué proyectó Dios para salvar al hombre? Vino Él en persona a enseñarle los caminos a las criaturas, a darles luz para que cono-

can su equivocación, a concederle fuerza a la voluntad caída, para que se levante de la postración moral en que se encuentra.

Dios da un valor grande al hombre por su espíritu, por su alma, y determinó dar ese paso de gigante de venir del cielo a la tierra. Llevamos valor de eternidad. La encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Santísima Virgen haciéndose hombre, se juzga como la manifestación más grande del amor de Dios.

39. La Encarnación de Dios podemos considerarla como un misterio de la expresión de su amor. Pero también, como un hecho que responde a la caída del hombre por el pecado. Si las almas no se salvaran, ¿a qué quedaría reducida? Es preciso que éste su sacrificio, éstos sus desvelos, éstas sus humillaciones, éstos sus trabajos, ésta su generosidad, éstas sus lágrimas, triunfen. ¡Cuántas veces debéis pensarlo a solas! Os servirá de materia muy abundante de meditación. Es preciso que Cristo reine.

40. La Virgen tuvo en Belén el consuelo de haber dado al mundo el Salvador. Consuelo que le recompensaba de todos los sufrimientos que le pudieron dar ver la pobreza y la humillación de su Hijo. Ahora, guarda en su corazón el nombre de sus Obreras, el afecto de ellas, sus súplicas, sus ruegos, sus peticiones, sus ofrendas, su vivir. La Virgen contempla todas estas cosas que no respiran más que la gloria divina, y las conserva en su seno.

Amor a Cristo

41. Jesús, al ser puesto sobre la cruz, ha atraído las miradas de la humanidad hacia Él. Todo el mundo va a su alrededor, los que creen y los que no creen; unos, para quererlo, otros, para combatirlo. Pero no pueden prescindir de Jesucristo, es imposible. Unos odiando, y otros amando. No se puede vivir sin Él, ni en el mal ni en el bien.

Cuando vosotras, en vuestra vida oculta y sacrificada, os veáis con un peso de cruz, en combate, en lucha, cuando os veáis sumergidas en tribulaciones, en penas, en pruebas, que todo es cruz, acordaos de que levantadas así sobre la tierra, con ese espíritu de amor de Dios con el que habéis de sostener la cruz, las almas irán hacia vosotras. El fruto que produciréis será ése. Las palabras del Señor se cumplirán. Nuestra vida debe ser una reproducción de la suya. Si en Él ha acontecido todo esto, en nosotros ha de acontecer también, si le imitamos en su modo de actuación. Esto, ¡cuántos ánimos nos da!

A solas, contempla tu crucifijo, y verás enseguida: generosidad, grandeza de corazón y vida matizada de sacrificio y amor. Eso es Él.

42. Vivamos el Evangelio, bebamos en el Evangelio, mis Obreras; no nos apartemos del Evangelio. Necesitamos adentrarnos profundamente en las páginas del Evangelio que contienen la doctrina y la vivencia de una vida ejemplarísima y mártir del Señor.

Si nosotros viviésemos el Evangelio –al decir nosotros digo en el mundo– habría caridad, no habría recelos, no habría orgullos, no habría soberbias, no habría ambiciones. Los hombres se estimarían como son, hermanos redimidos por Jesucristo. Si viviésemos el

Evangelio de Jesucristo, holgaba todo. Pues bien, en nombre de Jesucristo hemos de predicar y enseñar estas cosas. En nombre del Señor nos hemos de dirigir a las conciencias. En nombre del Señor deben operar las Obreras. Fuerza de voluntad, sí, vida ejemplar también, un corazón grande que se sacrifica, una vida que se inmola, una fe que es viva, una confianza que se siente en lo profundo del alma. En nombre de Jesucristo.

43. Hemos de dejar a Jesucristo, su huella divina, en nuestras obras, y el mundo entonces verá que somos de Dios. Esto lo haréis, si realmente en vosotras se ha creado un nuevo corazón. Un nuevo corazón se crea si cumplimos el mandato de Jesucristo de amarle a Él y al prójimo. Es un mandato especial, tanto que dice “mi mandato”, mi mandamiento. Mi mandamiento: porque es el más querido de Él. Es este amor nuevo el que Jesucristo nos infunde, un nuevo espíritu; es Él, que nos penetra y nos une. Que podáis decir, unas para otras, que os amáis con el corazón de Cristo. Es decir, con ese nuevo amor, ese nuevo espíritu, que es el suyo. Cristo viviendo en todas vosotras.

44. La Obrera que no sienta como Cristo, no será nunca una buena Obrera, nunca estará hermanada con Él. Las ofensas tuyas las hemos de sentir como nuestras, y la glorificación tuya, la hemos de mirar como algo nuestro, como miembros tuyos. Porque nuestra vida ha de estar hermanada con Él, es decir, unida, compenetrada, de manera que vengamos a ser como un pequeño corazón del gran corazón de Cristo; que haya un mismo amor, y como unos brazos pequeños de extensión de los brazos de Cristo, en el trabajo. Que sea el mismo Cristo el que ame en nuestro cora-

zón, y que seamos brazos de Cristo, que continúan trabajando y sirviendo. Esto será la unificación. Esto será realizar la concepción más hermosa de nuestra fraternización humanizada con Cristo.

45. La santa libertad de la gracia y de la virtud, debemos vivirla libres, sin sordera, para que nuestra voluntad ejecute y obre según dicta la recta razón. Para nosotros no hay más mundo que un mundo sobrenatural, aunque haya un mundo terreno, un mundo humano, al cual se ha de atender con toda caridad, con todo sacrificio, con todo heroísmo; pero el impulso de la Obrera, en su obrar, debe ser siempre el amor de Cristo.

46. Vuestra vida, como coche que se empuja hacia Dios; como un motor que desarrolla nuevas fuerzas por el calor que le da el chispazo de su gasolina, así sois vosotras. Vuestro corazón es el motor; el chispazo, la gracia de Dios; el fuego es vuestro amor a Cristo.

47. De la Obrera ha de salir una nube de consuelo que suba al Señor, agraviado por tantas ofensas. Consolar a Cristo, pero con hechos, con almas y corazones ganados para él, en los que viva como un padre, por amor.

Piensa cómo das y hasta qué extremo puedes darle esa consolación al Señor. En verdad, que hace mucha falta. El mal va muy aprisa.

48. Ábrase nuestro corazón para sentir, sufrir y amar con el corazón de nuestro amado Cristo Redentor.

49. Nunca en nuestra vida podremos ofrecer a Dios cosa de más precio y de más valor que una voluntad

encendida en amor y rendida a la vera de los pies de Jesús Crucificado, quebrantado, dolorido, martirizado. Y éste es el Apóstol; el que nos marca nuestro camino, el que nos enseña y nos enseñará siempre las sendas que nuestros pasos deben seguir. No soñemos con otros caminos. No nos imaginemos el apostolado de otra forma distinta a como Jesús nos lo ha enseñado.

Nuestros trabajos por Dios, nuestras predicaciones, nuestras labores, nuestros combates, nuestras peleas, han de tener un remate: la crucifixión de nuestro propio yo. Y sin esto, no nos hagamos ilusiones de ser eficaces. Permanezcamos muy junto a Jesucristo. Nuestro vivir esté compenetrado con el suyo. Nunca vayáis solas.

ESPÍRITU SANTO



Espíritu Santo

50. Necesitamos mucho de la gracia de Dios. El viento del Espíritu a algunos no les empuja con fuerza. ¿Será porque no sopla? ¿Será porque resisten? ¿Será porque lo dejan pasar?

Cuando nosotros vivimos con exuberancia de vida divina, la producción nuestra externa corresponde precisamente a esa exuberancia que tenemos de Dios. Así los apóstoles, llenos del Espíritu Santo, se lanzaron a la vida apostólica con aquella plenitud, con aquella totalidad. Para ellos no había más mundo que implantar el Reino de Dios.

Oración constante. Nuestra vida cerca del Señor. Nuestras súplicas unidas a las súplicas de la Santísima Virgen, nuestra Madre, para que Ella nos alcance el fuego que necesitamos todos, con el cual templemos la voluntad tan débil que tenemos. Es débil nuestra voluntad y necesitamos temprarla en esa fragua. Necesitamos un empuje nosotros y ese empuje sólo un amor nos lo puede dar.

Tenedle mucha devoción al Espíritu Santo, recurrid a ese amor. Pero un amor que penetre en el alma, que es nuestra virtud, que es nuestro brío, que es nues-

tra fuerza, que es nuestro empuje. Así hemos de sentir, así hemos de pensar.

51. Venida del Espíritu Santo. Hay que actualizarla en nosotros. Para eso la hemos de pedir. Por ello empezamos nuestras obras, siempre, invocando la gracia de Dios, el “ven, Espíritu Santo”. Y al mismo tiempo, hemos de formar en nosotros, la capacidad para recibir esa gracia. Todos los días pidamos, junto con la Virgen, en nuestra oración, que venga el Espíritu Santo, que la virtud divina caiga sobre nosotros abundantemente. Para que nuestra voluntad, robustecida, siga adelante, empeñada siempre en rendir, copiosamente, en la gran empresa del Señor, que es la extensión de su reino espiritual en el mundo.

Toda Obrera puede cooperar. Todas tenéis parte en vuestros Cenáculos. Mirad el Cenáculo como algo en lo cual la Virgen conseguirá para vosotras esa gracia del amor de Dios, esa influencia del Espíritu Santo, que guíe vuestros pasos, alimente vuestras determinaciones, impulse vuestras decisiones, para que no en deseos se quede una vida, sino que éstos sean llevados a una auténtica práctica. Así ha de ser nuestra vida espiritual y apostólica.

52. Necesitamos la intervención del Espíritu Santo en nuestra vida, para que sea mejor, para que no decaiga, para que crezca, para que nuestra voluntad se afirme, para que nuestra inteligencia esté iluminada con las verdades de la fe. La comprensión profunda de las cosas, sólo el Espíritu Santo la da a aquellas personas que buscan la verdad, buscan la santidad, buscan la virtud. Y tienen unas ideas tan claras de lo que es la vida espiritual, que no se puede conseguir con la lectura de muchísimos libros. Es la sabiduría

que infunde el Espíritu Santo. Necesitamos vivir muy unidos, muy compenetrados con su influencia sobre nosotros.

53. Nuestra vitalidad espiritual, nuestra fuerza, nuestra santificación, la hemos de sacar de la acción del Espíritu Santo. Le tenemos poca devoción y, no obstante, el Espíritu Santo es el que actúa en las almas, el que da los toques secretos al corazón y a la conciencia. El Espíritu Santo es el que infunde su caridad y su amor dentro del alma, el que nos santifica, el que nos da la gracia. Y esta acción del Espíritu Santo la hemos de pedir con mucha devoción, siempre.

54. Que el Espíritu Santo nos ilumine, nos forje el corazón, difunda la caridad dentro de nosotros. Y, a la vez, como la Virgen, orando en el Cenáculo, pidámosle que descienda sobre la Obra, que es toda para su gloria divina.

MARÍA

Virgen de los Dolores

55. La Virgen en el calvario pasó su crucifixión. Ella es nuestra esperanza. Hoy, 15 de septiembre, en este día tan marcado para nosotras, de un sentir de amor y de cariño, de un contemplar esta Virgen bella y pura, justa y santa, en la que confía nuestro corazón, renovemos nuestras promesas de fidelidad en el servicio del Señor. Nuestra continuación será en el cielo, subiendo el camino de nuestra vida espiritual. Hoy reavivemos más nuestra esperanza. La hemos de renovar más, para que nunca admitáis en vosotras flaquezas; para que nunca, como barquillas turbadas, os sintáis naufragar. Mirad a la Madre, la Virgen de los Dolores, y por grande que sea la tormenta que tengáis que pasar, interior o exterior, mirad siempre esos ojos que os contemplan tan maternalmente.

Hoy, Madre mía, ruega por nosotros, ya que con tus dolores y sufrimientos tanto puedes en la presencia del Señor. Hoy como ayer, pero hoy más, ruega por nosotros.

56. El Evangelio no dice casi nada de la Virgen, pero su vida fue escalonada siempre en más, en dar, en ofrecer, hasta a su propio Hijo. Al pie de la cruz, allí,

se inmolan los dos. Allí nace la maternidad divina. De esa fuente de dolor, de inmolación, de lágrimas, de sacrificio, habría de salir toda una generación de espiritualidad. Y entre ésta estáis vosotras, que habéis sido escogidas para dar perfume de Cristo y de su Madre. Para que continuéis su obra. Para que consoléis, sequéis lágrimas, hagáis sonreír, sembréis el bien, llevéis a Dios. Ésa es la maternidad espiritual.

57. La Virgen de los Dolores es nuestra Patrona. ¿Por qué no otra si es la misma Virgen? La Virgen es la misma, pero es el título, porque del seno de la Virgen de los Dolores ha nacido la Obra. Y no se comprende que una Obrera no tuviera devoción a la Virgen de los Dolores, porque la ha engendrado Ella. Una Obrera que no tuviera esa devoción, ese algo, no sé, yo me atrevería a decir que una Obrera que no tuviera devoción a la Virgen de los Dolores, a mí me haría dudar si tenía vocación. ¿Por qué? Porque es cosa de la Virgen ese título de sus dolores. La Obra es un engendro del amor y dolor de la Virgen.

58. Mis amadas Obreras, la memoria del justo que se sacrifica no será olvidada. Dios acepta el sacrificio de aquellas almas que saben darse a Dios, y Dios no puede olvidar el sacrificio de los suyos. La Virgen que hace su sacrificio, justa y santa, no pudo ser olvidada en la memoria del Señor. Y Él se cuidó y se cuida a través de los tiempos de que ese sacrificio sea reconocido y de que la memoria de la Virgen, en sus dolores, se vaya extendiendo y propagando por todas partes. El Señor cuida de la glorificación de su Madre y, providencialmente, ha querido suscitar unas almas, sus Obreras, para que sean portadoras de este amor, de esta glorificación de la Virgen, por el mundo.

59. ¡15 de septiembre! Es nuestro día, de la Obra, de los Cenáculos, de todos los miembros, de nuestros protectores, de los amantes de esta Virgen. ¡El día de nuestra Madre...! Todo él henchido de emociones hondas, de recuerdos íntimos, de amores filiales, de gratitud, de júbilo y confianza. Evoquemos estas palabras: Me hizo grande... Grandeza como Madre de Dios, grandeza en su poder, en su bondad, en su belleza, en su misericordia, en su maternidad, en su influencia, en su intercesión, en su valimiento, en su amor, en su dolor.

60. El Señor no puede resistir a las súplicas de la Virgen, porque le puede argüir que Ella, como Él, en el calvario, pasó su crucifixión. Que Ella, como Él, se constituyó corredentora, por el dolor. Y que Ella, como Él, siente el corazón transido, no por la lanza material, sino por la lanza de dolor que tuvo que padecer, mirando tales cosas, en un hijo, como su Hijo.

61. Ruega por nosotras, Virgen Dolorosa, por todos y cada uno de los Cenáculos. Para que allí presidáis siempre, con vuestro cariño, vuestro amor, vuestro espíritu.

Amor a la Virgen

62. Tenemos, entre tantísimas gracias, una especialísima: es la de la gran donación de la Santísima Virgen en nuestro favor. La bienaventuranza de la Virgen es toda por ser madre de Jesús, porque nos ha traído a Jesucristo. De modo que si estamos unidos, compenetrados con Jesucristo, y Éste es inseparable de la Virgen, ¿cómo podremos trabajar sin estar influenciados

por Ella? En vuestro apostolado, en vuestra vida de caridad, en vuestro trato íntimo, en la acción exterior que realicéis, no olvidéis nunca, mis Obreras, el cantar la gloria de la Santísima Virgen. ¿Acaso no sabéis por experiencia que la Virgen es, en vuestro apostolado, en vuestra vida particular, la fuerza oculta, misteriosa, que os sostiene y hace producir vuestra acción? En los momentos de batalla, de lucha con el mundo, de las mayores dificultades en nuestra vida, es cuando hemos de tener una mirada de confianza en la Virgen, una lengua para alabar a la que nos ha traído a nuestro Amor. ¡Amor y alabanza a la Virgen!

63. Santísima Virgen amada, interceded por nosotros, para que nos afirmemos más en la vida de servicio a vuestro hijo Jesús.

64. Esperanza en la Virgen tuvo la Obrera cuando nació a la Obra; la tiene a medida que va andando el tiempo de su vocación, y la tiene cuando llega el momento postrero de su vida, en que va a exhalar su último suspiro.

65. ¿Qué ofrecerás a la Virgen, para que Ella se lo presente a su Hijo? Lo que des a la Virgen, no lo perderás. Ella te lo guardará. Somos la reproducción cabal y continua de aquella primera escena sublime del santo Evangelio, en que el Divino Salvador apareció en el mundo, para traer la paz y la salud a todas las almas. Si vosotras sabéis cumplir con vuestros deberes, ángeles y pastores habéis de ser junto a la Virgen y junto al Señor. Y gran consuelo les daréis. ¡Cuánta paz y cuánto bien para tantísimas personas hambrientas de Dios, que necesitan manos caritativas que se acerquen a ellas, para que puedan salir del atolladero de sus pecados!

66. Pidamos mucho a la Santísima Virgen que Ella, que es nuestra Madre, nos alcance la gracia de ver clara la situación de nuestra conciencia, la situación de mi vida, la disposición de mi voluntad, los pasos que doy, cómo ando, cuáles son mis preocupaciones, qué apegos llevo, cómo miro mi porvenir, qué pretendo, hacia dónde me dirijo.

67. La Virgen se muestra siempre madre cuando se le pide, sobre todo cuando hay una necesidad. En las necesidades de nuestra vida, tanto materiales como espirituales, contemos con una mirada de la Virgen. Notad cómo Ella es la mediadora, por la que discurren las gracias de Jesús al alma. Sabe su oficio y ¡qué bien lo cumple! Descansad en su regazo y confiad. Vivid la vida de fe.

68. Pedid a la Virgen que derrame sobre vosotras sus luces y sus gracias, para que os haga, si no como Ella, porque no puede ser, muy parecidas a Ella: Obreras ejemplares.

69. Generosidad de la Virgen para con Dios –“ecce ancilla...”–, y de Dios para con Ella. Generosidad de la Virgen en dar a su Hijo. Y Dios la asocia a la obra de la Redención. Generosidad de la Virgen no sólo en el amor, sino en el dolor. Y Dios la constituye madre espiritual de todos. Generosidad de la Virgen para con nosotros. Y de nosotros para Ella, en amor y confianza, e imitación de su vida, virtudes...

Desde tu atalaya, vigila, alienta, transforma, el corazón de las Obreras, de la Obra, de toda esta gran familia.

SANTOS

San José

70. San José ejerciendo el arte u oficio de carpintero, resplandece como admirable ejemplar del trabajo.

En cada época Dios ha suscitado un santo como defensor de la Iglesia, pero san José no abarca una sola época, sino toda la existencia de la Iglesia. Él es quien inyecta, sostiene, la vitalidad en la gran familia de la Iglesia, con su acción paternal.

¡San José, obrero, artífice santo, defiende..., protege nuestras obras, trabajos.

VIDA SOBRENATURAL

Santidad

71. ¡Qué hermosa es la santidad! ¿Por qué tantas personas de vida espiritual no captarán lo que es la santidad? ¿Palabrería? No. Obras, interior, rectitud, verdad, sencillez, algo de Dios dentro de nosotros; darse plenamente a Él y por Él a los demás; pero siempre con ese orden.

No abundan las almas, aquellas personas que se gozan de vivir en esa agua cristalina, en donde todo transpira a Dios. Es otra vida. Yo lo comprendo así. Es una elevación. Pero ¿no somos capaces de hacerlo porque estamos con los pies en la tierra, y porque tratamos con las criaturas, y porque con ellas hemos de desenvolver nuestra vida? ¿Somos capaces de vivir en otra altura? Sí, entonces, ¿por qué no? ¿Acaso el árbol porque tiene sus raíces puestas en la tierra no puede elevar sus ramas hacia el cielo? La vitalidad que tiene esa flor, ese árbol ¿será tierra? No; es vida; aunque las raíces estén en la tierra.

Estamos obligados a vivir en otro plano, dentro de este plano terreno en el cual hemos de estar trabajando y consumiendo nuestra vida hasta que Dios quiera. Pero otra elevación interior, mis Obreras, otra eleva-

ción interior, si no queréis perecer. Al fin de cuentas ¿cuál es nuestra finalidad personal? Vivir la santidad. ¿Cuál es nuestra misión en cuanto a los demás? Comunicar esa santidad.

72. Nuestro seguimiento al Señor ha de ser de muy cerca. Que Jesús no doble la cabeza y se quede triste, porque por ciertos apegos disminuyamos en nosotros las gracias recibidas. Muy cerca de Cristo, mis Obreras, muy cerca de Cristo, que el día de mañana muy cerca querremos estar de Él. Si ahora sabemos vivir una vida de unión y compenetración con su voluntad, si nuestra vida viene a ser como una prolongación de la suya, ¿qué más queremos? Un brazo de Cristo activo, una vida unificada con la de Jesucristo, una cabeza que piensa con su pensamiento, que no lleva otro cariño y fuego que el de Cristo, ¿a qué mayor altura y grandeza podemos ascender en el mundo, que un día se nos disolverá en nuestras manos?

73. La mirada puesta en Dios nos hace ser humildes, rendirnos al divino querer; nos hace ser confiados en el éxito de nuestras empresas; nos ayuda a abrir brecha hasta en los corazones duros. Y a persistir en nuestros trabajos aunque, al primer golpe o después de mucho tiempo, poco o nada podamos conseguir. Nos anima a ser apóstoles de verdad. Nada sois, pero mucho podéis ser. Nada sois por vosotras; mucho por la divina gracia. Vivid, pues, con la mirada fija en Dios.

74. Es evidente que el fruto de vuestra vida será mayor cuanto mayor sea vuestra santidad. La vida de la Obrera será más fructuosa cuanto más llena esté de la luz de la gracia de Dios; más encenderá cuanto más

encendida esté; más convencerá cuanto más convencida esté. La fuerza de la palabra, la fuerza de su convicción, crece en la medida que crece el calor interior que acompaña a la palabra. Vuestra vida no puede ser más que para Dios. Por lo tanto, todas las cosas que os rodean, todas las cosas que lleváis en vuestra personilla y corazón: aptitudes, talentos, afectos, todas las criaturas que, como cortejo, os acompañan, unas para despreciaros y otras para alabaros, miradlas sólo como medios de los que Dios quiere que os valgáis para cumplir vuestro fin.

No os detengan, pues, vuestro valer, talento, gracias naturales con que Dios os haya querido dotar, ni los bienes terrenos; son únicamente medios puestos en vuestras manos, para manejarlos rectamente y realizar vuestro supremo fin: como almas, santificaros; como Obreras, ser instrumento de la gloria de Dios.

75. Nos hemos de hacer fuertes basados sobre la doctrina del Señor, el Evangelio, su enseñanza, la verdad. Él mismo dice: “El que sobre estas mis palabras levanta su casa, la levanta como sobre roca firme. Ni los vientos, ni las aguas, ni los torrentes, la podrán destruir. Quien no edifica sobre esta mi enseñanza evangélica, la oye y la realiza, levanta su casa sobre arena”. Ésta es nuestra vida particular. Seremos como casa, vida, edificada sobre arena. Ventrán los torrentes de tentaciones, la lluvia, y mil cosas..., y os arrastrarán. Porque nadie está seguro si no está sujeto fuertemente a Dios nuestro Señor. Nuestra confianza la tenemos puesta en Él. Yo no puedo fiarme de mí. Un san Pedro, tan fuerte que estaba, negó. Porque se desunió de Jesucristo, porque confió en él. Si no respiramos el espíritu evangélico, si vivimos un disfraz, si somos so-

lamente como una fachada y no tenemos la vivencia de Dios dentro de nosotros, si no respiramos todo esto, ¿dónde vamos a parar?

76. Sed santas, para santificar; sed de Cristo, para conquistarle almas; revestíos del ropaje de perfección, mientras con el arado de vuestro trabajo, de vuestra palabra, de vuestra vida ejemplar, abris brecha en muchas voluntades para rendirlas a Cristo. Orar, atraer... Procurad ser muy santas. Cuanto más afilado está el cuchillo, más corta; cuanto la reja del arado esté más bien preparada, mejor penetra en la tierra. Jesucristo os llama. No soñéis con ser buenas sólo. La Obrera sueña con ser algo más.

77. Nuestra naturaleza rehúye el sacrificio, pero con el auxilio divino, ¿qué no podremos? ¿Qué mérito vamos a tener si no reñimos la batalla con esfuerzo y con victoria? Al fin y al cabo, ¿trabajamos para la tierra o para el cielo? ¿Vivimos para nosotros o para la eternidad? ¿Estamos aquí para buscarnos a nosotros, o para buscar a Jesucristo? ¿Es, acaso, para formar una casa de tierra que se corrompe, llena de alabanzas y de placeres, o estamos aquí para forjar una casa celestial, nuestro tesoro incorruptible? ¿Qué son todas nuestras penalidades, sacrificios y abnegaciones, con tal de que con estos materiales podamos formar nuestra casa celestial? ¿Qué vale todo el mundo cuando lo comparamos con ella? ¿Qué son estos sacrificios comparados con los que dura una eternidad?

78. ¿Qué significado tiene la vocación de Obrera? Adquirir más fácilmente la santidad, la vida de perfección. Comunicar de un modo especial, valientemente, como un caudal impetuoso, la vida de santidad a las

almas, que es el auténtico apostolado. Y es tan rara la santidad hoy en el mundo, que quien la vive, y son pocos quienes la viven, parecen seres raros. Pero dentro de esta rareza, tienen una gran fuerza de atracción, fuerza de conquista, fuerza de arrastre. Dadme un santo, y yo os daré la conquista de un pueblo, de un Cenáculo, de algo, lo que queráis. Dadme un alta santa, ¡pero de verdad! ¿Es esto mucho pedir? No, es recordar un deber. Y un deber que hoy hemos de recordar de un modo especial; puesto que tan olvidada, pospuesta, relegada ya a lo último o menospreciada, es la santidad.

79. Dice el apóstol san Pablo que aquellos que no tienen el espíritu de Cristo, no son suyos. Es condición indispensable para que seamos del Señor, tener su espíritu en nosotros. Su espíritu significa su doctrina, su modo de vivir, su amor, su gracia divina. La palabra espíritu expresa el pensamiento de Jesús, su vida, sus enseñanzas; de manera que el que esto tiene, del Señor es. Luego, cuanto más nos compenetremos con el pensamiento de Cristo, comprendida y vivida tengamos su doctrina, mayormente seremos suyos.

80. ¿Qué es la santidad? Empieza por el estado de gracia. Tiene su inicio en un alma cuando adquiere la gracia divina, aunque sea en el mínimo grado. Dios es santo, y es vida; si le comunica su vivir, le comunica su santidad. En la proporción que aumenta la gracia en un alma, crecerá su santidad. No consiste en hacer milagros, ni tener cosas especialísimas. Éstas son gracias singulares que Dios concede a quien quiere, cuándo y según le place. Será, pues, más santa el alma que más gracia de Dios tenga, aunque exteriormente nada o poco de extraordinario aparezca.

¿Cómo producir el aumento de este vivir divino en nosotros? Dice san Pablo que para los que aman a Dios, todas las cosas contribuyen a su bien. Por todas las cosas se entienden las espirituales y las materiales: la oración, una limosna, un acto de caridad, un lavar, un barrer, un andar... Todos nuestros actos, hechos con recta intención y por Dios, son meritorios para la santificación y la vida eterna.

81. Renovad el interior, ordenad ese mundo pequeño que tenéis, mirad a Jesús. Y con un fuerte estado interior y una decisión de voluntad, no digo que emprendáis, sino que sigáis rápidamente la senda que Dios os ha trazado. Uno se pregunta: yo, ¿qué he dado al Señor, al cabo y al fin de tantos años? Nada. ¿Qué puedo dar al Señor? ¿Qué podré dar al Señor? Cada uno se ha de preguntar.

Porque mirad: sin este ideal sentido, nuestra vida está vacía, es paja. Hay que sentir y vivir un ideal. El ideal nuestro no es más que la glorificación de Dios, mediante nuestra santificación y la salvación de las almas, y nada más. Si vosotras superáis el interior, si vosotras, ¿cómo lo explicaría?, domináis vuestro interior, lo llenáis de Dios, vivís como volando sobre el mundo, yo os aseguro que no os cuesta nada.

82. ¿Para qué ha querido el Señor la criatura de una Obrera? ¿Qué fin se habrá propuesto Dios? Que la Obrera destaque en el campo de las personas que con sus buenos deseos, más o menos, empujan hacia Él su vida. Que destaque por su vida de santidad, por su vida de ejemplaridad, viniendo a ser entre lucecitas como de candil, una luz más potente que irradie ante el mundo la verdad de la doctrina de Jesucristo. Pero que la irradie, principalmente, con su vida práctica, que es la verdadera santificación.

Por tanto, si yo –debe decir cada una–, no llego a alcanzar este grado, si mi vida no responde a ello, yo, en realidad, no hago eficaz la voluntad de Dios sobre mí.

83. Si uno no apela a la medida del sacrificio, de la donación, no puede hacer nada. Es una condición indispensable que el Señor nos ha puesto a todos en la vida apostólica. Produciréis si caváis hondo, si trabajáis. Y el trabajo y ese cavar hondo, no se puede hacer si no es con sufrimiento, con cansancio, con gastar nuestra parte de vida. Puesto que la vida nuestra yo la considero una luz que arde, es la luz de un candil; si no vamos poniendo aceite de amor de Dios en el candil, se nos apaga la luz, nos quedamos a oscuras. Vivid el ideal. Vivid llenas de Dios. Vivid en esa altura. Esto es el vuelo del alma. La Obrera debe estar colocada en esta situación interior. Nada puede el mundo cuando nosotros estamos acorazados de Dios. Podemos más que él, valemos más que él. ¡Las cosas del mundo son tan pequeñas todas, cuando las miramos de frente al Señor!

84. No todo consiste en decir soy tal, sino en poder decir vivo como tal. En realidad de verdad, ¿vivimos, actuamos, tenemos el espíritu de lo que somos? Quien de veras quiera hacerse santo, no mira si es difícil o fácil aquello que le ha de santificar; lo toma y, con espíritu fuerte, sigue siempre adelante, aceptando y buscando cuantas cosas le pueden ayudar para santificarse. No os contentéis con sólo aceptar; tened espíritu más amplio; buscad con solicitud aquello que más os puede santificar, perfeccionar, y hacer semejantes a Jesús. No para ser sabios, ricos, poderosos, ni representar destacados papeles en la escena teatral de este

mundo, sino para ser santos, por medio de la caridad y del amor.

85. Nuestra vida es hija de un amor de predilección de Dios. Esto bastaría para que fuésemos, en todo momento, agradecidos, generosos, rendidos al querer de ese Dios que nos ha creado con tanto amor; bastaría para que nos esforzásemos con todo interés por cumplir el propósito de Dios al crearnos. Como manifiesta san Pablo, nos ha elegido para que seamos santos e inmaculados en la divina presencia, por medio del amor. “Santos e inmaculados”, es decir, almas llenas de pureza, de perfección, de vida sin mancha, sin sombra, en la que resplandezca la luz de la vida santa de Dios.

86. Jesucristo fue humano por excelencia. Sintió en sí el espíritu de fraternidad. Hizo suyas todas las debilidades del hombre. Vino a salvar, no a condenar. Vino a conceder gracias, a darse del todo a todos, para llevarlos a Dios, al cielo. Esto es la santidad. Luego, no es difícil nuestro camino de santificación, viviendo sin egoísmos, sin miras propias, sino para los demás. Esto es el sentimiento humano, fraternal, el que Jesucristo vivió como hombre. Dios nos ha dado un corazón para que lo desbordemos. Nos ha dado unos sentimientos, para que los hagamos vibrar en nosotros con nobleza. Nos ha dado unos afectos por los cuales podamos sentir y entristecernos o alegrarnos, haciendo como nuestras penas, alegrías y trabajos de los otros.

87. Démonos prisa, en nuestro espíritu, para acaudalar cada vez más obras santas. Los santos brillarán como luz del firmamento. Sabios son los que dejaron todo por el Señor, sabios los que aprendieron la ciencia suprema de la santidad. Sabios son aquellos que

acertaron a inmolar lo que más querían, por Él. La sabiduría de los santos es sabiduría de locos, pero verdadera sabiduría. Brillarán como la luz del firmamento, como brillan los rayos del sol; así brillarán en aquel despertar de la multitud del polvo de la sepultura. Y como estrellas brillarán los que hubieran enseñado a muchos la justicia y la verdad.

Permaneced siempre en vuestro puesto. No olvidéis que vais camino de la eternidad. Un momento de vida eterna vale más que miles y miles de vida sobre este suelo de la tierra.

88. No nos podemos contentar con una vida ordinaria. Apetecemos más. Estamos dentro de la línea, pero hemos de estar todavía más en la avanzada. La Iglesia, la vida la tiene en Cristo, y no en las cosas de fuera, materiales. Si no, llegaremos a ser, algún día, una simple fachada, pero nada más. No os contentéis, mis Obreras, con un estado así, vulgar. Sed codiciosas, santamente, de un vivir más pleno e íntimo de Cristo en vosotras. Éste es el verdadero seguimiento del Señor.

89. Yo quisiera que nunca ninguna cosa del mundo prendiese, sujetara, vuestro corazón. Mirad todo siempre por debajo. Fijad vuestros ojos más alto. Si desprecios, si alabanzas, no dejéis de mirar hacia arriba. Jamás apartéis vuestros ojos de la luz, de la visión de Cristo. Sólo un Cristo es nuestra vida real, inmarcesible. La Obrera ha de flotar sobre el gran campo de vanidad, de humo y de nada. Os habéis de sentir realidad permanente, pero unidas con Cristo. La ilusión de vuestro vivir aquí en la tierra, sea la santidad; la ilusión de vuestro corazón: ser muy útiles a Dios.

90. En un alma en estado de gracia, lo temporal queda como vivificado, dignificado. Elevado por el mismo estado de gracia. Porque un título, una riqueza, una ciencia, una distinción temporal, asentados sobre la santidad, adquieren un brillo especial, haciendo ver que ese título y esos bienes y grandezas han sido medios para que tal alma alcanzase su santidad. Y como el alma vivificada por la gracia perpetúa en Cristo su celestial vivir, así se perpetúan, en cierto modo, las cosas de que ella se valió para alcanzar tal vida. Lo terreno, caduco y sin consistencia propia, necesita prestación por parte de aquello que la tenga. Y lo único que la tiene, es la santidad que inmortaliza el alma, vivificándola con el mismo vivir de Dios.

91. Para el modo de tratar a las personas en nuestra acción apostólica, Dios nos ha enseñado varias normas. La primera es infiltrarles la fe, exigirles suavemente la fe, para que eleven su mirada y su pensamiento hacia Dios. La segunda es hacerles vivir la confianza, para que la visión de sus pecados o de su vida poco grata a los ojos de Dios, no las desanime y las haga como retroceder de sus buenos propósitos. Y la tercera –aplicándola a vosotras, las Obreras–, es la santidad personal, la vida ejemplar, la virtud vuestra, con la cual os será muy fácil o menos difícil que las almas se abran a la fe y a la confianza. Porque más que nuestras palabras, por muy sabias que sean, más que los razonamientos, influye, sobre todo, nuestra vida de santidad. Ante la persona santa, ante ese algo reflejo de Dios, el pecador tiene una admiración, y cuando no sabe qué decir exclama: “si yo pudiera ser así”. Aparecen los deseos. Y entonces se le habla, infundiéndole la confianza y la esperanza.

92. San Juan dice: "Sólo Dios es digno de merecerse el pensamiento del hombre". Y es fácil desviarnos de nuestra finalidad: cuando nuestros pensamientos no son rectos, o nuestros afectos no son puros, o los clavamos en una criatura, quitándolos de Él. Nuestras acciones se desvían: por hacerlo por nosotros, o por vanagloria, o por recibir más satisfacción en lo que hacemos.

Debemos sobrenaturalizar nuestra vida. Venimos al mundo para ser santos y no para alcanzar gloria. El tesoro que se nos ha dado, es muy grande, y no lo puede llenar la criatura, sino Dios. Mas, para conseguir este tesoro, se tiene que ir por el camino de la santidad, encaminándolo todo a Dios. Es, pues, una gran responsabilidad el no santificarnos.

93. Sed santas ante Dios y ante los hombres. Ante Dios, que sea de verdad. Si creces en más amor, en más sacrificio, en más perfección, ante Dios, es verdad. No que sólo sea santidad ante los hombres, pues supondría obrar por las criaturas, en cuyo caso perdéis el tiempo. Obrar, sólo se debe hacer por Dios. Para esto, hay que tener mucha rectitud de intención.

Vuestra virtud, ante Dios, ha de ser concisa. Ante los hombres, ha de brillar, pues no se pone la lámpara para que alumbre debajo de un celemín. Vosotras sois lámparas que habéis de ser encendidas en el sagrario y en el corazón de Cristo crucificado, y puestas en el celemín de vuestra Obra. Cada una hágase responsable siempre de sí misma.

94. No podemos tener otro foco de orientación de nuestra vida sino Cristo. Jesucristo es la única luz verdadera, constante, inmutable, toda verdad. Y en torno a ese foco hemos de desenvolver toda nuestra vida, la interior y la exterior.

La Obrera, tanto como el sacerdote, no puede nunca cerrar sus ojos ante ese faro. Cuando nuestra vida no va iluminada por esta luz, vamos al precipicio guiados por nuestras propias fuerzas. Nuestra razón es muy limitada, nuestras fuerzas valen poco; necesitamos que por encima de las tinieblas de la vida, tinieblas engendradas por el error, el vicio, el apego a las criaturas, una luz potente alumbre nuestra mirada, ilumine nuestros caminos para que podamos llegar rectamente y conseguir nuestra felicidad suprema, que es el cielo, que es Dios.

95. Santo es el que vive en gracia de Dios, no solamente el que está en los altares. ¿Qué es santidad? La reproducción que hacemos en nosotros del mismo Jesús. Y esto se consigue por la imitación y la práctica de las virtudes. Pero, además, mediante la comunicación interior, ya que la santidad es una corriente recíproca, de Jesús a nosotros, de gracia, de vida, de amor, pues nos cambia en Él.

En cuanto a las obras, son las virtudes. Una persona reproducirá más a Jesús cuanto más en sus actos le haga resplandecer. La santidad llena de orgullo o de vanidad, no se puede llamar más que amor propio.

96. El estado de gracia nos capacita para vivir mereciendo de continuo un aumento de ella. ¡Cuánto puede almacenar ante Dios quien durante su vida se porte con fidelidad!

97. En una fraternidad no hay lugar a envidias. ¡Si el mundo fuese así! Es el ideal de Jesucristo. Pero somos tan humanos, tan pequeños...

La envidia, qué cosa más baja. Nunca dejéis entrar en vuestro corazón estas cosas. Sed nobles; alegraos

del triunfo de los demás. Y entonces es cuando subiremos en grandeza. Nuestra apetencia, aquella bienaventuranza: "hambre y sed de justicia". Hambre y sed de justicia, de virtud. Hambre y sed de Dios. Ésta es nuestra única envidia, la envidia de los santos. Envidiar la santidad; no entristecernos porque el otro sea más santo, sino envidiar aquella santidad, esforzándonos para alcanzarla, pero no rebajando al otro.

98. La Obrera cada vez se ha de parecer más a su modelo: el Señor. No estéis nunca contentas ni satisfechas si al miraros ante Jesús no vais alcanzando un parecido más intenso, más acentuado con Él. Vuestro crecimiento, cuidadlo, trabajadlo, cultivadlo mucho, que sólo así seréis árboles de copiosos frutos.

Vida espiritual

99. Vuestra alma ha de ser el depósito, así como vuestro corazón, donde cada día, y todos, saquéis agua del pozo divino de Cristo. ¿Cómo no crecen en santidad las almas? ¿Cómo no sube el nivel de la vida espiritual? ¿Qué pasa? Existen en el depósito algunas rendijas, por donde se va la gracia; y éstas son: defectos, imperfecciones, falta de vencimiento, poca vigilancia en el progreso, no hacer las cosas con la debida preparación e intensidad. Rendijas que hay que tapar bien para que no se nos escape. Los defectos, ni quiero que se os peguen. Las plantas que crecen con mimos, en sacándolas al viento, pronto se constipan. Hay que hacerlas crecer en medio del sol, aire, polvo, lluvia. Así ha de ser vuestro crecimiento: en medio de luchas. Éstas son las almas que para mí valen y llamamos completas.

100. Obreras, nada hagáis, ni penséis, ni escondáis en el corazón, que no esté sobrenaturalizado. Hasta lo humillante que surja en vosotras, elevadlo hacia Dios. Si lo envía el Señor como una prueba, y por ésta surge la tentación, la contrariedad, sobrenaturalizadlo al momento. Nuestra mirada a Dios nos eleva; nuestro ofrecimiento a Él, nos levanta.

Cuidad mucho de conservar el estado de gracia. Tened verdadera codicia de aumentarla cada día. Como los avaros que, acuciados por el anhelo de más y más, no cesan en su trabajo, los que queramos de veras almacenar para el día de la eternidad, hemos de vivir acuciados por el deseo de atesorar vida espiritual, más gracia de Dios.

101. Medios de santificación, los tenemos a montones. Son todas las criaturas; no hay ninguna que no nos pueda santificar, ninguna. Cada una es una gracia actual que Dios nos da. No adelantamos debidamente en la vida espiritual porque no las aprovechamos con la finalidad que Dios les ha puesto. Y así, ni crecemos en la humildad, ni en la paciencia, ni en el desprendimiento propio, ni en generosidad de corazón.

Jesucristo llegó ante nuestros ojos a tan alto grado de santidad, aprovechando las criaturas que sirvieron de medio a la santificación exterior de Dios nuestro Señor, y para la redención del mundo. No rechazó la persecución, cuando huyó a Egipto. No rechazó los desprecios, ni las heridas que le infligieron sus propios amigos, con las negaciones. No rechazó la cruz. Aceptó las alabanzas y las humillaciones del pueblo. Pero todo lo elevó y la sobrenaturalizó.

102. Necesitamos reponer fuerzas. Necesitamos rehacer la voluntad, tantas veces quebrantada por golpes

y contrariedades. Necesitamos revivir nuestra vida. Y ¿cuándo mejor y en dónde mejor lo podemos hacer que en nuestro diálogo con Jesús? Dialogar, hablar, aunque nuestro lenguaje sea mudo, aunque sea realmente una mirada. Tenemos necesidad de no dejar nuestra vida espiritual. Es penoso ver cómo el movimiento continuo de apostolado, sea solamente acción. Es como si fuera un moverse uno en movimiento incesante, y no se sentara a comer; como si fuera gastando sus fuerzas, descargando las pilas, y no las enchufase para cargarlas de nuevo. Nos quedaríamos huecos, sin sentido sobrenatural.

103. La lámpara del cuerpo es el ojo, dice san Mateo. El que ama no anda en tinieblas. Tiene la luz del Señor. Éste es el “ojo” que alumbra todo nuestro cuerpo, lo eleva, lo ennoblece, lo purifica, lo acerca más a Dios. Es el alma que irradia la vida espiritual. Es la luz que alumbra todo nuestro ser, todo nuestro obrar. A más vida espiritual en nosotros, a más vida de Dios, a más vida sobrenatural, a más gracia, a más contacto con el que es la única luz, que es Jesucristo, nosotros estamos más iluminados; en lo que hacemos, en lo que pensamos, en lo que realizamos, en lo que proyectamos. Porque en todo sentimos, en todo queremos y en todo intentamos aquello que más gloria da al Señor, mejor nos conduce hacia Él y más potencia y energía pone en nuestras manos para ganar las almas para Él.

Querrán inducir toda nuestra fuerza hacia una actividad de caridad hacia el prójimo, ¿pero cómo la vamos a tener si no tenemos dentro de nosotros ese fuego que nos lleva hacia ese prójimo con la abnegación, el desinterés, la donación, que sólo la fuerza del amor puede dar? ¿Se hará por un afecto puramente humano? Entonces..., pronto se acabará.

104. Tenéis necesidad de vivir en la intimidad de Jesucristo, de algo que sea tan vuestro, de una vida tan desposada con Él, que ni sepáis pensar, ni hablar, ni proyectar nada, sin que salga de un amor que con su luz vaya iluminando vuestros pasos y confortando vuestra vida de sacrificio. La Obrera, sin esto, dejará de ser Obrera. Andará enclenque, cojeando, arrastrándose. No hay más solución. Y quien otra cosa os enseñare, que no lo espero, no os enseña la verdad.

Si las Obreras han empujado fuerte, ha sido y es, cuando están fuertes en su espíritu interior. Cuando han conquistado y arrastrado, es cuando la fuerza de dentro ha sido el acicate. Ser Obrera supone esto. Poned esta piedra básica de vuestra vida. Luego, vendrán las otras, pero si falta ésta... ¡mal! Y horas críticas son las que vivimos. No se da importancia, no se valora lo espiritual; se valora lo material, lo de fuera. Lo espiritual, no me atrevo a decir que se menosprecia, pero algo parecido.

105. Los verdaderos obreros del reino de Dios, si van a predicar su reino, han de dar ante el mundo la sensación de que no llevan todo el mundo detrás, todo el apego y aficiones de las cosas de la tierra sobre sus hombros. De aquí, la santa pobreza, pobreza de voluntad, desprendimiento; aunque usemos todas las cosas del mundo como medios para evangelizar, aunque las tengamos en abundancia, no podemos perder de vista nunca que nuestro corazón ha de estar desprendido de ellas. Por ventura fiamos mucho en nuestra ciencia, en nuestros medios puramente humanos. Hay que estimarlos, pero no son la solución. Hemos de vivir un espíritu independiente de las cosas de la tierra, aunque nos sostengamos sobre ellas, dándonos cuenta de que no son la solución, por sí mismas, si falta el espíritu, el nervio, lo que debe animar nuestra actuación.

106. ¿Cuántos factores actúan en el cambio del hombre? Muchos. Pero hay uno principalísimo, que es como la fuente: el interior; porque lo exterior, no es más que una manifestación de lo que tenemos dentro. Las costumbres, pues, las modalidades nuevas, el hombre, diremos, nuevo, los tiempos nuevos, no son más que la acción de lo que interiormente vive el hombre. Interiormente vive dos cosas: el impulso de la concupiscencia, y el impulso de la luz y de la gracia de Jesucristo. Y se debate en una lucha. Si la concupiscencia triunfa, las costumbres no revelan, en la vida cristiana, sino una vida carnal. Si triunfa el espíritu de Jesucristo, las costumbres están esmaltadas por ese resplandor de la virtud, que trasciende toda nuestra vida: la vida de caridad, de amor, de verdadera humanidad. Vamos cambiando según el influjo interior. Basta reflexionar un poco, diríamos filosofar, para entender esto y comprenderlo bien.

107. El valor humano no tiene valor cuando no hay valor sobrenatural, sobre lo humano. Porque estamos destinados a un fin sobrenatural, estamos destinados a Dios. La grandeza nuestra está en eso. No en tener un cuerpo, como lo tiene un animal cualquiera; sino en tener un alma, y al tener un alma, tiene un destino sobrenatural. Esto es lo que nos da la grandeza humana. Éstos son nuestros valores humanos, espirituales. Los demás, son valores humanos, sí, pero son valores físicos, intelectuales, cualidades y condiciones que tiene la persona.

108. La imitación del Señor no consiste en cuatro contemplaciones. Eso es para ver lo que Él es. Pero una vez conocido lo que Él es, hay que procurar ser lo que Él es. A nuestra manera, en cuanto podemos, den-

tro de nuestra pequeñez. Pero esforzarnos para ser lo que Él es; no quedarnos en una simple contemplación, no. Esto es un engaño en el cual están muchísimas personas. Supone, pues, esto, una actuación sobre nosotros. Y esta actuación es de vida espiritual, en primer lugar. Porque aunque tengamos mucho de otras cosas, como nos falle esto, no pertenecemos al ejército de Jesucristo.

109. Podemos y debemos crecer espiritualmente. Esta obligación nace de la necesidad de cumplir rectamente el fin que responde a nuestro estado sobrenatural. Nos habla san Pablo de un crecimiento sobrenatural: “crecer, dice, en Él, que es la cabeza, Cristo Jesús”. Crece la rama unida vitalmente a su árbol. Se torna enfermiza, raquítica, cuando empieza a faltarle el alimento de esta savia. Del mismo modo, pues, que es propio de la rama así unida y vivificada, el crecer hasta que llegue a su punto de perfección, tal debemos nosotros crecer en Cristo, que es el tronco o cabeza, al cual estamos unidos vitalmente, por medio de la gracia divina.

¿No basta ser buenos? No. El ser buenos es la primera fase; el ser mejores es la segunda, y alcanzar el grado de bondad proporcional al crecimiento que uno puede tener, es la tercera. Lo contrario, produce un estado de estancamiento. Equivaldría a detener el crecimiento espiritual que exige la cantidad de savia divina que Dios nos comunica.

110. Os recomiendo que viváis sin ahogamientos interiores, esponjadas en vuestro corazón, esponjadas en el alma, sin apreturas. A veces las criaturas pueden proporcionar estas apreturas. Pueden venirnos por parte de ellas: el carácter, el modo, el mandato, las dis-

posiciones, las exigencias, el temperamento... Pero éstas no entran en el alma, éstas no entran en un interior que vive independientemente de las criaturas, y vive atada a Dios. Es lo que llamamos la libertad profunda que uno vive. ¿Que aquello me lo quitan? Muy bien, me es igual, yo no estoy pegada a nada. ¿Que aquello me lo dan? Muy bien.

¿Verdad que esto es difícil? Parece que es difícil, pero creedme, no lo es. Cuando uno supera las cosas, mira a Dios en todo, no mira más que a un Cristo, el rostro de una Virgen, la luz de la fe, no nos parece nada difícil. Porque tengo lo que yo quiero tener; lo demás... poco vale. Que me aprecien o no me aprecien, que me den esto o aquello, me es igual.

Entonces, ¿me he de afligir en el interior? Nunca. Jamás viváis con apretura de espíritu. Podrá haberla por fuera; quizá, si no hay fuerza interior, perjudique; lo comprendo, y se debe remediar. Pero contra los ataques de fuera, hay una fuerza interior, hay una personalidad espiritual, hay un algo que lo supera todo.

111. En un doble conocimiento radica o descansa nuestra vida espiritual: en el conocimiento de Dios, y en el conocimiento de nosotros mismos. El conocimiento de Dios nos levanta hacia Él, más cuanto más le conocemos. Y el conocimiento nuestro propio, que hace que cavemos muy hondo en nuestro corazón, para así hacer que la semilla o gracia de Dios dé copioso fruto.

Es más fácil conocer a Dios que conocernos a nosotros, por la dificultad de nuestras pasiones. Éstas nos ponen como un velo en la vista, que nos impide ver lo que somos. Somos así como nada, porque para existir hemos necesitado la acción de Dios; para conservarnos en este vivir o existencia, necesitamos la ac-

ción de Dios; para poder merecer algo, nos es precisa la intervención de Dios. No obstante hay un velo que nos impide ver esta realidad. Nos creemos ser algo y, por lo tanto, nos creemos con derechos. Cuando partimos del conocimiento propio, de verdad, nos juzgamos indignos. Nada merecemos.

112. Necesitáis la gracia interior que os santifique, para que seáis almas vivas, y vivas sean también vuestras obras y, por tanto, meritorias. Pero necesitáis poner el esfuerzo de vuestro querer. Como dice san Pablo: yo he trabajado mucho en todas las cosas, pero conmigo ha trabajado la gracia. En nuestras obras buenas, Dios tiene su parte: la intervención de sus gracias. El corte es del cuchillo, pero lo es también de la mano que maneja el cuchillo. La gracia es como la mano que robustece la voluntad, para que se mueva al bien.

113. Qué misterio más grande, el del pecado. Tiene tal fuerza secreta y tal poder oculto, que sólo él puede desviarnos de nuestra grandeza sublime; representa el destino de la miseria más grande, contra la virtud, que es el destino de la gloria más grande. Si nuestro fin es Dios y nuestro destino en la tierra es ser santo, el pecado no es el camino, sino el abismo.

Mirándonos a nosotros mismos, qué cuidado debemos tener para no pecar. Porque nadie se encuentra seguro; nadie se fíe de sí mismo, porque puede caer, enorgullecido de sus propias fuerzas; no nos acerquemos mucho al fuego, para no quemarnos. Nada tendríamos si practicásemos las virtudes y no evitásemos el pecado; para el mundo podemos ser o aparentar ser buenos, pero para Dios seremos malos. San Pablo de-

cía: “No sea que predicando a los demás, sea yo un réprobo y salvando a los demás, me condene”.

El alma apóstol debe arrancar toda mancha de pecado, no sólo mortal, sino venial, ya que siempre es ofensa o falta de reverencia a Dios; es infidelidad nuestra a la generosidad divina. Si el pecado mortal nos separa de Dios, el venial nos detiene y hace ir tropezando. Cuántas personas consagradas a Dios no progresan por el pecado venial; desechan los vencimientos, la mortificación y la oración, sin darse casi cuenta de que son faltas veniales.

114. Si nosotros, primero, no nos hemos conquistado, difícilmente, imposible, conquistar a los demás. Porque nos faltará, yo diría, como ese gancho espiritual, esa fuerza de penetración, ese enlace que hemos de tender nosotros hacia los demás.

Una Obrera sin un espiritualismo vivido y que le penetre, que le empape, es una Obrera que no podrá producir el fruto al cual está destinada; si lo produce, será en pequeña proporción. Mas si vive llena de esa espiritualidad, de ese Cristo vivido, sentido, comprendido, entonces sí; producirá, aunque no vea el fruto, producirá en gran manera. Porque no es ella la que actúa solamente, es lo que lleva dentro de ella, es el Cristo que actúa por medio de ella. Como la fuerza de un brazo actúa moviendo el cuchillo, y el cuchillo corta en la proporción que el cuchillo tiene condiciones y la fuerza del brazo la empuja.

No me cansaré nunca de repetiros, nunca me cansaré de haceros ver la importancia que tiene para vosotras, como para todas las personas, pero yo diría que especialmente para vosotras, las Obreras, la vida profunda interior en que el Señor sea el que obre en vosotras.

115. La vocación requiere una intensidad de vida espiritual, para poderla hacer fecunda, para poderla mantener. Para que ella crezca, para que se desarrolle, para que se fortalezca, para que produzca fruto, para que sea perseverante, porque radica, es decir, sus raíces las tiene en la vida espiritual.

116. Vivimos en el mundo, y nos rodean y acechan por todas partes tentaciones y peligros. Pero tenemos necesidad de romper esos lazos que el mundo nos tiende, y que traban e impiden nuestra vida espiritual. Los muchos males que veamos en él, no nos sean motivo de desánimo; sino al contrario, que esto nos lleve a pensar en un acrecentar nuestra fidelidad a Dios, en llevarlo muy dentro y estar muy fuertemente unidos a Él, para que, por grande que sea el vendaval, no nos abata.

En nosotros, el ambiente mundano ha de tropezar con un obstáculo: nuestra vida interior, íntimamente unida a Dios. Ante un ambiente de sensualidad, un ambiente de santidad; contra un hombre sensual, un hombre espiritual.

Otro peligro que impera en el mundo es el de la codicia de honores, de riquezas. Los hombres quieren hacerse grandes y poderosos, a base de cosas de la tierra. Esto lleva a una cantidad enorme de injusticias. Y lo malo es que nos podemos contagiar, y en vez de buscar el reino de Dios, buscar el de la tierra. ¡No lo permita el Señor! Los nuevos ricos creen conquistar el mundo, y lo cifran todo en el dinero, en la soberbia de la vida, en querer ser más, sobresalir, distinguirse. En el mundo, el que sabe, desprecia al que no sabe. Se ha perdido el sentido de fraternidad, y ello en detrimento del Cuerpo Místico de Cristo, del que formamos parte todos los hombres.

El Señor nos exige un mayor refinamiento en la vida espiritual. Y en lo material también: en el modo de vivir, de presentarse, de realizar nuestros trabajos. No os contentéis con medianías, aspirad siempre a más y mejor.

Perfección

117. Os recomiendo mucho, con interés, que vayáis perfeccionándoos hasta donde podáis llegar, porque siempre somos capaces de más perfección. Nos vamos cargando de pequeñas cosas. Nos pasa como al labrador que da una ojeada en el campo y no ve ninguna broza grande, pero no ve que van naciendo brocitas pequeñas, y cuando se da cuenta, lo tiene todo sucio. Nosotros somos de tal manera que nos hemos de estar vigilando constantemente y no nos dejemos pasar nada. Hay que ser juez de sí mismo, pero un juez verdadero: esto lo hago mal y lo he hecho mal. Nunca será juez verdadero aquel que va tirando, buscando la disculpa o cargando al prójimo lo que él hizo mal. Al contrario, aun sabiendo que el culpable es el otro, siempre debemos pensar si nosotros hemos tenido algo de culpa en aquello. Cada persona, por su modo de ser y de actuar, con toda su buena voluntad, no se da cuenta de que a veces se va deslizando en ciertos defectos.

La confesión debe hacerse sobre estos puntos, así surte su efecto. Y, sobre todo, evita caer en lo que llamamos la rutina en los sacramentos. ¡Por Dios, no caigáis nunca en ello! Al confesor se le puede engañar, a Dios no. Al confesor se le pueden tapujar muchas cosas; a los ojos de Dios todo está siempre destapado. Por esto os recomiendo que viváis siempre la sinceridad, la verdad, en vosotras, claridad de conciencia.

Quien enredos lleva fuera, enredos lleva dentro, porque el hombre es lo que es su conciencia.

Es una pena que personas de vida de piedad pierdan el tiempo de esta forma. Llevan el corazón sujeto y no pueden volar con la fuerza y el impulso que Dios quiere que volemós.

118. La condición del árbol, la conoceremos por los frutos. Si está cargado de defectos y no se corrige, este árbol está tocado de algo; pero en fin, todavía tiene savia. Lo que pasa es que está torcido, las ramas le salen así, y la fruta la da a medias.

Conoceremos la persona qué tal es por los frutos que está dando. El mundo ha de conocer cómo somos nosotros. El Señor nos ha de reconocer qué tal somos por los frutos que damos. Y los frutos no son palabras, los frutos son obras. Y entre estas obras, ¿cuáles son los verdaderos frutos espirituales? Los que nos acercan al Señor, lo que nos hacen más discípulos de Jesús, los que nos hacen asemejarnos más al Maestro.

Y de un buen corazón, ¿qué ha de salir? Pues, frutos buenos. De ese tesoro de un corazón, salen cosas buenas. Lo que el Señor hace, hemos de hacer nosotros también. Hemos de sacar nuestras buenas obras para con los demás. Y el que no hace obras de caridad, obras de fraternidad, obras de ejemplaridad, obras santas, su corazón no anda bien.

Como un latigazo suave, porque el Señor les hablaba así a sus discípulos, exclamaba: “¿Por qué me decís Señor, Señor? ¿Por qué? Maestro, Maestro, ¿por qué? Si no hacéis lo que yo os digo, ¿para qué tanto Señor?”.

119. El Señor dijo a todos, no solamente a los apóstoles, sino a todo el pueblo: “Sed perfectos como mi

Padre celestial es perfecto". No dice: podéis ser, os ruego que seáis, no, "sed"; es un mandato. ¿Por qué? Porque la vida cristiana es la vida de Cristo en nosotros. La vitalidad divina de la vida de Dios en el alma tiende a la perfección; exige, en cierto modo, la perfección. Y es para todos, cualquiera que sea el estado, solteros, casados, religiosos... Porque la gracia que el Señor infunde en el alma tiende, como un árbol, a desarrollarse, a crecer; si no se le pone un impedimento. Y ese crecimiento es el que nos lleva a la perfección.

Y todos deben, todos, deben desear y trabajar por alcanzar la perfección cristiana. Advertid aquí cuán poco se conoce la vida cristiana, qué idea tan equivocada tiene la gente. Yo tengo para mí que no han alcanzado la profundidad del cristianismo. Por eso, un cristiano de verdad es un santo.

120. La Iglesia es un cuerpo vivo, y nosotros somos sus miembros. Efectivamente, la perfección del cuerpo vivo aumenta en la proporción en que se perfeccionan los miembros que lo constituyen. La Iglesia, esencial y plenamente santa, hace suyo el crecimiento de santidad de sus fieles. La Iglesia es el recipiente inmenso de toda la vida sobrenatural del hombre. Cuanto más santo sea éste, mayor será la cantidad de perfección que aporte al recipiente del cuerpo vivo de la Iglesia, la cual, siendo obra de Jesucristo, y perfectísima, ha de ser llevada a la perfección en sus miembros. ¿Cómo? Perfeccionándonos nosotros, mediante nuestro crecimiento en la virtud. ¡Obligación de crecer siempre, hacia Dios! Y si esto vale para todos los cristianos, cuanto más para aquellos cuyo estado elegido requiere, en primer lugar, vivir plenamente la perfección cristiana.

121. Estáis llamadas a ser nueva generación, que no solamente parezca limpia, sino que esté limpia. Nueva generación que lleve en su voluntad el freno de la obediencia, acatamiento, aceptación y ofrecimiento a Dios. Generación que viva en caridad y en amor. Y aunque a los ojos del mundo seáis cosa humilde, e inadvertidas paséis ante su mirada, desconociendo lo que lleváis en vuestro interior, sólo os importe el que lo sabe Dios.

Continuad cada día vuestro esfuerzo para afianzaros más, quitar defectos, reforzar la voluntad. Siempre hallaréis algo que retocar. No se refleja debidamente la luz por el cristal sombreado por manchitas. Las imperfecciones empañan el cristal del alma e impiden que la luz de la gracia se refleje debidamente.

122. Hermoso es pensar en un progreso de perfección personal, de afinamiento, como aquel que tiene un instrumento en sus manos y goza de ver cómo le afina, cómo suenan aquellas cuerdas, tan armónicamente. Y nosotros, ¿no gozamos de ver cómo a base de apretar las clavijas en unas cosas, y en otras aflojarlas, se afina nuestra conducta, nuestro carácter, nuestra persona, nuestro modo de actuar, nuestro modo de hablar, nuestro modo de pensar, nuestro modo de enjuiciar, nuestro modo de darnos de verdad a Dios? ¿No gozamos de este sentir un afinamiento en nuestra persona? Yo creo que es el goce más íntimo que podamos sentir. Pero cuesta.

123. ¿Quieres ser perfecta? Imita al Señor. Compréndele, estúdiale. ¿Queremos ser perfectos? Obremos como Él. Por lo menos, el deseo, el esfuerzo, aunque por nuestra debilidad nos sintamos a veces como incapaces.

ces, pero la gracia de Dios en nosotros puede mucho, puede hacer aquello que nosotros no somos capaces de hacer. Y si la perfección busca el sabio en su ciencia, y el rico en sus riquezas, y uno en su trabajo, ¿por qué nosotros no la hemos de buscar en nuestra vida espiritual, pues es lo único positivo que hay? No busquemos la perfección fuera de Jesús.

124. No todo es juntar las manos y decir queremos ser santos. Verdad es, pero lo mejor sería decir: estamos haciéndonos muy santos. Engañar a Dios es cosa muy triste y, como comprenderéis, muy ridícula, porque a Dios nadie le puede engañar, ni tampoco puede engañar a su misma conciencia. No hagamos esperar al Señor. Esto es muy sencillo, conociendo lo que debemos hacer en las distintas etapas de nuestra vida. Pongamos manos a la obra, tanto si es quitar de nosotros, como poner; tanto si es corregir, como perfeccionar.

125. Aumentad vuestra perfección en el cumplimiento del deber, que esto es básico. No os desviéis, pues una Obrera que esto hiciese, dejaría de hacer mucho bien, y caería en la mala interpretación de pasar lo perfecto por imperfecto y viceversa, o desviaría la rectitud del espíritu de Cristo. Y a Cristo, medida de perfección, se la gana por las obras, no por palabras, ni promesas o frases. La perfección es para vosotras como el pan que coméis para el cuerpo. Hay que ser perfectas, porque sois Obreras.

126. ¿Cómo juzgaremos a quien diga que quiere ser perfecto y, no obstante, hace las cosas voluntariamente con imperfección, descuidadamente, deficientemente?

El crecimiento en la vida espiritual implica rectitud de conciencia, delicadeza de espíritu, voluntad generosa para la santificación propia y la del prójimo. Muchas veces fracasaremos en el logro de la perfección intentada, por nuestra impotencia o fragilidad, pero siempre quedará flotando nuestra intención recta y nuestra buena voluntad. Hagamos las cosas bien. Nos mira Dios.

127. La perfección del hombre no está en lo físico, no está en lo biológico, no. La perfección del hombre está en el alma, está en la elevación interior. Está en aquello que nos hace adelantar hacia lo que es la meta y el destino sobrenatural que se nos ha trazado. No en arrastrarnos como culebras, serpenteando por la tierra.

Virtudes

128. ¿Cómo conoceremos la virtud de un alma, la virtud de una Obrera? Por su modo de vivir, no por su palabra, por su elocuencia, por sus conversaciones, no, por su modo de vivir. Que hablar de la humildad, es sencillo para algunas; ser humildes es difícil. Hablar de las virtudes, también para algunas será relativamente fácil, por su instrucción, su cultura. Pero practicar las virtudes ya no es tan fácil. Y para todas, sin distinción ninguna, el dar buenos consejos, el alentar, el estimular las voluntades, es cosa que lo suelen hacer; pero sus obras no corresponden a ese estímulo, a ese aliento. Que, realmente, la santidad que aconsejan, se vea vivida en ellas, la abnegación, practicada.

Mis Obreras, yo solamente os pido que seáis dignas de vuestra vocación.

129. Emulación santa, rivalidad entre vosotras, para ser muy santas, para ser muy almas de virtud, para producir mucho efecto apostólico, para llevar muchas almas a Dios. Pero no rivalicéis nunca, mis Obreras, como se ve en la gente del mundo. Rivalidad entre vosotras para ser mejores; en lo demás, ninguna rivalidad, más que protección mutua, estimulación mutua. No os envidiéis nunca en nada que no sea la virtud, y si envidiamos la virtud, que sea una santa envidia, una santa emulación.

130. La virtud allana muchos obstáculos. La virtud es algo tan hermoso que, cuando está, resuelve una cantidad de dificultades que nosotros, con la ciencia, nunca las podremos resolver.

Si no hay humildad, los genios, los caracteres, los temperamentos, se desentonan ellos mismos; porque habrá momentos en que tiene que surgir el temperamento, o el carácter, o el brío que tiene aquella persona, y sólo la virtud lo puede frenar, para que no se des temple.

La virtud de la humildad, o la virtud de la prudencia, o la virtud de la generosidad.

131. Si queréis marchar bien, y yo sé que queréis, escudaos con el arma de la virtud, porque así sois más fuertes. Os habéis de templar muy bien. Sobre vosotros pesa una obligación. Dios os ha puesto sobre el celemín para que alumbréis al mundo, y habéis de alumbrar con vuestra conducta personal, que respire espiritualismo.

Oración

132. Para la bondad de nuestra oración, se requiere una recta intención y una voluntad sincera por nuestra parte. Quien se acerca a tratar con Dios, hágalo con intención elevada, recta, de aprovecharse espiritualmente. Y este aprovechamiento no ha de consistir sino en un crecimiento mayor de la vida de Dios; en adquirir luces para resolver ciertos problemas que tenemos y que exponemos en la oración; para adentrarnos más en el conocimiento del Señor; para reanimar nuestras fuerzas, un tanto débiles, a veces, y renovarlas; para que no desmayemos en el seguimiento de Cristo y en la resolución de muchas dificultades que la vida en la cual nos desenvolvemos nos presenta. Recta intención es una voluntad sincera de agradar a Dios, de afirmar nuestra fe, de hacer compañía y de vivir ese rato de amistad y de convivencia con Él.

Por tanto, si falta esta rectitud y se va a la oración, o se hace, para que no digan, para cumplirla porque no tengo más remedio, o para que vean que la hago, la rectitud de intención falta.

133. El espíritu de oración se compagina admirablemente con la vida exterior. Claro que esto tiene por base cierto tiempo destinado exclusivamente a la oración, al reposo interior, al silencio y recogimiento. Y lo que allí se almacena, sirve como de principio-motor para que se sostenga el interior en su estado comunicativo con Dios, entre actividades externas.

Podemos distinguir almas de oración en un tiempo determinado y dedicado únicamente a ésta, pero sin reconcentración en sí mismas, ni en Dios. Y almas de oración que lo son habitualmente. Vosotras, habéis de

aspirar a ser almas de oración habitual. ¿No es esto la vida interior actuada? ¿No es así como fructifica y crece la vida espiritual en nosotros?

134. La oración es elemento vital indispensable para llevar ordinariamente la vida cristiana; es elemento vital necesario para tener piedad, y es elemento vital absolutamente necesario para ejercer debidamente el apostolado. En el divino modelo, Jesús, el primer apóstol, la oración ocupa el lugar preeminente durante toda su vida. Oró de noche y de día; no acometió ninguna empresa sin antes precederla con la oración. Cuando el Maestro lo hace así, ¿qué excusa podemos nosotros alegar para desconfiar de la eficacia de la oración y de su necesidad para nuestra vida espiritual y de apostolado? ¿Qué otra cosa hemos de hacer más que imitarle? La oración es la vitalidad de la Obrera. La vida de la Obrera ha de ser una oración continuada, ha de vivir habitualmente en oración, tener el espíritu de oración. San Pablo nos avisa diciéndonos que oremos con instancia, “instando”, que vigilemos orando.

135. Permaneced en vuestra oración hasta que lleguéis a ese convivir con Dios tan familiarmente, tan habitualmente, que sea Él quien os ilumine, quien os mueva, quien os dé el calor que el corazón necesita. Y entonces ¿qué cosas del mundo podrán penetrar en vosotras que os puedan perturbar? Hasta las saetas más envenenadas de tentaciones, de pecado, no podrán romper esa coraza fortísima con la cual os defenderéis siempre: oración.

136. El objeto de la oración, además de los asuntos y cosas que podamos tener, puede ser únicamente el ha-

cer compañía a Dios nuestro Señor, el estarnos con Él. ¿Esto será oración? ¡Y tan hermosa como es! Unas veces hablaremos, y otras no hablaremos, como ocurre en una conversación. “No tengo asuntos, pero está el Señor, y ésta es mi oración, acompañarle, gustar de estar con Él, recibir su influencia”. Recalco mucho la vida de oración, bien para pedir, para ofrecer, o en plan de ese amor que le debemos. Estamos con el Señor y basta. Plena y santa libertad para la oración: necesitas libro, cógelo; no lo necesitas, no lo tomes.

Que nuestra oración sea siempre de fe, la que Jesús nos enseñó, la que Él practicó. Si oramos mucho y bien, no fracasaremos nunca, y adelantaremos.

137. La oración, por difícil que sea, a veces, y os parezca que nada habéis hecho, será suficiente para consolaros y os dará idea de que se ha sacado fruto, sólo con que tengáis un minuto, un instante, un momento más o menos largo o breve, de reconcentración profunda y de movimiento de la voluntad hacia Dios. Con eso se ha sacado todo el fruto de la oración. Hemos hecho que la voluntad se mueva, actúe. La oración es un algo interior que se vive. Se puede tener en todas las horas del día, y en todos sus momentos. Porque la oración no es más que nuestro trato con Dios, nuestra convivencia con Él, nuestro estado interior.

138. Cuánto apostolado fecundísimo tendríamos si abundasen las almas de oración. Nos cuesta mucho convencernos de que somos instrumentos inútiles sin esto. Hoy se vive mucha exterioridad. Hoy se fía el resultado no a esa asistencia del Señor, precisamente, a la vida oculta en Dios, sino a muchos planes, muchos artificios y muchas cosas. Nos cuesta convencernos de que no podemos producir trigo, si lo que sembramos

no es trigo. Queremos producir trigo, sembrando otra clase de semilla, y no puede ser. La Obrera ha de ser alma de oración.

139. Ninguno que ponga su mano en el arado y vuelva la vista atrás, es apto para el reino de los cielos. Sobre el arado del apostolado, pusiste tus manos para abrir surcos en las conciencias, y depositar la siembra de la verdad de Cristo.

El que ara, no sesteja bajo la sombra plácida del árbol, ni retira sus manos de las caricias constantes del frío. Azotadas por el calor, el frío, aprieta con ellas el timón del arado, para seguir su anhelada siembra. No hay cosecha sin siembra, ni siembra sin el arado del sacrificio.

Y se halla fatiga en el arar, y se vuelve la vista atrás, porque se es flaco en el espíritu.

Esta flaqueza procede, en gran parte, de que es menguada la oración. Grande es la astucia de Satanás, y de mil pretextos se vale para estorbar en las almas el sublime ejercicio del trato con Dios.

No basta hablar de Dios. Es preciso hablar con Dios. Sin este contacto, no puede haber en nosotros fuerza para amar el sacrificio. *Llegue a todas mi advertencia paternal.*

Pureza de corazón

140. Cuando el corazón es íntegro, limpio, todas nuestras obras son limpias, gratas y buenas ante el Señor. Cuando el corazón no es limpio, no íntegro, dice san Mateo, de él salen los malos pensamientos. ¿Y qué alimento vamos a dar al corazón, que es lumbre de

nuestra vida? La hoguera da luz, y en nuestro corazón, ¿qué hoguera ha de haber más que el amor a Dios nuestro Señor? Entonces habrá luz; luz que alumbrará todas nuestras acciones, y las moverá, y las dirigirá. Porque no haremos nunca nada contra ese amor que sentimos en el corazón y que es nuestro vivir. Por eso es la luz que alumbra nuestros pasos. Y nos servirá de voz que avise de los peligros que puedan soplar para apagar esa hoguera, esa vida íntima.

141. En todas vuestras obras ha de brillar la pureza de pensamiento, la rectitud y elevación de miras. Si sois de Dios, si os sentís de Dios, si es Dios quien vive y está en vosotras, si todo el ser lo hemos recibido de Dios, si Él nos anima y vivifica, ¿cómo puede haber en nosotros algo que no vaya encaminado a Dios? La persona que es, en sus cosas, sencilla, clara, transparente, no mira, en su perfeccionamiento espiritual, más que hacer la voluntad de Dios expresada en el deber, no busca más que glorificar a Dios nuestro Señor.

Rectitud de intención

142. ¿Por qué no habrá más rectitud en las conciencias? ¡Cuántas miras humanas! ¡Qué poca elevación de corazón! Y esto puede acontecer en el modo de hablar, en el apostolado, en la vocación. Hay una gran falta de sobrenaturalismo. Qué bien se llevarían todas las cosas si el espíritu de Cristo se viviese. ¿Será esto motivo para que nosotros no procuremos vivirlo siempre? Una de las características de la Obrera, sea, en todo momento, ésta: mirar a Cristo como centro y finalidad de su vida. La Obrera se ha de desenvolver llevada siempre del espíritu del Señor.

¿Obrará según el espíritu del Señor quien no tenga la debida caridad? ¿Procederá según el espíritu de Jesucristo quien a otro rebaje por intereses creados, aunque sea de tono espiritual? No. Hay mucha falta de rectitud. Y esto es el campo de la mentira.

143. Cuando no hay rectitud y pureza de corazón, muchas cosas se juzgan al revés de lo que son; muchas cosas se dejan de hacer, debiéndose hacer, por pretextos puramente humanos; muchas cosas, a veces, se hacen cuando no se debían hacer o, si se hacen, no de esa manera. De ahí salen la gran cantidad de deficiencias en nuestras obras y la mucha pérdida de valor que éstas tendrán delante de Dios nuestro Señor. Porque el valor de nuestras obras lo da, en primer lugar, la pureza de intención. Tenemos en el Evangelio el caso de la viuda, que dio un cuadrante; dio todo lo que tenía. ¡Con qué pureza y rectitud de intención lo dio! ¡Cómo la alabó Dios! Los otros, con medios, muy ricos, que darían mucho, no recibieron la alabanza de Jesús.

144. La rectitud de intención hace que armonicemos todo en nuestra vida, que nos soportemos, que nos callemos, que nos disimulemos, que nos sepamos comprender, que nos sepamos ayudar. Todo depende de aquí. Porque esta pureza de intención unifica el pensamiento y la obra. Mas si no existe esto, entonces, los espíritus se separan, viene la discordia, viene una especie de grieta entre los juicios de las personas en su actuación. Vosotras habéis de formar un cuerpo muy compacto, muy unidas, muy compenetradas. Y para ello, ¡cuánto os recomiendo, mis Obreras, que procuréis siempre vivir con una gran pureza de intención interior!

Renovación espiritual

145. En la vida espiritual se dan muchos casos de frialdad. ¿Es bueno o malo? La respuesta es fácil. No es que sea ningún pecado, pero para la práctica de la virtud, no es buena situación, no es buena condición. Uno sube un camino, y aunque sienta la dificultad de ascender, va reaccionando su voluntad, sujetando su cuerpo, obligándole a que haya sacrificio. Todo a base de la reacción interna. Si, pues, hay un descuido, francamente, ése determinará sentarse, dejar el camino que emprendió y quedarse tal como está. Así se quedan muchísimas personas, en la vida espiritual. Pasan años, años y años, y están en plena frialdad. ¿Qué fenómeno es éste? Oyen doctrinas buenas, alentadoras, consejos, hacen lecturas de varias clases. No obstante, no reaccionan. Éste es otro misterio en la vida de las personas. Estamos rodeados de misterios.

146. Queremos reformar al mundo sin reformarnos nosotros; esto es lo ilógico. Queremos arreglar la casa del prójimo y la nuestra no está arreglada. Queremos estructurar la vida y la estructuración nuestra está sin hacer. Queremos que las costumbres del mundo se reformen, pero si el individuo no se reforma, ¿cómo se van a reformar las costumbres de fuera? Si a un individuo que es ladrón no se le reforma y transforma el interior para que no robe, si no se le cambia, siempre será un ladrón, en la ocasión que tenga. Una persona será afable en el trato, complaciente, generosa, sufrida, abnegada, sincera, verdad en todo lo que dice y hace, cuando esa persona interiormente lo esté viviendo. De lo contrario, no puede ser.

147. Un árbol torcido, si es tierno, con un poco de trabajo se le puede doblar y quitar el defecto. Si es duro, viejo, resistente, tan sólo a fuerza de violencia y de mucho trabajo, acaso se le doblase y corrigiese, siendo más de admirar en éste que en el primero el cambio logrado. ¿Qué diremos de la vida de virtud y perfección, pureza y santidad, en aquellas almas que, duras y encorvadas por la fuerza de sus pujantes malas inclinaciones, rendidas éstas, lograran quitar la joroba de sus maldades y defectos viejos, y encajar sus actos en una admirable rectitud hacia Dios? Diremos que la gracia de Dios, puesta la cooperación humana, ha triunfado en gran manera.

148. En estas horas críticas que atravesamos, es absolutamente necesaria una renovación; no sólo para permanecer firmes y constantes, sino para acrecentar nuestra voluntad de seguimiento auténtico de Jesucristo, cuando tantas y tantas personas desvían del camino recto. Necesitamos todos hacer como un alto en el camino, para reflexionar más atentamente, adentrarnos en nuestro interior, y darnos cuenta de cuál es nuestra responsabilidad, ante el cúmulo de gracias que todos hemos recibido y que, sin duda, si nuestra fidelidad es permanente, seguiremos recibiendo.

149. Hemos de arar siempre hacia adelante. Una vida espiritual que se base en lo pasado, no puede marchar. Has de ver siempre lo que te queda por hacer, por recorrer. Y aprovechar las gracias, que hay mucho por arar y trillar en una vida de apostolado por la extensión del Reino de Cristo. Vuestra misión ha de ser poner sabor espiritual, algo de Dios, en el mundo en que vivimos.

150. La Obrera se ha de transformar. Nuestro mejoramiento espiritual no ha de ser puramente humano, por nuestro esfuerzo, necesitamos la influencia divina. La falta de vida espiritual, la falta de oración, la falta de contacto con Dios, la falta de sinceridad, es la causa de que haya un decaimiento, una flojedad, un desaliento, de que todo parezca difícil, de que todo nos parezcan montañas. Pero todo nace de lo mismo: de que nuestra vida espiritual afloja, baja de nivel.

VIRTUDES TEOLOGALES

Fe

151. Hoy el mundo discurre por un cauce puramente racional; no quiere ver las luces de la fe. Si nuestra vida vamos a juzgarla solamente por la razón, yo diría, con san Pablo: somos unos locos; puesto que amargamos nuestra vida aquí, sin que tengamos esperanza del más allá. Nuestra vida, en este caso, es peor que la de cualquiera. Porque los del mundo gozan, disfrutan, a su manera; sueltan sus pasiones. Nosotros estamos en lucha, nos reprimimos, sufrimos, ¿para qué? Si nuestra fe no es el alma de nuestros sentimientos, de nuestros pensamientos, de nuestros quehaceres, ¿para qué una vida de control tan fuerte? Somos, pues, los más desgraciados.

Pero, no; nos sostiene la fe. Y escuchando la voz de la fe, escuchamos esta palabra de Jesús: Yo soy la Verdad. Luego, fuera de Él no hay verdad. La verdad absoluta es Él. Si, pues, la verdad hemos de vivir, en Él la hemos de encontrar. Sus palabras son caminos de verdad, caminos de conducta, cauces de la vida humana, vida humana redimida por Él.

Caridad

152. Confortaos, dice san Pablo, unos a otros, en las cargas, ayudándoos mutuamente. Hay que evitar siempre humillar a los otros. Hay quien se supera, pero es para humillar al prójimo. Si nos superamos, si nos esforzamos, ha de ser mirando solamente a Dios. Y el bien que nosotros consigamos, a fuerza de nuestro trabajo, lo hemos de aplicar en beneficio del prójimo. Evitad, pues, siempre, el humillaros unas a otras.

VIRTUDES MORALES Y ANEJAS

14

15

Prudencia

153. Reparemos mucho en el modo de decir las cosas. La palabra que en su sentido y en su modo hiere, suele rebotar contra la voluntad, que la rechaza. El modo de decir las cosas, ¡de cuánta importancia es!

La persona prudente evita decir lo que desentona; a la sencillez, une la advertencia del modo. El hablar bien, es muy amplio en el sentido de su aplicación. Implica: evitar las faltas de caridad cometidas con la lengua; que nuestras palabras dichas, se encaminen a producir un buen fruto, es decir, que les demos una finalidad razonable; hablar sesudamente, de tal manera que nuestras palabras produzcan en la persona con la cual conversamos, una buena impresión. Y el hablar bien es proporcional a la condición de cada persona. La prudencia tiene presente la condición de cada uno, para valorar sus actos.

Hablar bien, encierra el decir las cosas a su tiempo. Será imprudente el dar un consejo, una corrección, una noticia, en momento inoportuno; al afligido, dilátale la nueva aflicción. Y quien corrija o aconseje, mire antes cuál puede ser el fruto de su corrección o consejo.

¿Cuándo hay que hablar? ¿Cuándo callar? La prudencia nos lo indica. Nos enseña a saber callar, cuando en nuestras conversaciones, dejamos campo libre a los demás, para que se expansionen, y alternamos, sosteniendo la conversación. Nos indica que debemos callar siempre que nuestra palabra pueda ofender, no asistándonos una razón justa. ¿Cuándo debemos hablar? Cuando se trate de defender a Dios, declarar la verdad en bien de la misma y en evitación de perjuicios del prójimo. Debemos hablar cuando se trate de un cumplimiento de nuestro deber.

154. No olviden ser comedidos en el uso de su lengua los que por fuerza de su ministerio se dedican mucho a la acción, a trabajos apostólicos. Les precisa reconcentrarse en sí mismos, pues si solamente dan y no almacenan, llegará un momento en que se sentirán vacíos, dirán cosas sin sustancia, andarán repitiendo lo mismo, sin calor interior, de modo amanerado, causando el hastío en sí y en los demás. La prudencia aconseja renovarnos de día en día. Ella ha de moderar todo nuestro actuar.

155. Acaudalad mucha prudencia, predilecta amiga para los que se dedican a la vida apostólica. Hasta en los detalles pone su sello esta hermosa virtud. Prevé el fruto a conseguir, tiene presente la condición de las personas, situaciones, lugar y demás circunstancias. Aprendamos el modo de practicar esta virtud, estudiando el modo de obrar de Jesús. Recrimina, corrige, perdona, con fuerza y con suavidad, pero siempre con bondad de corazón. Imitémosle y reproduzcamos la acción del Maestro.

Vigilancia

156. ¿Cómo se explica que muchas personas de vida espiritual tengan un descenso en la vida que en otro tiempo llevaron hermosamente? Yo me lo explico por aquello de que plegaron sus brazos y no lucharon. Las pasiones están mortificadas, pero no muertas. Mortificadas, sujetas, controladas; pero muertas, no. Es como la fiera. En un momento dado surge ese brote de la pasión de orgullo, de soberbia, de vanagloria, de avaricia, de búsqueda de la propia persona, como de otras pasiones. Y entonces, como el domador, no hay más remedio que volver a sujetarlas.

Se trata de una batalla que me doy a mí mismo, de un combate que hay dentro de mí. Ha de triunfar el Señor. Ha de triunfar la razón. Ha de triunfar la virtud.

157. Corren los años y Cristo se acerca. Tú, acércate a Él. Pasa el tiempo. Jesús se nos allega. Nosotros adelantémonos a Él. Apretemos en nuestro servicio al Señor. No reconocemos otro Señor, pues Él tiene dominio absoluto, total, sobre nosotros. Los demás, sólo es de prestado. La muerte nos acucia, porque no sabemos cuándo ha de venir. Tenemos que llegar con un rendimiento. Hemos de darnos prisa; no hay que vivir estancadas.

La muerte nos anuncia que llegó la hora de descansar. Y como el labrador que se alegra al llegar la hora del descanso, así nosotros. Nada de terror, al contrario, si eres fiel. Bello es el morir, cuando se tienen ansias de eternidades. No os descuidéis. No sabéis la hora. Vigilad, haced oración, estad preparadas. Trabajad para que así os sorprenda la muerte.

Pobreza

158. Los humildes pastores depositaron sus pobres dones a los pies de Jesús. Él los quería junto a sí, porque eran pastores, pues Él sería, en su día, pastor; los quería junto a sí porque eran pobres, y su cuna fue pobre; los quería junto a sí porque eran sencillos, cándidos, y Jesús quería rodearse de esta clase de almas.

Sois pastores por vuestro apostolado, sois cooperadoras del gran Pastor de las almas, Cristo Jesús. La Obrera es ese pastor que da alimento a las ovejas descarriadas, de las que unas esperan con ansia que les echen una mano, que les den el pasto; de las que otras, hurañas y huyendo, se dejan cazar y se rinden ante el sacrificio, ante la generosidad y ante el ejemplo de los buenos pastores.

Si los pastores fueron generosos en su pobreza, y ellos conocieron al Señor por primera vez, tú, que tantas demostraciones de su amor has tenido, ¿qué le vas a entregar?

159. El amor de Dios nuestro Señor se desposa con la pobreza, para venir al mundo. Escoge a una madre que es pobre y a san José que es también pobre, aunque los dos son de linaje de reyes; nobleza de sangre y nobleza de espíritu, pero pobres.

Austeridad

160. Nos vamos haciendo cómodos. Pero notad, que más se refiere al interior que al exterior. Uno puede tener todas las comodidades externas y, no obstante, ser muy abnegado, muy sacrificado. Puede tener una

abundancia de comida, y el sacrificio, o la abnegación, o la mortificación, no le falta; sabrá mortificarse.

En el mundo, hoy, aunque hay muchísimas penas y muchísima pobreza, en general, el nivel se ha elevado, en todos los sentidos: social, cultural, y demás. Y nos vamos acostumbrando todos los cristianos y religiosos, a una vida muy plácida y muy cómoda. Ya no se acepta la privación que lleva una vida de entrega y de consagración a Dios. Y no se hace más que imitar y copiar de lo que hace el mundo. ¿Imitar? Sin pensar que aquello no es lo perfecto. “Es que lo hace el mundo, todo el mundo lo hace...”. Bueno, ¿es que nosotros somos de este mundo? Vivimos en el mundo, pero no somos de este mundo: somos de Dios. Éste es mi criterio, mis Obreras. Os lo diré siempre. Las palabras del Señor: “En el mundo estáis, pero del mundo no sois”.

161. La Obrera ha de llevar una austeridad de vida: austeridad quiere decir dignidad de vida. La Obrera ha de llevar un algo en su persona que no espante, pero que a la vez se haga respetar; que atraiga, pero que, a la vez, la admiren. Austeridad de vida, para que así el mundo que os trate, que os conozca, vea que vosotras sois conscientes de las enseñanzas que le dais; que aun en el mundo, sois almas de Dios, que para el mundo no vivís.

Humildad

162. Dios resiste a los presuntuosos, a los que hacen alarde de sus fuerzas, a los que quieren atribuirse a sí el triunfo de sus actos, a los que, fiando de su propia voluntad, quieren sostenerse firmes en la vida espiritual, cuando solamente con la gracia de Dios nos po-

demostramos sostener, puesta únicamente nuestra cooperación. Es presunción, la excesiva confianza, el esperar sólo en nuestras propias fuerzas, el decir: a mí no me pasará eso. Aunque abandone mi vida espiritual, aunque descuide el cumplimiento de mis deberes, aunque deje mi oración, aunque me permita ciertas libertades, ciertas conversaciones, aunque tenga ciertas amistades, a mí nunca me pasará eso. Jamás demos entrada a la presunción en nuestro corazón, nunca. Firmes sí, pero con la firmeza de Cristo. El ángel cayó por soberbia, ¡y de qué altura!, de cerca del trono de Dios.

En la prueba, en la tentación, en la lucha y en lo peor, en lo bueno y en lo malo, en todo momento, sé fiel. Que siempre en tus labios, en tu corazón, y en tu porte, aparezca la gloria de Dios.

163. Considerando vuestro deber de Obreras, vuestra finalidad, acordaos muchas veces de la frase del Precursor de Jesús: "Conviene que Cristo crezca y que yo disminuya". Disminuir, ¿en qué? En nuestros placeres, en nuestras comodidades, en nuestra personilla, en mil cosas. Disminuimos cuando nos humillamos, cuando padecemos en algo, cuando buscamos el último lugar, cuando nos abrazamos con el sacrificio que lleva consigo nuestra vida de vocación y de apostolado, y lo soportamos por Cristo; disminuimos cuando no nos buscamos nunca a nosotros, sino sólo a Dios. Disminuimos cuando nos alegramos del bien que hacen los demás; aunque eso no lo hayamos hecho nosotros, ¿qué importa? Conviene que Cristo crezca y que yo disminuya. Humildad, mucha humildad, rendimiento de nuestro corazón a Dios, de nuestro querer a la voluntad de Jesucristo. Áspera es nuestra vida, pero dulce, porque la dulcifica el amor de Cristo que nos debe acompañar siempre.

164. Mucha humildad, mis Obreras, imitadoras de Jesús, para poderlo testimoniar ante el mundo. Para penetrar en los hombres, hemos de ser muy humildes. Los soberbios no tienen palabras para entrar en sus corazones.

165. La posición de la Obrera ante el Señor no puede ser más que de reconocimiento de nuestras culpabilidades, y de reconocimiento de la abundancia de gracias que recibimos. Quizás a veces nos ocurre como al fariseo, que vamos a la oración a hablar con Dios, a tratar nuestras cosas con Él y pasa por nosotros un mundo de fuera, que llevamos en el recuerdo, en la imaginación. Y le decimos: "Señor, yo no soy como esa que tiene mal genio, tampoco soy como aquella que tiene mal carácter, ni como la otra...". Nos parecemos al fariseo; estamos ocupándonos de los demás, en vez de ocuparnos de nosotros mismos. De los otros nos hemos de ocupar en la oración para pedir por ellos; y de nosotros para darle gracias porque, por su asistencia, por su ayuda, no hemos caído en esos baches. El fariseo no bajó justificado. El Señor no admite el orgullo, no admite la mentira, no admite el engreimiento propio, aunque sea en su presencia y aun diciendo verdades. Lo peor en una persona es cuando no reconoce su maldad, ni sus defectos.

166. ¡Cuánto miedo se tiene a la humillación! ¡Cómo nos cuesta descender de nosotros! Obreras, vuestro nombre indica vivir de humillación, a semejanza de Jesús. No tengáis miedo a humillaros. No temáis descender, aunque sea mucho, con tal de llegar a la virtud; coged la moneda de oro para vivir, aunque esté muy profunda. El triunfo de la Obrera es dejar su glo-

ria por la de Dios. Ésta es nuestra encarnación diaria: revestirnos de humildad y buscar lo humilde, sin querer nuestra propia grandeza. Debemos practicar esto todos los días. Que no aparezca en nosotros el espíritu de la soberbia.

167. Si nos entra la vanagloria, y hacemos ostentación de nuestras obras, y alarde de lo que sabemos y lo que dejamos de saber, y de lo que podemos, no conservamos el espíritu recto de Dios. No perdáis el tiempo en estas cosas, que el Señor, ya a su tiempo, hace la ostentación debida.

168. Sed muy fuertes en la voluntad y desasimiento de vosotras, a la vista de Dios hecho hombre por nosotros. Quien tanto descendió ¿qué no pedirá de los que le siguen? Que descendamos, y quien más descienda de su yo y persona, más fruto obtendrá. Sacrificad en el yunque de la humildad vuestra personilla, y vendréis a ser más perfectas.

169. Como pasa el ave volando, sin dejar en el cielo rastro de su vuelo, así pasa el hombre sin dejar huella alguna. No hay, pues, lugar a la vanidad. Que en nuestra vida no tenga lugar la vanidad tonta, que a nada conduce. La vanidad de la Obrera es ser muy virtuosa, sin complacerse en mirarse a ella, sino mirando a Cristo. Se ha de esforzar en darse lo más completamente posible al Señor. Todo, menos Cristo, pasa; todo, menos Dios.

Abnegación

170. Jesús es el único camino para que podamos llegar a la conquista de nuestro yo. “Niégate y sígueme”. He aquí el camino. Camino que no se ha cerrado; hasta el fin del mundo estará abierto. Y por amor a Cristo puedo negarme. Sin amor a Él, no lo haré nunca. Por amor a una criatura no, porque siempre surgirá en nosotros un deseo de correspondencia; y vendrá la duda de si va a corresponder o no aquella criatura, si va a estar agradecida o no. Y entonces, la voluntad se detiene. Sólo por amor al Señor, nosotros podemos cumplir el “niégate”. Él es el único camino; no hay más medio que el que Él nos ha trazado, ni forma de vida que la suya, ni doctrina que la suya, ni modo de vivir que el suyo, ni vida espiritual que la suya. No hay otro.

171. No podemos concebir nuestra vida sin lucha. ¿Quién lucha hoy? ¿Quién combate? Poca gente. Se dejan llevar. Estiman que el combate y la lucha es una cosa antinatural. Pues si es antinatural, el Señor ¿qué hizo? Y san Pablo ¿qué hizo? Y uno, estudiándose a sí mismo, ¿qué entiende? ¿Es que todo lo bueno que llevamos dentro de nosotros nos va a satisfacer? ¿Es que no llevamos nada malo? Incluso lo bueno que tenemos, ¿no lo podemos perfeccionar? ¿No podemos dar más rendimiento? Si una tierra es buena, trabajándola, ¿no dará más fruto? Y si una tierra es mala, ¿qué hay que hacer? Cambiarla en buena.

Mortificación

172. La mortificación interior, siendo necesaria para todos, por todos puede ser practicada, en cualquier lugar, oficio y actuación. Para vivirla, ningún obstáculo se nos puede oponer. Es callada, oculta; crucifixión, especialmente, de la voluntad y de los sentidos. En la totalidad de esta mortificación se encierra la totalidad de la virtud. Es maestra de humildad, prudencia, caridad, generosidad. Ella afina nuestra conducta, espiritualiza nuestra vida, da atractivo a nuestro ser y nos presta aptitud para ejercer nuestra misión.

Por ella, venceréis las pruebas a que el mundo os sujete, reprimiréis la palabra, no os holgaréis en las alabanzas, gobernaréis las pasiones, cortaréis la discusión, pondréis agrado en el trato y limaréis las asperezas que hieren. Santo pugilato para aventajaros mutuamente y llegar a abarcar las múltiples manifestaciones de esta mortificación. Y tanto más se la conoce cuanto más se ahonda en la vida espiritual.

A la luz de este conocimiento, sorprenderemos no ser mortificadas muchas personas que lo parecen, porque, pegadas a su propio querer, buscan satisfacerse. Muchos hablan de mortificación, la admiran, pero... pocos la practican de veras.

173. Quien no tenga mortificación interior de voluntad, no tiene nada, aunque crea que toca el cielo. Hemos de ser almas de gobierno interior de sí mismas, para hacer las cosas sin esperar a que le obliguen. A una persona mortificada no hay que decirle nada. A la que no es, hay que decírselo todo. Éste es vuestro campo de batalla. Aquí se conocen las almas de temple de Dios.

174. Más que pararnos a considerar este pecado, aquél..., lo que debemos considerar es la causa que produce ese pecado. Ésta nace de un desorden, y el desorden nace de unas pasiones que no están dominadas. Estas pasiones no están dominadas por la voluntad, sino que son ellas las que la dominan, como si el cuerpo dominara el alma. Esto es irracional. ¿Qué debo hacer? Debo hacer fecunda mi vida de Dios.

175. El espíritu de mortificación no le puede faltar a ninguna Obrera, como no le puede faltar el espíritu de oración. Por la oración, uno sube hacia Dios, y por la mortificación, sujeta el cuerpo e, igualmente, ésta es necesaria para la vida apostólica. A quien le falte uno de estos dos espíritus, irá cojo. En todas las actividades apostólicas hay que sufrir, aguantar, doblar la cabeza más, más. Así la victoria será segura y vuestra fuerza será muy grande.

El mundo, esta ciencia no la conoce. No quiere ni que se le hable de ello. Hasta la gente piadosa se espanta, se atemoriza. Dice: no es menester tanto. Es verdad que para ser una vulgaridad, y estar a cada paso dando traspiés, no es preciso tanto. Ahora bien, para llevar una vida cristiana como Dios manda, y cumplir fines más altos, hay que tener un espíritu de mortificación muy subido. Y éste ha de ser el vuestro.

Sacrificio

176. Cuando se vive el sacrificio desaparecen los obstáculos. Aunque existan, los vencemos. Desaparecen caracteres porque, en realidad, aunque existan, los soportamos; desaparecen desánimos, porque uno, por el sacrificio, se hace superior a sí mismo, y aunque le

cueste, sabe que se va a inmolar. Por el sacrificio hay sonrisa, por el sacrificio hay donación, por el sacrificio hay convivencia de paz, por el sacrificio hay humildad, por el sacrificio hay paciencia, por el sacrificio hay mortificación de nosotros mismos. Cuando no hay este sacrificio, todo son conflictos, todo son dificultades, todo son obstáculos, todo son alteraciones. Y es que cuando no hay sacrificio, hay egoísmo, y el egoísta es capaz de saltar por todo, con tal de salir con lo suyo. Yo tengo la seguridad de que un alma sacrificada no presentará conflictos nunca. Tengo la seguridad, así como os lo digo, la convicción cierta, de que un alma sacrificada hará la vida llana, sencilla.

Cuando una persona entra por la vía del sacrificio –en mi concepto– no presenta problemas, porque todo en este mundo se reduce a lo mismo: aguantar un trabajo, aguantar a una persona, sufrir una enfermedad, soportar una humillación.

177. Soñar en salvarse prescindiendo de Jesucristo, de su ley, de sus mandatos, de su doctrina, es un absurdo. Toda vida que no se desenvuelva desde la senda que el Señor ha trazado, es equivocada. Al mundo le hace falta reflexionar. Es una pena ver a tantísimas personas que van fuera del camino. Les parece arduo, difícil, espinoso, de abnegación, de sacrificio. Y por eso huyen, se salen de él, buscan otra solución para poder llegar a la consecución del destino supremo. Y no puede ser. Porque el que nos ha redimido, el que nos ha salvado, nos ha puesto también los medios de salvación. Los ha dictado, y son normas que quedan, no al arbitrio y juicio de cada uno, sino que son normas objetivas a las cuales se ha de sujetar nuestra voluntad. Que nos agrade o no nos agrade, que importe vencimiento o no vencimiento. Es algo que hay que

cumplir. Si no estamos dentro del camino del Señor, ¿adónde vamos? ¿Conseguiremos el destino? ¿Conseguiremos la finalidad? ¿Para qué nuestra vida?

178. Somos como granos de trigo que caen en la tierra de esta vida, de este mundo, para corromperse, para morir, porque si no muere, queda el grano solo. Como el labrador, que sembrara en el surco de la tierra un grano de trigo, y éste no se corrompiese, quedase sano, intacto, ¿nacería la espiga? No. Para que nazca la espiga es necesario que el grano muera como tal grano, y se corrompa. Al reventarse, sale la espiga, que es el fruto.

Somos todos granos escogidos del gran granero. Granos escogidos para ser enterrados en el surco de este mundo. ¿Cómo será este enterrarnos? Se entierra uno a sí mismo cuando muere a su yo, a sus pasiones, cuando la vida baja desaparece y empezamos a ser criaturas nuevas. Es condición, pues, indispensable, cambiar nuestra vida, renovar todo el corazón, quitar el orgullo del yo para que renazca en nosotros Cristo, y este renacer de Cristo, eche fuera la espiga de virtud, que luego se convertirá en almas ganadas para el Señor.

179. En la vida apostólica, en el cumplimiento de una obligación de esta índole, mis Obreras, la humillación es el primer paso del sacrificio, nacido de vuestro amor a Dios y considerada la necesidad que las almas tienen de ser rescatadas del pecado y devueltas a su Creador. Nuestro amor a Dios no será verdadero si le falla esta muestra de sacrificio. La Obrera ha de descender. La que sabe, habrá de abatirse hasta llegar a confundirse con quien no sabe. La que tiene, habrá de descender, despegándose de lo que tiene, para confun-

dirse con quien no tiene; y la que vive con placer y relativa holgura, satisfacción y alabanza en el mundo, tendrá que bajar, y bajar hasta que su vida quede inmolada, por amor; con la vida de sacrificio, de penuria, de sufrimiento, de trabajo, de tantas almas a las que ella está destinada a buscar, ilustrar, confortar, elevar y salvar.

180. El sacrificio, mis Obreras, es lo único que nivela nuestra vida. Cuando no hay sacrificio nos desnivelamos completamente, porque surge el yo, surge el egoísmo, surge la atracción, surge el instinto, surge todo. El sacrificio neutraliza nuestra vida, la pone en un nivel de paz y de concordia. Y si vieséis a vuestro lado a alguien que desmayara en este sentido, no toméis lección; al cabo y al fin, la santificación es algo nuestro, y la vocación es algo personal, que cada uno ha de desarrollar según el acopio o abundancia de gracias que recibe de Dios.

Cruz

181. Jesús lleva al final su obra, hasta la cruz. ¡Cuánto padece! Bofetadas, insultos de todas clases, calumnias, falsos testimonios. Y así, sube a la cruz. Y en la cruz remata su vida. Todo iba encaminado a este final, la cruz. Porque ella era la fuente de la vida para todos, porque la vida de Jesucristo sin cruz no es nada. Porque una Redención sin cruz, no tiene explicación. Como una vida cristiana sin cruz tampoco vale. Fijaos y veréis cómo todo el proceso del Señor va a parar a lo alto de la cruz. Y allí está, allí remata. Es la firma que pone a todo lo que ha predicado; firma de sangre.

Y la cruz nos lleva a la resurrección. No podía resucitar si no moría antes. El grano se había de pudrir, para resucitar en espiga. Para salir una Iglesia, una comunidad cristiana, una conversión de todos: gentiles, judíos...

La resurrección viene tras la muerte. ¿Cómo ha de ser, pues, nuestra vida? Toda ella como una preparación para una crucifixión. ¿Sangrienta? De voluntad, de corazón.

Si nuestra vida no llega a ser así, ¿cómo voy a resucitar? ¿Cómo voy a producir? ¿Cómo mi vida podrá ser ese grano que se corrompe, y que dé un fruto copioso de almas, de ejemplaridad, de testimonio de Dios?

¡Oh cruz, esperanza única! De ti sale la resurrección. Y nuestra resurrección, como consecuencia de este vivir crucificado por Cristo, ha de ser todos los días, siempre, continuamente. Feliz quien sabe resucitar para el Señor.

182. 14 de septiembre. ¿Qué será la cruz sobre vosotras? Como el Señor con la cruz ha podido levantar todo este mundo lleno de pecado hacia una vida sobrenatural, tú con la cruz, sólo con la cruz, sólo con ella, te podrás apoyar como muleta en tu vida; sólo con ella podrás tener palanca para mover las almas; sólo con ella podrás con tus merecimientos ganar para Cristo lo que tanto anhelas: llevar a sus pies corazones; y sólo con ella podrás alcanzar lo que tanto aspiras: tu propia santificación. Porque como no lleves en tus manos la cruz, no te podrás parecer a tu divino modelo que con la cruz ha redimido al mundo.

Con la cruz, Obrera, que hoy exaltas y que llevas clavada en tu nombre, has de ser el instrumento de glorificación de ese crucifijo, y como Él con la cruz, al

ser levantado ha atraído a las almas, tú con tu cruz las atraerás también para llevarlas a sus pies.

Alegraos, y no tengáis miedo al contemplar el nombre tan hermoso que lleváis: Obreras de la Cruz.

183. ¿Qué juicio merecerá una Obrera que resiste llevar sobre sus hombros su cruz, la cruz del desprendimiento, del sacrificio, de la negación de su voluntad, del desgaste de su vida cuando la gloria de Dios lo exija? Si hacemos sólo lo que no nos cuesta, no hay cruz, y a Jesucristo no se le puede seguir sin cruz.

Mansedumbre

184. Virtud unida a la humildad es la mansedumbre. Virtud predilecta de Jesús, cuando dijo: "Sed mansos y humildes de corazón".

¿En qué consiste la mansedumbre? Supone en nosotros cierta blandura en el corazón, en la voluntad; que no nos inutilice para la vida, pero que nos ayude para triunfar de la vida. Persona de corazón duro, no manso, choca con todo y con todos. Es dada al enfado. Y el enfado produce el choque con todos. Si crece, viene la ira y aun puede llegar hasta la venganza. Pero si el corazón es manso, ya no se produce eso. Cuando se es manso, ya no consiguen otros el enfadarnos, el incomodarnos.

Puede una persona ser de carácter y tener mansedumbre. Esto es difícil, pero con virtud se pueden las dos cosas. Nosotros, por naturaleza, por el pecado, somos ariscos. La mansedumbre no nace con nosotros; se tiene que adquirir mediante actos repetidos de esta virtud.

Es rara esta virtud entre personas piadosas. Ejemplos hay en comunidades, familias, amistades, etc. Es preciso que nuestro corazón tenga cierta blandura para recibir los golpes y tiros que se le dirijan, pero esto no quiere decir que no actuemos cuando debamos.

La mansedumbre es también un gran medio para el apostolado, pues en éste hemos de hallar muchas duras pruebas. Para vosotras es, en especial, muy preciso.

Paciencia

185. La paciencia es una virtud que la practicamos hasta con nosotros mismos, pero generalmente se practica en el trato con las demás criaturas. Tener paciencia cuando todo nos sale bien, casi no llega a ser virtud, ya que entonces no hay motivo para impacientarse. La paciencia como virtud será cuando encontremos contrariedades y dificultades, cuando nos mortifiquen. La Sagrada Escritura nos cita a Job como modelo. Mas, como prototipo, tenemos a Jesús, que desde que nació hasta su muerte de cruz, ¡cuánta paciencia tuvo!

Hay paciencia interna, que es la que radica en la voluntad, pero también está la paciencia externa. Así, hay personas a las que se les da una corrección, y por fuera están impasibles, pero por dentro..., como un volcán. Esto no es tener paciencia. La paciencia interna es la verdadera, porque ve en todo a Dios. Jesús no se queja de nada de cuanto le hacemos y, en cambio, nosotros no podemos soportar nada de lo que nos hacen las criaturas.

Perseverancia

186. ¿Es impedimento para seguir el camino que el Señor nos ha trazado, de santificación, de perfección, de entrega, de apostolado, etc., el sentir una inclinación contraria? No. Es más meritoria nuestra vida cuando la voluntad, sujeta a la ley de Dios y templada por ese amor, salta por encima de todo, y corre por el camino que Él le ha trazado. Cuando san Pablo se quejó, Jesús dijo: “Te basta mi gracia”. Es tu lucha, es tu combate.

Todas las tentaciones, todas las dificultades que pueden surgir de nuestra propia personilla, de nuestro propio organismo, de nuestro complejo, no son dificultades para nosotros seguir y avanzar en el camino de nuestra perfección y de nuestro seguimiento de Jesucristo. Lo ordinario es que las personas experimenten esta como doble persona en sí, esa doble tendencia: una, hacia el bien, otra, hacia el mal. Mas esto no es impedimento. Como no es impedimento la lluvia cuando uno, andando un camino, se dirige a un punto ya prefijado, y aguanta la lluvia, el frío, y vence el cansancio, porque tiene verdadero interés de alcanzar ese punto.

No veáis, pues, nunca, impedimento en vosotras, cuando una inclinación así, de la que el Apóstol nos habla, pueda surgir y levantar cabeza. No tiene nada que ver, es la lucha de la vida. Entonces, la virtud es más meritoria.

187. Tiene suma importancia el recordar nuestra finalidad suprema, nuestra meta a conseguir, nuestro futuro. Futuro que hemos de preparar aquí en la vida, para tener su cumplimiento en el cielo. La esperanza

en el mundo poco fundamento tiene, porque las criaturas fallan, o engañan, o mueren. Nuestra esperanza ha de tener un punto de partida y una base sobre la cual pueda levantarse, erigirse, acrecentarse y perdurar.

Nuestra meta ha de estar muy alta. Hemos de pensar esto con alguna frecuencia, y no perderlo de vista. Para que de esta manera, en nuestro caminar, no desanimemos nunca. Hay que pasar por miles de tribulaciones, por muchas pruebas. Los santos no hubieran sido santos si no hubiesen tenido el espíritu de superación. Ni tampoco las almas podrían continuar en una perseverancia en el servicio de Dios, ni tampoco conservar siquiera esa amistad íntima con el Señor por medio de la gracia, si no superasen todas las dificultades que la vida presenta.

188. En vosotras no haya más que una ilusión: la que se cifra en la santidad. Una ilusión: adornar vuestra vida lo más que podáis con elementos humanos, para hacerlos converger todos hacia la única finalidad de un apostolado mejor, de un apostolado de más alto nivel.

Y la que no pueda de alguna manera, sepa que toma parte orando, pidiendo, que todo hace falta en esta gran empresa. La oración quizá sea la fuerza secreta que mueve nuestra lengua y hace eficaz la palabra que penetra en el corazón. La oración de la retaguardia, de aquellas que otra cosa no pueden hacer. Yo he visto Obreras, y entre ellas cito a otras Cooperadoras, que no pasan un minuto al día sin que eleven los sacrificios enormes que padecen y su oración constante por las Obreras, por el apostolado.

Vuestra permanencia vocacional se debe a vuestro esfuerzo, a vuestra lucha, a vuestra correspondencia a

la gracia. Pero pensad que se debe también, en gran parte, a aquellas que están orando sin cesar por vosotros.

La Virgen nos empuja a todos en el camino de apostolado que Ella nos abrió, como la primera Obrera. Acordaos bien.

Fidelidad

189. Jesucristo, al final de su vida, al hacer como el recuento, pudo decir a su Padre: "He cumplido lo que me has confiado". Era doloroso, era penoso, era difícil, pero lo cumplió. Y ésta es la base de su gran victoria. Por eso mereció un precio su Sagrada Humanidad: subir a los cielos, para allí reinar eternamente, a la diestra de su Padre. Aquella Humanidad que tanto se sacrificó, recibía un premio. Era digno que recibiese la merced. Era preciso, para el triunfo, que pasara su vida de dolor, de espinas, de persecución. Su victoria se cimenta sobre un gran sacrificio, una oblación, un padecer, un trabajar, para que de esta manera el mundo aprenda el camino de la verdadera grandeza, que no es ni la avaricia, ni el placer, ni los goces de la tierra.

Nosotras, mientras estemos aquí, en el mundo, igual que Él, habremos de estar llevando a la par, nuestros pequeños martirios, nuestras pequeñas oblaciones, o grandes, según Dios nos las pida. Y al mismo tiempo, nuestro crecimiento va a la par. Es lo mismo que el árbol que se poda y tira nuevas ramas. La Obra tendrá que ir pasando exactamente igual; la Obrera, lo mismo. Y así, va creciendo, se va aumentando, se va extendiendo.

Llegará el día del Señor. La hora suya. Ahora nos toca bregar, padecer, luchar. Adelante. Ahora tendrás

que padecer dentro de ti, en tus luchas interiores; somos un campo privado. Tendrás que llevar quizá estas luchas fuera de ti, en el campo del mundo. Tendrás que esforzarte también en cuanto a la conquista de las almas, o soportándolas en sus defectos y debilidades; es tu vida apostólica. ¡Adelante!

190. Dice el Apóstol a los Gálatas: “No seamos ambiciosos de vanagloria, provocándonos los unos a los otros, y recíprocamente envidiándonos. Cada uno de nosotros ha de ir cargado con su propio fardo –es decir, con la maleta– de sus propias cosas, y de ellas ha de responder”. Es, pues, con el propio fardo, con lo personal de cada uno, no con las obras de los otros.

Si hallamos que nuestras obras, al hacer el examen –sigue diciendo el Apóstol–, son rectas, son buenas, entonces alegrémonos; tengamos esa gloria, no vana, sino justa, de las obras buenas que hemos hecho, de que nuestra intención es recta y de que lo que ejecutamos es agradable a Dios.

Pero no con relación a los otros. Porque al hacer la revisión de nuestra vida, al parar nuestra consideración en lo que realizamos, nos hemos de fijar en si esto es según la voluntad de Dios o no; si es agradable al Señor o no lo es; si esto responde a la condición de la vocación que se vive o no; y si vemos que sí, tengamos esa santa alegría. Pero no lo relacionemos con lo que hacen los demás, fijándonos en si aquél o aquélla lo hace bien, aquél o aquélla lo hace mal. Ésta es la formación que nos hemos de dar a nosotros mismos. Es el cultivo de la virtud en nuestra propia persona, prescindiendo de lo que realizan los demás. Por eso el Apóstol dice: “Cada uno irá cargado con su propio fardo”.

191. Nuestro porvenir lo forjamos nosotros únicamente con la gracia de Dios. Unas almas son lo que son porque Dios quiere que sean así, y con su gracia las hiere y las hace caer como a un san Pablo; les pone la red para que caigan en ella; les pone la ocasión; les da una llamada fuerte a su corazón y no pueden resistirla. Otras, de por sí, quieren aprovechar las gracias que el Señor les ha dado para salvarse. ¿Uno es forjador de su porvenir, de lo que ha de ser? En lo humano, no; en lo divino y sobrenatural, sí. Esto es la verdad. En lo humano, nosotros no podemos ser lo que queremos. Ahora, en la vida sobrenatural, podemos llegar a ser lo que queramos, porque depende de la voluntad de Dios y de nuestra cooperación.

Recapacitad en lo que os digo. Derramad vuestro corazón en gratitud, pidiéndole a Jesús comprensión clara de lo que es su divino querer, inteligencia clara de esta actitud. ¿Esto es lo mejor, lo grande, lo perfecto, lo noble, lo alto, el ideal? Ya no quiero saber más, ya no miro más.

192. El apóstol san Juan dice: ¡Cuánto amor ha tenido el Padre para con nosotros, que ha querido que nos llamemos y seamos hijos de Dios, por adopción! No ha querido que nos llamemos hombres sabios, hombres poderosos, no ha querido que seamos hijos de un rey temporal, de hombres que ocupen altos cargos, no. Para nosotros ha querido más, ha querido que nos llamemos y seamos hijos de Dios. Que nada os detenga en vuestro camino de correspondencia a Dios.

193. Nuestro dilema es éste, lo veo con una claridad enorme. O damos mucho rendimiento a Dios, en proporción a lo mucho recibido, o tocaremos el fracaso. Ninguna Obrera puede pensar ni soñar que su vida va

a ser una vida plantada y sostenida en un grado ordinario y corriente de piedad, no, no. Dios os pedirá más. Os exigirá más. Comprendamos la merced excelsa que Dios nos ha concedido y tiene para con nosotros.

Que nuestra firmeza aumente, firmeza serena, no una firmeza llena de turbaciones y de tambaleos infundados. Firmeza serena, que es fortaleza de voluntad. El Apóstol nos pone el ejemplo de Jesús: por mucho que resistáis, y luchéis, y vengáis, para poder conservar a Cristo en vuestro corazón, para poder llevar y perfeccionar vuestra vida de pureza, de abnegación, de humildad, de pobreza, de sacrificio, de cruz, y de ejemplaridad, aun por mucho que esto os cueste, acordaos de que todavía no habéis llegado al derramamiento de sangre, como llegó Jesús.

194. Por la gracia sois firmes, pero también los cedros se tronchan con los vendavales. La Obrera que está cogida a Cristo jamás se tronchará. A la vez que sintamos una confianza muy grande, hemos de vivir precavidas, con horror interior a perder la gracia. Si perdiéramos todo, ¡qué importa si tengo a Dios! Quien a Dios tiene, todo lo tiene. Ricos somos con su riqueza, y fuertes con su fortaleza, y grandes con su grandeza, pero sin Él ¿qué somos?

La Obrera es un alma que ha vencido al pecado, y su vivir es de gracia. Pero no nos hemos de descuidar. Nuestra amistad con el Señor jamás la perdamos.

Fidelidad a quien os llamó para daros una vida íntima de esposas, para recibir el cariño limpio, purificado por el sacrificio.

195. Pasa el tiempo, y yo, ¿soy más buena? ¿Me perfecciono? Pasa el tiempo, ¿y qué es de mi trabajo, de

mis defectos, de mi amor a Cristo, de mi acción? Derramid vuestro corazón en gratitud. Cuando se recuerdan tantos bienes, cómo fluye de nuestro corazón un afecto filial hacia Dios. ¡Señor que pusiste tu mirada en mí y me has elegido; que me quisiste y has predestinado para que cante tu gloria, para que lleve tu nombre por el mundo, cuando otras muchas, mejores que yo, lo podían hacer! Debo, pues, corresponder.

Pasa el tiempo, y las gracias de Dios se van acumulando sobre vosotras. Es necesario que el fruto de vuestra vida responda en proporción a esas gracias que vais recibiendo. ¿Qué eres tú, como yo, sino pedazos de barro en las manos del alfarero divino que es Jesús? Deja que obre Él en ti, como quiera y lo que quiera.

196. Necesitáis mucho para conservaros en vuestra fidelidad, y fidelidad íntegra a Dios. Los enemigos acosan por todas partes. Hasta nosotros, no estamos exentos si no tenemos dentro una fuerza espiritual y, al mismo tiempo, una formación intelectual, profunda, iluminada por la fe. El ideal de nuestra vida nos habla de un inmolar el “yo” saltando por encima de todas las cosas. Cuando esa fuerza del ideal se ha perdido o se ha debilitado en nosotros, somos débiles, o somos traidores.

197. Cuidemos de pedir mucho a Dios nuestro Señor que nos asista con el auxilio de su gracia. Nada hagamos, nada intentemos, ni propongamos, ni pensemos, sin pedirla. Toda nuestra fortaleza y confianza ha de tener su base en la asistencia de la divina gracia. Y las gracias se nos dan en abundancia. Para ellas seamos dóciles y fieles. Dóciles para seguir las sin resistencia, fieles para no traicionar sus caminos.

Consideremos como “gracias” todos los medios de santificación, todo lo que nos lleva a Dios. Gracia es un libro bueno, una enseñanza o consejo según Dios, una prueba que purifica. Cuando desaprovechamos esas situaciones o criaturas que Él pone en nuestras manos para nuestro bien, desaprovechamos las gracias.

198. Vivid vuestra vida de Obreras y, ni Dios dejará de seguir prodigándoos todas sus gracias, cultivando con esmero la planta de vuestra vocación, ni vosotras la dejaréis morir y secar. Vivid la vida de Obreras, esto os basta. Mas aquella que no la viviere, piense una de estas dos cosas: que su planta se le puede morir, o porque la raíz se le seque en el corazón porque no la ha cuidado, o porque el hortelano, viéndola infructuosa, muy a su dolor, de un tirón se ve precisado a arrancarla. Tú, cultívala, viviéndola, que el Señor la hará fructificar.

Aumentará, para el futuro, vuestra responsabilidad, si, en vez de crecer, va vuestro espíritu decreciendo, amortiguando en vosotras esa fuerza de una vocación que os ha de hacer apóstoles de Cristo.

199. La Obrera necesita una fidelidad completa, absoluta, que arranque de lo profundo del corazón, de modo que no quebrante nunca el cumplimiento de sus obligaciones. Una fidelidad que la comience en el sacrificio, y la complete en la virtud.

A medida que las circunstancias se van agravando, la Obrera ha de estar con más ánimo, para conservar mejor su fidelidad, como Obrera, a la Obra. Esa fidelidad le exige no sólo la entrega que ella hizo, sino el actualizar esa entrega en cada momento de su vida. Porque hay quien entrega una cosa, y entregada queda,

pero está como en depósito. La Obrera necesita hacer efectiva esa entrega. Y para eso hay que foguear la voluntad con fe profunda y caridad.

200. Forjad vuestra personalidad espiritual, todas unidas, pero cada una en su sitio. Todas compenetradas, pero todas, a la vez, independientes. Cada una responsable de su grado de santidad y de virtud ante Dios. Cada una habéis recibido vuestros talentos, vuestras habilidades, vuestras dotes. Las condiciones son distintas, porque cada una tiene las suyas. Pero cada una tiene que responder de lo que ella tiene, no de lo de la otra. De mis humillaciones, de mis penalidades, de mi enfermedad, de mi sacrificio. De todo eso tengo que dar cuenta a Dios, de si lo he empleado bien o no, de si lo he administrado bien o no. Somos simples administradores.

201. Tenéis doctrina abundante. Si sabéis recordarla... Sé que tenéis interés y que la vais a grabar en el hondo de vuestra conciencia. Y que lo que os digo va a ser como un puntal de apoyo para vosotras, para que, cuando llegue el momento, levantéis la cabeza hacia Cristo, y recordéis lo que os he dicho, no en mi nombre, sino en nombre de Él. Obreras, adelante, a la conquista, a ganar. Que el mundo es vuestro, si vosotras sabéis responder de verdad.

202. Jesús necesita corazones puros, limpios, donde no haya sombra de infidelidad. ¡O ser, o no ser! O estamos llamados a tener una vida íntima: Cenáculo, sagrario, o no. Y entonces, no perdamos el tiempo.

203. Cada una lleve cuidado de responder debidamente a la fidelidad de Obrera. Llevad cuidado en no

defraudar los intereses vuestros, que son vuestra santidad, ni los de Dios, que son las almas.

Generosidad

204. ¿Es todo simiente buena lo que tengo en mi alma? ¿Hay brote de mala cizaña? Debes arrancarlo por completo en tu pensar, en tu planear, en tu vivir. Debes ser una íntegra Obrera de la Cruz, que sirve a Dios nuestro Señor, con su espíritu, únicamente su espíritu, que es la simiente buena. Su espíritu es verdad, es luz, es santidad. Si lo tenéis, os debéis alegrar. Mas si en ello flaqueaseis, debéis pedir con insistencia a Dios que venga a sembrar en vuestro corazón la semilla de las virtudes que han de orlar vuestra vida de Obreras. Que por vuestra parte no haya deficiencias, y si alguna hubiese, procurad con toda vuestra buena voluntad, corregidla. Cobardía, no. Generosidad, si.

205. Eres Obrera, pero también puedes flaquear en tu seguir al Maestro, sembrador del bien por el mundo, cuando dejándote llevar de tu cobardía, de tu pereza o comodidad, rehúses dar en la medida que te pide el divino Sembrador. Más tendrá el que más dé, y más gozará el que más padezca. Más cosechará el que más siembre. Más hallará en el Señor, quien más le ofrece, y más amor tendrá quien más le amare ahora.

Veracidad

206. En la persona que obra mirando la voluntad de Dios, para agradarle, prescindiendo de todo lo demás, la vida espiritual es sencilla y hermosa. Por el contra-

rio, cuando hay un torcimiento, un enredo, todo se hace difícil. Jesús muestra una predilección especial por los corazones que son sencillos, en los que brota por la palabra lo que hay dentro. Cuando hay ficción, no puede haber pureza de intención, y esta complicación o doblez en la intención, en el obrar, es lo que dificulta la vida interior. ¡Cuánto debemos afinar en esto!

207. Las Obreras deben tener el espíritu de sinceridad, virtud precisa para la vida apostólica, fraternal, hermanada, y para vivir con alegría dentro de la propia conciencia. Nada de escondrijos, de mentiras. Verdad. Mucha sencillez, que esto hace mucho efecto. La sencillez se capta la simpatía de la gente, y hace que se crea en la Obrera. No se puede creer en una vida de santidad si le falta esta virtud.

Buen ejemplo

208. Una Obrera sin vida de santidad y sin pureza de corazón, cuyas obras no reflejen la luz de Dios nuestro Señor, limpias de las manchas del pecado, y sin el humo de las vanidades y sin influencia de un ambiente materializado, no puede cumplir la voluntad divina, que le exige la perfección cristiana. La luna brilla con la luz que recibe del sol. Habéis de brillar por la luz que recibís de Jesús, sol divino, en medio de la noche de bajezas sensuales.

Vuestra vida chispee reflejos de virtud, luz de Cristo, así en la palabra como en el porte, en el modo de ser, en el trabajo, en la generosidad, en todo y en todas partes. Qué consoladora es la luz de la luna en medio de la oscuridad de la noche. Su luz pálida parece el resurgir del día. Vosotras habéis de ser un resurgir de

acción intensa en medio de la noche de tantísimo pecado. Y ¡ay de aquella que no dé la luz de su buen ejemplo!

209. El apostolado, por muy inteligente que sea, ha de ir, a la vez, paralelamente, en esa marcha hacia las almas, unido al buen ejemplo. ¿De qué nos sirve decir que hay que despegarse de las cosas, si nos ven pegados? ¿Que hay que tener caridad, si no la practicamos? ¿Que hay que vivir unidos, si la lengua desune y los actos también?

El apostolado eficaz, más que en la palabra, radica en el ejemplo. Todo es necesario, pero sin el ejemplo, falta la medicina para curar la enfermedad. Es la receta práctica que se da después de dictaminar el médico la clase de enfermedad. Si sólo se limita a decir la enfermedad, a dar explicaciones, nada resuelve. Ha de aplicar la medicina concreta que el enfermo necesita.

Y como todos somos enfermos, han de ver que nosotros tomamos la medicina y que hacemos aquello que estamos enseñando. Si humildad, nos han de ver humildes; si exaltar a Jesucristo, nunca buscar nuestra exaltación.

VALORES HUMANOS

Deber

210. Nuestra vida ha de ser vivida con armonía, con unión, con esfuerzo mutuo. Éste es el lenguaje de la virtud y, para nosotros, es el lenguaje del deber.

¡Qué hermosa es la vida de todas las personas que vibran con una vibración de Dios! No todos los instrumentos tienen el mismo sonido, son distintos. Todos dan su sonido, su vibración, y del conjunto de esa variedad sale la armonía de una pieza que los músicos tocan. Vosotras sois distintas, pero cada una ha de dar esa nota de Dios. Y como la nota de Dios, cuando es de Dios, nunca es disonante, todas en conjunto, aunque seáis distintas, qué pieza más armónica podéis dar en cada momento...

Aquí no cabe aplicar lo que suelen hacer las bandas de música, algunas, cuando van a certámenes: tantos músicos. Quieren presentar un volumen de banda que atraiga la atención; pero resulta que de esos ochenta, hay diez que llevan el instrumento obturado, tapado, para que nos desafinen. Ellos tocan, pero no tocan, son de bulto.

Mis Obreras, todas habéis de tocar el instrumento, pero ya sabéis cómo.

211. Muchos problemas nacen del incumplimiento de las obligaciones, o de la obligación que cada cual tienen marcada. Y aquí no hay excusa, no cabe ignorancia. Hemos de tener una idea clara de lo que es la obligación: aquello que uno debe realizar, por su oficio, por su compromiso, por su cumplimiento, por su vocación, al pie del cañón, hasta que se caiga. Como el mártir se caía cumpliendo su obligación de confesar la fe.

Sed esclavas dóciles de vuestra obligación, contraída ante Dios. Porque la obligación no cumplida puede perjudicar al prójimo, al buen nombre del Instituto, incluso al prestigio de las Obreras. Haced las cosas con justicia, hacedlas con todo el corazón, hacedlas bien. Y todas las Obreras, todas individualmente, tienen sus deberes que cumplir. Personalidad bien entendida, que quiere decir: conciencia de su obligación, conciencia de sus derechos, conciencia de su responsabilidad, conciencia de lo que uno es.

Trabajo

212. Hay que tener cariño al trabajo. La Obrera, sobre todo, cuya vida es de actividad, supuesta la vida interior en ella, ha de ser activa. Y ha de ser activa produciendo. Y no ha de producir más que mediante su trabajo dignamente realizado, y con la mayor perfección que sepa hacerlo. Pero es el trabajo constante, es el trabajo perseverante, es el trabajo que no pierde tiempo, es nuestra vida haciéndola fructificar para Dios.

La Obrera necesita su trabajo porque es medio de su subsistencia. Todos necesitamos aplicarnos a un oficio, a un deber, porque necesitamos ganar el pan

con el sudor de nuestra frente, honradamente. Más aquellos que no tienen bienes, aquellos que hechos pobres por Cristo, no tienen otros haberes que los que produzcan con su labor y con su trabajo.

213. El trabajo material también nos santifica. Hom- bres, con cuerpo y alma, nos hemos de ayudar de am- bos para hacer crecer en nosotros la gracia. El estado de gracia coloca todo nuestro vivir en un plano sobre- natural. Le podemos llamar “máquina productora”, porque está produciendo de continuo el mérito sobre- natural, y con él, un aumento de gracia. Es cosa admi- rable una persona vivificada por Cristo.

214. El trabajo tiene una condición de redención, una fuerza santificadora. Porque de sí es mortificante, y toda mortificación nos ayuda a santificarnos. Algu- nas veces el trabajo nos pesa, nos es dificultoso. Otras veces, será más ligero, pero de suyo, el trabajo es una penalidad, un cansancio, un desgaste. El Señor quiso darnos ejemplo, haciéndolo Él para que nosotros sepa- mos emplear rectamente nuestras energías, nuestras facultades, nuestro cuerpo, en utilidad y provecho así de nosotros como del prójimo. Jesús trabajó en Naza- ret, y me imagino que intensamente.

Educación

215. La Obrera ha de procurar tener un trato exte- rior que demuestre un baño de educación. Evidente- mente. Si a toda persona se le ha de exigir, la Obrera no debe descuidarlo. Esto se demuestra en el hablar, en nuestras manifestaciones sociales, en el porte, en todo. No es difícil cometer faltas de delicadeza. La de-

licadeza y educación van desapareciendo. ¿Cómo hay que perfilar nuestros actos exteriores? Pues, de manera que sin grandes refinamientos, tan poco se falte a lo que llamamos urbanidad, con ciertas groserías. No podemos seguir el rumbo de la sociedad, imposible, porque si no, acabaríamos dentro de poco tiempo, por vivir una vida semejante a la animal. Hemos de conservar siempre nuestras formas. Aunque estéis en contacto con la gente, guardad las formas. La Obrera ha de aparecer con educación.

Y la delicadeza, la debéis de guardar entre vosotras mismas, porque lo que no se guarda entre nosotros, tampoco se guarda fuera. Educación en el trato, en las palabras que se profieren, en el modo, en todo.

216. En cuanto a vuestra formación integral, merece mención especial lo que afecta a la formación social. Debéis observar un trato de educación, de finura, de delicadeza con todas las personas, las distinguidas y no distinguidas. Hasta con las más pobres, hay que tener la delicadeza que el Señor nos ha enseñado. En todos los casos habéis de demostrar la educación que el mundo, aunque no tiene de Dios, suele predicar. No perdáis esa delicadeza en vuestro porte, en vuestra presentación, en vuestro trato, en vuestro respeto, etc. Siempre os abriréis más el camino así, que usando de otros procedimientos que no responden tampoco a una persona bien educada.

Revestíos de educación, y que vuestra educación respire no una cosa académica, externa, social puramente, sino informada por lo espiritual, que debe animar siempre vuestro interior.

217. Una persona virtuosa tiene que practicar la afabilidad y educación; es decir, que aquellos que nos ne-

cesiten en algo, sepan que los recibimos bien. No quiere decir la afabilidad transigir con todo, pues en Jesús podemos considerarlo: Jesús es manso, afable, y, sin embargo, con los mercaderes del templo tuvo un trato recto, justo, y poco afable.

La afabilidad tienen que ser sobrenatural, aunque ésta vaya acompañada de la natural. Una persona virtuosa tiene que sonreír, sin gana, por la virtud. Para todos tengamos una palabra de cariño. En la vida, hay mucha adulación y lisonja. La adulación es lo contrario de la afabilidad. Y no es más que caer en la mentira e hipocresía. El mundo vive de la mentira, pero nosotros, aunque vivimos en el mundo, no somos del mundo.

218. La humildad, que tan necesaria es a todos y particularmente a vosotras como a mí, para poder ser almas de virtud y fructuosas en la vida apostólica, necesita una compañía. Esta compañía, que ha de ser un distintivo vuestro, es la afabilidad en el trato. El Señor fue afable en su trato; así aparece, por lo que leemos en los sagrados evangelios cuando tratan de su actuación, de su predicación. Es elemento eficaz en el apostolado, elemento necesario de convivencia; es condición indispensable para tratar con la gente. Así que, en este punto, mis Obreras, quizá tengamos algo que refinar siempre. Si las teclas se desafinan hay que ir afinándolas. Afinamiento en la virtud.

Formación

219. El apostolado es fruto de una sólida formación interior, expresión necesaria de un amor intenso a Jesucristo y a las almas redimidas con su sangre que lle-

va a imitar su vida de oración, de sacrificio y de celo inextinguible. Esta imitación de Jesucristo suscita multiplicidad de formas de apostolado. El apostolado es un campo, y un campo se trabaja con muchas herramientas. La acción de nuestra Obra tiene multiplicidad de formas de apostolado. Las abarca todas, es decir, todos aquellos campos que se le presenten para poder trabajar.

Naturalmente, para esto, se necesita un celo, se exige mucho. Es como una corriente de agua que tiene que regar muchos campos y tener mucha fuerza para poder llegar a todos. La corriente ha de ir creciendo, porque de lo contrario, se agotaría. La Obra ha de tener una corriente potentísima de vida interior, de virtud, de fuerza, de capacidad en sus miembros, para poder realizar los distintos trabajos. Habéis de procurar mucho el crecimiento en la sabiduría, tanto espiritual como temporal, porque ello aumenta la capacidad de nuestra acción.

220. La Obrera ha de tomar como obligación, y con gran interés, el progreso cultural de sí misma. El apóstol actual requiere cabeza y corazón muy bien formados. Cuanto mejor está en formación, más crece en aptitud para entender y para actuar. Si queremos imitar con perfección a Jesucristo, nuestra vida ha de ir adaptándose a la suya. Él creció en sabiduría. Crece tú en sabiduría. Y la vida nos enseña mucho. La Obrera se ha de imponer por su valer espiritual y formación personal. Una Obrera no es ser solamente una buena persona, es algo más. Hay que crecer. Y aunque no tuviérais que manifestarlo a nadie, hay que crecer en todos los sentidos. Habéis de tener avidez de saber, de aprender.

OBRA - OBRERAS DE LA CRUZ

Obra

221. En el crecimiento de la Obra, mi parte, si necesaria ha sido, no creáis que es decisiva. Decisiva ha sido la acción de la Virgen, que ha operado desde un principio. Ella la inspiró y la guió. Ella la guía y la lleva adelante. Lo que yo he hecho, no es fruto de un querer, sino obligación. Y el que cumple un deber, ¿qué mérito tiene? Aplicaos esto. A veces creemos que hacemos cosas, sí, que no tenemos obligación ninguna. Pensad, mis Obreras, que sois cosa consagrada a Jesucristo, y lo que se consagra, dado está, ya no nos pertenece. Eso que hemos dado, no es nuestro. Es obligación dar rendimiento.

La vocación nos exige el cumplimiento del deber en cada momento de nuestra vida, en el interior y en el exterior, en el trabajo como en el secreto de la conciencia. Estamos cumpliendo un deber, nos sentimos cosa de Dios. Vuestro deber vocacional es una entrega, pero una entrega sin reserva, es un empleo de toda vuestra persona para glorificación de Dios, para el triunfo de Jesucristo.

Así como el árbol crece cuando está fecundado por la lluvia y el abono, de la misma suerte la Obra crece porque tiene una fecundación divina, divina. ¡Ay, si és-

ta faltase! Ella misma caería, si le faltase el sostén de la gracia, si no tuviese vida de dentro, si no se viviese a Jesucristo con la intimidad y el cariño con que se debe vivir.

222. La Obrera ha de estar interesada en no mermar a la Obra sus íntegras energías y talentos. La que esto haga, se hace daño a sí misma. Si una Obrera quita su interés y rendimiento a la Obra, se perjudica ella mucho, pues si un miembro se separa del cuerpo, éste no será beneficiado, pero más perdió él que se separó de lo que formaba parte. Cristo no dejará de premiar el sacrificio que hacemos por seguir su camino. No pertenecemos a la tierra, sino al cielo.

Te debes al Señor en cuerpo, alma, fuerzas y talentos. Desbroza el camino para quitar lo que impida el servicio total. No creo que falten en algunas ocasiones luchas sordas y secretas, en el interior, turbaciones... Pero mirad fijamente a Cristo, adivinad en esa mirada vuestro destino, comprended lo que es vuestra obligación. Y si en el mundo el comerciante, por ejemplo, ambicioso del oro, navega día y noche atravesando mares en su busca, y tras sí deja familia, casa, etc., ¿qué no haremos por Cristo, si esto hacen los del mundo? Sois soldados de Cristo. Dejemos que las criaturas del mundo sirvan a las del mundo. Tú, ven y sígueme.

223. Cooperación. Todo árbol necesita de nuestra cooperación. La cooperación será el abono que se le tira, la ayuda que se le presta. Las Obreras habéis de cooperar con el Instituto, que es vuestro, mirarlo como algo vuestro. Yo quisiera de todas vosotras, y pienso que así lo hacéis, pero os lo recalco mucho, que lo miréis con cariño. Pues creo que no pasó de moda, como

no pasaron de moda los pies que tenemos para andar y los llevamos desde que nacimos. ¿Envejece lo espiritual? ¿Envejecen aquellos modos que el Señor ha inspirado para su glorificación? ¿Todo envejece en lo espiritual, menos lo material? Y así como uno ama su lengua, ama sus pies, ama su persona, así hemos de amar también aquello que viene a ser algo tan íntimo a nuestra persona que viene como a formar parte esencial de nuestra vida.

Yo quisiera estimularos a que reconsideréis vuestra posición ante el Instituto, como Obreras. Yo, como Obrera, ¿actúo, cumplo, considero, estimo, ayudo, coopero, en fin, trabajo?

224. La Obra nació como un brote de la Iglesia, de la cual sois miembros. Nació con un bautismo de sacrificio, en una cuna de pobreza; pero nació con un bautismo de amor, nacido del corazón del Señor y de la Santísima Virgen. Ha ido tomando forma. Ha crecido, y tiene sus ramas. Ya son las Obreras las que tienen en sus manos toda la Obra.

Aquí está la responsabilidad. Será hacerse aptas, para hacerse capaces, instrumentos útiles. Lo primero que hay que buscar es su transfiguración interior; sin esto, no vamos a ninguna parte. Luego, vendrá la formación y capacitación exterior; pero sin la interior, lo que es de Dios no puede crecer si la savia no es divina. Y la savia no será divina, si el trabajo que nosotros ponemos no nace de esa fuente, de un alma que está unida con Dios.

Espíritu de la Obrera

225. El tiempo influye tanto en nosotros que, a medida que va avanzando nuestra vida, nos va haciendo ver las cosas distintas. ¡Qué distintamente ve el mundo quien ha tomado experiencia de él, a sus cuarenta, cincuenta o sesenta años! ¡Qué distintamente ve el mundo, con todas sus cosas, aquella persona que ve el tiempo con sus quince, dieciocho o veinte años! ¡Qué distinta es la visión de la vida! Pero, tanto en los primeros años como en los últimos, estamos ejerciendo el ministerio que Dios nos ha dado, empujamos hacia Dios, hacia la eternidad. El tiempo no lo podemos detener y, si realmente es la mano de Dios la que nos lleva hacia Él y dentro de Él, mis Obreras, vivimos y vamos desarrollando toda nuestra actividad interna y externa, surge como consecuencia el aprovechamiento del tiempo. Es un valor de alto quilate. Algunos se hicieron santos en pocos años; otros, dentro de muchos años no alcanzaron más que un grado ínfimo de virtud. No es el mucho tiempo, sino la intensidad con que lo vivimos para Dios, lo que nos hace crecer.

Hemos de amar la eternidad, y fijar nuestra mirada en los horizontes eternos. Nuestra vida ha de estar planteada a esta altura. Hemos de vivir en un plano sobrenatural, y no se puede vivir así si no eternizamos las cosas.

226. Cristo se encarnó haciéndose hombre. Tú has de encarnarlo en tu alma y has de hermanarte haciéndote, al igual que san Pablo, todo para todos. Con el pobre iremos, con el humilde iremos, con el rico también. Esto es llegar a las almas, es levantarlas a nuestro nivel, es traerlas a nosotros para luego lanzarlas

hacia Dios. La vida de la Obrera es una continua encarnación de Cristo en ella y de ella en las almas. Bella misión, cumplidla bien. Nada regateéis. Para vosotras no hay soberbia ni hay vanidad, ni hay todo eso de mundo, luces como de carcasa que deslumbran un momento, pero luego dejan la atmósfera llena de humo. ¡Qué santas debéis de ser! Comprended la sublimidad de vuestra misión en estos tiempos que corremos tan difíciles. Y quiera el Señor concederos la gracia de ilustración para que, conociendo esto bien, os determinéis, una vez más, a ser verdaderas y auténticas Obreras.

227. Las Obreras, os habéis de mirar, considerar, tratar, como verdaderas hermanas. Todos somos hermanos en Jesucristo, pero, como Obreras, tenéis un vínculo, no de sangre, pero sí espiritual. Si puede ser, echaros una mano, levantaros. Si es cosa redimible, bien, y si no... El espíritu de hermandad, vividlo mucho, que es espíritu de unión, de compenetración entre vosotras.

228. La Obrera ha de estar acuciada por el deseo de evangelización. Su vida es activa, es apostólica; ha de nacer de un amor sentido en su corazón, a Jesucristo. Ha de pensar en aquellas palabras de Jesús: "¡Mucha es la mies!". Cuántas almas alejadas de Dios. Cuántas que no le conocen, en los pueblos, en las ciudades, aquí, allá, por todas partes. Y los operarios son pocos, con relación a esa masa inmensa de almas que hambread su doctrina, y que tienen sed de esa vida de Dios. Hay pocos operarios en la viña del Señor. Pero pidámosle que envíe operarios.

La Obrera ha de estar animada de su deseo de volar, de lanzarse, adonde sea, como sea; es decir, de

sembrar a Dios. Es lo propio de la vocación. Es la misión evangélica que el Señor ha confiado a los que quieren colaborar en su empresa divina. Continúad en la vida de ejemplaridad que vivís. Dad esa buena nueva ante el mundo: de que la Obrera es un alma que trabaja como Jesucristo, que trabaja por Jesucristo, que no se deshonra de su trabajo, y que se gloria de ofrecerse enteramente en la labor apostólica.

229. ¡Cuántas veces pienso que las almas son como las ramas de un árbol! Veréis una que es más fuerte, más desarrollada, ¿por eso tiene que absorber a las demás ramas? ¿Que cada una, en su condición, no va a producir su fruto? ¿Que cada una no es distinta de la otra, perteneciendo a un mismo árbol? ¿Que cada una no es una Obrera, con su obligación de santificación, con su derecho, con su libertad espiritual?

Ninguna, por ser más potente, o más culta, porque tenga el genio así o asá, debe presionar a ninguna otra. Es el mutuo respeto, es la mutua consideración. Al contrario, la más potente debe ayudar, amparar, a la menos potente. Ésta es la caridad. Eso es un fluir de amor de Dios hacia el prójimo. Eso es un darse. Lo demás, es no entender la vida espiritual.

La Obrera se ha de santificar por sí, por su esfuerzo y por la gracia de Dios que, indistintamente, la va dando a cada persona. Dará a cada Obrera sus gracias. Y con ellas, tiene que corresponder.

230. Que las Obreras sean almas que den a Dios el consuelo, la debida reparación y el amor que el mundo no le da.

231. Vuestra vida, mis Obreras, ha de ser dolorosa. Va vuestra Madre delante, va Jesucristo abriendo el ca-

mino. Y toda la vida, en conjunto, no es más que eso, un camino abierto hacia la eternidad. No nos cieguen los triunfos, las alabanzas. No nos engañemos con cuatro cosas que nosotros podamos decir de Dios, creyendo que ya la alabanza y glorificación de Jesucristo está consumada en nosotros. Con la palma en la mano, pero con la cruz; con cantos, pero con corazón limpio y centrado en Dios.

Os habéis de distinguir por vuestra virtud, por vuestra generosidad, por vuestra fidelidad, por vuestra constancia, por vuestro sacrificio y oblación interior, por vuestra donación generosa a Dios por encima de las exigencias del mundo, puesto que aquel cristiano que no sabe sacrificar sus propias pasiones, éste no ha aprendido todavía lo que es la esencia de la vida cristiana.

232. La Obrera ha de llevar grabado en su alma el lema de san Pablo: "Es preciso que Cristo reine". Somos ejército que nos movemos impulsados por este "es preciso...". No puedo quedarme parada. Lo cual equivale a que es preciso que me santifique. Es preciso que trabaje con interés por conquistar; es preciso que cumpla mis obligaciones.

Sois la avanzada en la lucha, no sois de retaguardia, y no sería honor para una Obrera el huir del primer puesto de la lucha. Allí donde nadie quiere ir, allí donde todos temen, no faltará la Obrera. Y allí donde todo es pedernal y campo abandonado, estará la acción de la Obrera.

Allí donde haya algo humillante, la Obrera bajará su cabeza, y con ello se glorificará. Y esta condición es de soldados fidelísimos. Ni las condiciones de lugar, ni de personas, ni de profesión, ni de circunstancias, han de ser impedimento ni obstáculo para vuestra acción.

233. Pensad adónde os lleva el Señor, adónde se dirigen vuestros pasos, y vivid según y conforme a este modo con que os acerca hacia Él. Vivid como Obreras. Fijaos bien en esto, que quiere decir como personas que aspiran y viven la perfección, no en cualquier cosa, sino en todo, en general, mirando agradar sólo Dios.

234. No basta vestir un traje de soldado; hay que vivir el espíritu de soldado y luchar como tal. Hay que sentir las cosas, hay que vivir las cosas. Cuando se siente y se vive, no se depende de los demás; solamente se depende del ideal que se vive y se siente; solamente se vive de ese amor que inflama la voluntad, que llena su vida.

De aquí el jugueteo en muchas personas consagradas a Dios. Es un jugueteo, es un sube y baja, es una inseguridad. Y con soldados inseguros, ¿qué podrá hacer un ejército? ¿Qué empresa se podrá proponer conseguir?

235. Todas las Obreras son necesarias. De todas hemos de tener buen concepto, mientras no nos conste lo contrario. No hacer caso de un relato que digan, y demás; eso no importa nada. Miremos lo bueno, no lo malo. Si el Señor mirase lo malo que todos tenemos, nos tiraría por la escalera abajo. Él mira lo bueno, la buena disposición, la buena voluntad.

Unid, mis Obreras. Unid, unid. Hay líquidos, hay pastas que unen. Decid al Señor que os enseñe estas pastas y esos líquidos, aunque ya lo sabéis vosotras. Una pasta y un líquido únicos que unen: la caridad, el amor de Cristo, vivido en vuestro corazón.

236. Sigue tu camino hacia Dios, sube o baja, con aprecio o sin aprecio, con cariño o sin él, aquí o allá,

sigue tu camino hacia Dios. Hoy inmolarás más, mañana menos; pero nunca olvides que tu vida es una inmolarción. Y si injustamente padeces, entonces es cuando más ganas. Yo os recomiendo con todo mi corazón y con el mayor interés, que viváis esta disposición de la voluntad. Que la Obrera no se haga otra ilusión; que esté siempre dispuesta a ser y vivir así; que no tome nota de cómo viven los demás. No es libro abierto para que vosotras aprendáis, la conducta de aquellos que están en el mundo, o de aquellos que os rodean, de vuestro pequeño mundo. No. El libro donde debéis leer y aprender y meditar, es un crucifijo. Si todos fuésemos así, y debemos ser así, se allanarían las cosas con toda rapidez.

237. Hay que ajustar cuentas, mis Obreras, empezando por mí. Hay que apretar un poco los tornillos y las clavijas. Porque la mano del tiempo y la mano del mundo fácilmente se introducen, para aflojarlos. Y con aquello que es: “del día”... Yo diría que es de la noche, no del día; porque día no hay más que uno: el día de la eternidad, el día de la luz, el día de la verdad. Lo demás, es tinieblas, es sombras. El mundo vive entre sombras. No hay más que una luz que brilla: el Cristo.

¡Qué pena que el Señor quedase incomprendido por vosotras, por las Obreras! Después de tanto y tanto, que, al final, pudiera decir: “No he sido comprendido, no han entendido lo que vale la cruz, no han sabido entender lo que es su trabajo, no han captado bien mi empresa. ¿Para qué, pues, las alquilé? ¿Para qué las llamé? ¿Para qué las hice más?”.

238. Sois Obreras de la viña de Dios. He aquí el campo espiritual. ¿Qué es la viña de Dios? ¿Son palacios, casas, campos, moradas? No. Son almas. Es la huma-

nidad, no en abstracto, sino en concreto: el hombre, la mujer. Son las cepas plantadas en esta viña.

Y Obreras son aquellas que trabajan, que cultivan. Unas veces, roturando el campo, y otras, sembrando después de roturar. Y hay que plantar profundamente la vida de Dios. El campo de la Iglesia es inmenso, el mundo entero. Tiene sus parcelas; en estas parcelas ha de trabajar cada cual. En aquella que le toque, donde pueda. Y parcela pequeñísima será una persona, o varias, o muchas, apostolado individual, apostolado en masa.

Obreras de la viña de Dios. Aquí se retrata, en primer lugar, la condición de vuestra vocación, de la vocación de una Obrera: su destino, el para qué. Las Obreras, ¿han penetrado bien en lo que esto significa? ¿Han calado bien el significado de estas palabras? ¿Han profundizado bien?

239. Base de vuestra formación, de vuestra personalidad, de vuestra convicción: la Obrera procure tener el convencimiento íntimo de que se lo debe todo a Dios, de que debe pagar esta deuda, de que lo ha de hacer ella personalmente, y de que cuanto con más perfección lo haga, Dios más contento estará.

240. Administrad bien vuestro corazón, y vuestros talentos, y vuestro ser, y vuestra personilla. Administradlo bien, de tal manera que nada desdiga de Dios. No vais a ganar criaturas para vosotras, sino que vais a ganar las almas para Dios. No vais a buscar engrandecimiento de vuestra personilla, sino que vais a buscar el engrandecimiento de las almas para Dios. En la vida apostólica, una mirada alta sobrenatural, siempre centradas en Dios. Las situaciones, no os acobarden, ni menos las pruebas, ni menos las dificultades

por las cuales podamos atravesar. Superadlas siempre. El alma que está sujeta a Dios, nunca se siente cobarde; tiene un vigor en la voluntad, tiene una fuerza y arranque en todos sus actos, que nada la puede detener.

241. La Obrera ha de ser el árbol bueno y, por tanto, sus frutos han de ser buenos. Sería cosa penosa el pensar que el mundo nos tenga como buenos y no lo seamos; que el mundo tenga un concepto elevado de la Obrera, de su espíritu, y luego no responda con sus obras. Perjudicaría mucho a la Obra; no sólo a sí, a ella misma, sino a la Obra a la que representa. Por eso, la Obrera ha de pensar que no es ella; ella es una rama, que está representando la calidad del árbol. Si la rama produce frutos desabridos, lo paga el árbol. Y, no obstante, es cosa de ella. De ahí, la responsabilidad de toda Obrera, delante de Dios y delante de los hombres, si su vida no respondiese a lo que de ella se espera y a lo que su vocación exige.

242. Vosotras constituís, aun sembradas en el mundo como estáis, un frente de resistencia al mal. Corazones que están en vela, pero velando la gloria de Dios. Rocas firmes contra las cuales se estrellan las olas de este mar alborotado del mundo y, encrespadas, se rompen. Amores de tierra que se estrellan contra ese corazón acorazado que lleváis, enamorado de Dios.

En fin..., sois gente de lucha pacífica. Vuestra ejemplaridad de vida es lo que más puede, más que la palabra. Y ejemplaridad expresada ante el mundo como transparentando al Cristo que vivís, que debéis vivirlo cada vez más, por vuestra caridad, por vuestra abnegación, por vuestra virtud.

243. Levantemos más nuestro espíritu hacia Dios, purifiquemos más nuestra vida, entendamos mejor nuestro fin, comprendamos con más claridad nuestra misión. Mientras el mundo baja, vosotras subid; mientras el mundo se enfanga en el charco del pecado, vosotras brillad ante Dios por vuestra pureza. Mientras el mundo, prácticamente, con su ejemplo, con su palabra y con su ambiente, arrastra a las almas hacia el mal, vosotras acordaos de para qué Dios os ha llamado y elegido. Os habéis de batir en medio de este campo de lucha para arrebatrar las almas al mal y llevarlas al Señor.

244. Vuestro corazón no se pegue más que a Dios. La Obrera es totalmente de Cristo. No podéis tener reserva. Todas, hermanadas en Dios. Habéis de ser como hilos que se trenzan, formando un solo cordón.

Vuestro trato de Obreras, que sea de corazón. La Obrera ha de querer mucho a la Obrera, porque es una Obrera de Cristo. Esto es amar las cosas en Cristo. Y de esta manera, por más defectos que veamos en una persona, no nos espantará, pues todos somos miserables. No debemos por ello alejar nuestro corazón. Vuestro trato, siempre por igual a todos. Así, unidas, como buenas Obreras y, presidiendo siempre a todas, Jesús.

245. Uno de los fines primordiales de la Obrera ha de ser suscitar, despertar las conciencias que ve aptas para una vida más noble, para un estado más perfecto, para una acción completamente desinteresada, de trabajo apostólico, para la gloria de Dios. Saber hacer esto no es poca ciencia. Es ir formando poco a poco a aquellas personas, en las cuales vemos la posibilidad de un rendimiento copioso para el Señor. La Obrera

ha de preparar el terreno, como se prepara la piedra, barrenando, para que salga el agua, si la hay, como se prepara la tierra de un campo, para que produzca fruto. El trabajo de la Obrera es abrir caminos, no imponer; mover la voluntad, orientar.

246. El mejor adorno de la Obra ha de ser la Obrera buena, santa, fiel y apóstol. Éste es su mejor ornato.

247. Para ser árboles buenos hemos de vivir y dar hacia afuera lo que vivimos de Dios. Por los frutos conocerán lo que es la Obra. Por los frutos conocerán lo que es una Obrera; por los frutos conocerán lo que es su apostolado; por los frutos conocerán cómo trabaja, qué espíritu le anima; por los frutos conocerán su desprendimiento y su generosidad; por los frutos conocerán su despegue de las cosas de la tierra. Por los frutos conocerán lo que es la Obra; pero por los frutos conocerán también cómo somos nosotros.

248. En vuestro vivir, donde estéis, no seáis nunca elementos que perturben la paz. Las Obreras os habéis distinguido por vuestra docilidad, por vuestra buena voluntad, formando un ejército fuerte. Vuestra unión os hace fuertes, pero una unión entre vosotras nunca será fuerte, si no es una unión interior con Jesucristo. Y será más fuerte cuanto más unidos estemos al Señor, que es el punto centro.

Somos cosa muy pequeña para levantar nuestra cabeza con engreimiento. Esto es lo que dice nuestra fe. Los engreídos perecerán, los soberbios quedarán reducidos a la nada. Los sumisos, obedientes, dóciles, gozarán de la paz, de la alegría, y de la buena acogida y del amor de los demás. Y si no, por lo menos, tendrán la acogida y el amor de Dios, que es el todo. Vivid unidas.

249. La Obrera, en su vivir, ha de ser contemplativa-activa. Contemplativa, porque la oración es el nervio, la base, el fundamento, el sostén, el alimento de la Obrera. Pero es, además, esencialmente apostólica. Su esencia es dedicarse al apostolado. Así lo fue la vida de Jesús y la de la Virgen.

El Instituto, en esencia, es apostólico. Es para trabajar por Dios, dar en su trabajo lo que ha almacenado y almacena cada día dentro de su espíritu. Es llenarse para dar, es vivir a Cristo para comunicarlo a los demás, es amar para hacer amar, es almacenar santidad para hacer santos. Esto responde al nombre que lleváis: Obreras de la Cruz. Porque la Obrera no es más que una flor que nace de una semilla fecundada por un amor y por un espíritu de oblación a Dios; con una meta, un ideal, que es la propagación del Reino de Dios, la expansión de ese amor que vive. Eso es la Obrera.

250. La Obrera es una coadjutora de Cristo. Vuestra acción, ese vivir vuestro trabajo oculto, exterior, callado, hablado, o como sea, vuestra vida, que es un trabajo continuo ofrecido a Dios, es la cooperación que le prestáis. El fruto que ha de producir ese trabajo será más o menos crecido, según la cooperación que pongáis.

Dios es tan sabio que ha escogido para Obreras, de todo. Cada una, como una pieza, va produciendo su marcha. Si todo fueran volantes grandes, la fábrica no iría; si todo fueran motores, si todo fueran correas... Una será una ruedecita pequeña, otra un clavo, y la fábrica va resultando completa y su fuerza va creciendo. Es la suficiencia de Dios, no le deis vueltas, pero su puesta nuestra cooperación, de tal manera que cuando sea ésta mayor, mayor será la eficacia que Dios dará a todos nuestros actos.

251. Yo no comprendo una Obrera que se entretuviese matando el tiempo entre tonterías y bagatelas de este mundo. Dice san Pablo que los que se alistan en la milicia del Señor no pueden andar entretenidos en cosas de la tierra. Sólo han de tener un pensamiento que les domine: el triunfo de Jesucristo. ¿Quién podrá cumplir bien su finalidad, si todavía lleva encima apegos a su personilla, si no tiene dominio de sí ni de sus pasiones, si aún aparece en ella vanidad, orgullo, falta de caridad, falta de mortificación, si todavía está atacada de indolencia, o escaso interés, o dejadez en buscar su santificación y la gloria de Dios? Es soldado entretenido, cuyo corazón no se mueve por el deseo verdadero y eficaz de realizar la misión que Dios le ha confiado.

252. Estamos formando una gran fábrica, mis Obreras. Cada Obrera es una pieza; el motor es Dios nuestro Señor, y la corriente del motor se comunica a las piezas. ¿Cómo una fábrica estaría completa si no tuviera todas las piezas requeridas para poder perseguir el objeto deseado? En este caso, es ganar las almas para Dios. ¿Cómo poder ganar las almas para Dios si cada una, que es una pieza, no cumple con su deber? ¿Cómo cumplirá con su deber si no llena el oficio que le toca a ella como tal pieza? Si una dijera ¿a eso he venido yo, a fregar platos? Si otra dijera ¿yo, a abrir la puerta...? La fábrica no podría funcionar. En el objeto conseguido, tendrá igual participación la que friega un plato, la que abre una puerta, la que hace un servicio, la que cumple tal menester, la que lanza la palabra. ¿Qué no son todos ruedas y volantes de una misma fábrica, movidos todos por el mismo motor, que es la voluntad de Dios?

253. A vosotras toca, mis amadas Obreras, hacer el oficio de precursoras. Allanar los caminos llenos de dificultades y de asperezas; los caminos llenos de obstáculos, por los cuales las almas, con dificultad, pueden llegar a Jesucristo. Obstáculos de pecados, obstáculos de ceguera, obstáculos de querer sensuales, de enormes ignorancias, del alejamiento ya viejo de Dios nuestro Señor. Sobre todo, obstáculos de una voluntad terca y dura, pegada al mal. Allanar, vencer, quitar esas como montañas que se levantan en medio de los caminos, que se atraviesan en ellos, dificultando o imposibilitando el que muchas almas puedan conocer al Señor, entregarse a Él y cambiar de vida.

254. La Obrero es escogida por Jesús, como un faro para avisar, para dar testimonio de la luz de Cristo, para que el mundo vea lo que es la virtud, para que el mundo vea cómo hay alegría, paz y gozo, no en el pecado, sino sólo en la virtud. Tú, Obrero, tienes una misión que cumplir, con tu ejemplo, tu predicación, tu doctrina, tu trabajo, tu oración: quitar obstáculos que separan a las almas del Señor, allanarles los caminos, abrirles la puerta de la esperanza, hacerles fácil la entrega a Dios. Pero no seréis luz reflejada del foco infinito del Señor, si en vosotras no brilla la virtud. Vuestra palabra, como eco que salga de vuestro corazón enamorado de Dios. Palabra caldeada, fuerte, encendida. Preparad los caminos del Señor. ¡Hermosa misión!

255. La Obrero, en mi concepto, ha de ser completa en sus cosas, ya que su vida es una vida integral en cuanto a la acción, y ha de serlo también en cuanto a la formación: de espíritu recto, fuerte, en el que Cristo lo sea todo. Formación de la voluntad, que no tiene más que una rectitud, que nunca se tuerce y va hacia

Dios. Formación de conocer lo que sois, de vuestro deber de acumular virtud y de reflejarla. Formación de criterio justo y recto para apreciar las cosas como son.

256. Sentíos Obreras con vuestros deberes y vuestros derechos. Personalidad y, a la vez, responsabilidad propias.

257. Estimad vuestras enseñanzas, queredlas, apreciadlas. Que ellas os conducirán a un conocimiento cada vez mayor del Señor, a quien estamos unidos tan estrechamente, no ya sólo por creación, sino por la vinculación voluntaria que hemos hecho. La firmeza de nuestra mentalidad cristiana hay que mantenerla, a través de circunstancias difíciles, y de los tiempos en los que vivimos.

258. Quiero que las Obreras vibren todas al unísono. Ésta es la unión, ésta es la convivencia, esto es nuestro vivir. No haya, pues, distinciones dentro de vosotras. Andad con mucho cuidado. Porque aun suponiendo toda la mejor voluntad, sin darnos cuenta nos dejamos llevar de cierta parcialidad. Necesitamos un equilibrio mental, un equilibrio de corazón, un dominio de nosotros, para mantener siempre la balanza en su justo medio. Necesitamos mirar siempre a Dios, y a cada persona darle lo que ella necesita.

259. Vivamos profundamente el amor a Dios, y por ese amor a Dios lancémonos a glorificarle. Éste es el espíritu que yo quiero que tenga toda Obrera. Y que lo viva. Y como zonas de apostolado tenéis muchas y muy variadas, siempre vuestra acción la habéis de juzgar como evangelizadora, en donde sea. Vuestra obra es evangelizadora. Es sembrar la semilla de Dios; es

dar a conocer a Jesucristo, para que vean en Él la verdad, la vida, la felicidad; para que vean que fuera de Él nuestra vida no tiene solución.

260. Tened vuestro corazón herméticamente cerrado a toda clase de pecados. Estáis destinadas para alabar a Dios, y no para ofenderle; para amar a Cristo y no para amar a las criaturas; para la defensa del Señor y no para timideces y cobardías; para trabajar, sembrando el bien, y no para holgar y enervaros en ociosidades y ostentaciones vanas. Por este motivo no podéis transigir con ciertas exigencias del mundo, aunque a veces parezcan buenas. La Obrera es un alma totalmente de Cristo.

261. Habéis de ser abiertas, sencillas, claras, rectas, libres dentro de vuestra vida trazada tan fuertemente, pero a la vez, diríamos, con libertad, porque lo que se intenta es hacer las cosas por Dios y por convicción, no por apretura. A la Obrera se la educa así, de manera que aunque estuviera sola en el mundo, ya sabe lo que debe hacer. Sabe que Dios la ve, y ya está. La conciencia de cada una basta.

262. Vuestra vida esté completamente compenetrada con la vida de Cristo. Él, Obrero; tú, Obrera; Él, con su cruz; tú, con la tuya. Y lo que el Señor no quiere, tú no lo puedes querer; lo que Él combate, tú has de combatir; lo que Él condena, tú has de condenar; y lo que rechaza, tú has de rechazar. Tal es vuestro significado. La Obrera no ha de ser una cosa más, sino un soldado en ejercicio, en acción.

263. La vocación de la Obrera es un don visible que se le ha dado para utilidad de las almas, para edificar

el Cuerpo Místico de Cristo, para ayudar y cooperar al perfeccionamiento de los cristianos. A la salvación, en primer lugar, y luego, a su perfección, hasta que sean almas de vida interior. Estas almas, si reciben el don de Dios, volverán a usarlo en utilidad de otras, y así se hará la multiplicación de miembros en perfección de vida.

264. Sería cosa penosa, os lo digo de verdad, que una Obrera después de años, no supiese lo que es ser Obrera, lo que esta palabra significa: Obrera de la Cruz. Significa algo más que un bautismo y una confirmación, significa el arranque de una vida que se lanza en su totalidad al seguimiento de Jesucristo.

265. ¿Dónde, pues, ha de radicar la grandeza de las Obreras? En vosotras mismas, en vuestra santidad, en vuestro arrojo, en vuestro ímpetu, en vuestra actividad, en vuestro esfuerzo. Permaneced siempre fieles.

266. La Obrera no ha de ser indolente, no ha de ser perezosa. Ha de ser movida. Ha de ser rápida en sus cosas. Ha de ser productora. Es como una fuente de producción por donde pasa. No para vivir atropelladamente, no; sino para vivir produciendo, que es distinto.

267. La Obrera no muere. Semilla enterrada, germinará en muchas flores de almas que con el tiempo han de amar a Dios. No te quedes atrás.

Apostolado

268. La Obrera tendrá que hacer, algunas veces, como aquel padre del Evangelio, que pedía al Señor, suplicante, la resurrección de su hija. Éste es vuestro apostolado. Para todas las personas, pero de un modo especial para esa juventud, entre la cual la Obrera tiene que actuar, profundamente, en nombre de Dios, con la confianza puesta en Él, para hacerla revivir espiritualmente, resucitarla a una vida llena de gracia.

Es un gran campo de trabajo. Con humildad, buscad el apoyo de Jesús, buscad su poder, buscad su ayuda. Y con esa ayuda y esa intervención suya, lanzaos al trabajo. A aquella joven, a la otra, a la otra, al campo donde el Señor os depare para vuestro trabajo apostólico, aunque sea en el hogar propio. Sin titubeos, con confianza. Yo deseo, y así lo pido al Señor, que todas las Obreras tengáis este espíritu, el espíritu evangélico.

269. El Señor va recorriendo ciudades, villas, sinagogas, y en todas ellas enseña y predica el Evangelio del Reino de Dios. Va curando a los enfermos. Pero ve una turba, una multitud de hombres y mujeres, y siente compasión entrañable de ellos, al verles como ciegos, malparados, y echados por el suelo como rebaño sin pastor. Volviéndose a sus discípulos les dice: “Mucha es la mies, pero pocos son los operarios, rogad para que el Señor de la mies envíe operarios a su viña”.

La contemplación del estado actual de muchas personas nos ha de mover y acrecentar en nosotros, el deseo del apostolado, el deseo de prestar nuestra valía, aunque sea pequeña, a los fines establecidos por Dios. Esto ha de afirmar más nuestra vocación. Nuestra vocación se ha de acrecentar, asegurar, confirmar, a la

vista de estas dos cosas: muchas almas que ganar, y pocos brazos para trabajar. El campo del apostolado es enorme, inmenso, es evidente, y las almas destinadas al trabajo son pocas, y aun en calidad, menos.

Que esta compasión nos haga levantar nuestro clamor al Señor, pidiéndole que nos envíe ayuda, que no nos olvide, que estamos trabajando en su viña, que nos envíe refuerzos. Que aquí hay mucho que cavar, y el trabajo va atrasado.

270. No nos ha de servir la prestancia que podamos tener en la vida espiritual, no nos ha de servir de fundamento para despreciar a aquellos que no están a nuestra altura, sino para lanzarnos en su ayuda, y favorecerlos en aquello que podamos. Lo hacemos con nuestro ejemplo, pero cuántas veces con nuestra palabra podemos levantar ánimos, elevar la voluntad y estimular un poco el corazón perezoso. Si no nos responden, nosotros hemos cumplido con nuestra obligación.

271. En la letra del Himno de las Obreras se dice: "Corazones anhelantes nos esperan". ¿A quién esperan? Significa esto una actuación de apostolado. ¿A quién esperan esos corazones? A vosotras, los instrumentos elegidos y escogidos del Señor. Y si no lo cumplís, como yo, sobre nosotros pesará siempre una responsabilidad. Que en vano queremos quitarla de nosotros, sacudirla. No; la deuda es deuda y hay que pagarla.

Y estos corazones anhelantes que esperan, unos están en el campo de la ignorancia, de buen corazón; otros, quizá, en la acera de enfrente, que también necesitan ver en nosotros la luz de Dios, la fuerza de una santidad. Otros, esperan que llegue la mano que los levante, o que les abra el camino.

272. El Señor se quiere valer de nosotros; en este sentido dice que nos necesita. Y aunque somos pequeña cosa, le podemos servir a nuestra manera, en la pequeñez de nuestra persona, con lo que hemos recibido de sus manos, quién más, quién menos, con sus cualidades personales. Nos necesita el Señor para sembrar su doctrina, para dar a conocer la vida de paz y sosiego, para proclamar a todos los vientos que la virtud de la pureza está por encima de las apetencias puramente pasionales; para espiritualizar al mundo; para hacer recordar al hombre que no solamente tiene un cuerpo, sino que lleva un alma; que nuestro destino no es de tierra, sino de cielo; que el sacrificio que hacemos por Dios, solamente Él lo puede pagar.

273. La consideración de lo que es una Obrera, os debe alentar a hacer frente al pecado, no ya sólo en vosotras, sino fuera de vosotras. No se trata aquí de huir del pecado; se trata de lanzaros contra el pecado; no sólo de huir de la maleza, para no mancharos y sufrir desgarrones; se trata de ir al campo donde está la maleza, para arrancarla de cuajo. Tenéis por misión luchar. Y no vais a luchar azotando el aire, y contra cosas y personas en las cuales no haya objetivo propio de vuestra lucha, sino que vais a luchar contra el mal, contra lo que es ofensa del Señor. Nos declaramos enemigos, abiertos y resueltos, del pecado, porque es el único enemigo de Cristo. Nosotros no tenemos más enemigos que los que tiene el Señor, ni más amigos que los que tiene Jesús.

274. Vivimos en el mundo, y por necesidad hemos de relacionarnos unos con otros. Esto que llamamos relación social, o sea, el trato con los demás, se nos presenta en todo momento. Lo tenemos en el trabajo,

en el medio ambiente que nos rodea, en la vecindad, etc. Y todo ello lo puede y debe tener la Obrera, porque somos seres comunicativos, que necesitamos de los demás, como también los demás necesitan de nosotros. Este contacto social es necesario en la Obrera, para que no quede en soledad, y porque ha de buscar la santificación de los otros, después de la personal.

Los campos apostólicos que se presentan ante nosotros, son inmensos y asequibles. Sobre todo, el apostolado individual, que es en el que más se consigue; es el que se hace de persona a persona. Salid afuera, no os reduzcáis a un círculo pequeño, de vosotras mismas. Y obrad con naturalidad. Entre la gente, hay mucha que es ignorante, pero se puede trabajar, y me refiero más a los menos religiosos. Son como la tierra virgen que, si se siembra, da mucho fruto. Aquella persona indiferente, la otra que va por mal camino... Ahí hemos de ir. Y la gracia de Dios trabajará. Tenéis que salir afuera.

Pensad, planead, entrad en contacto con los demás. Y si no veis el fruto, no os desaniméis. Volved a la tarea, como san Pedro, que no sacó nada, y volvió a echar la red y pescó muchísimo. Tened en cuenta que es la gracia de Dios la que operará. No sabemos cuándo, ni cómo, pero operará.

Que la vida de Obrera no sea de reclusión, sino de expansión.

275. Vamos a sembrar la paz. La paz en la conciencia, la alegría en el corazón. Debemos examinar un poco si nuestro apostolado, privado, público, particular, oficial, produce este fruto de la paz en las almas. Mas no lo podemos producir si vamos en nombre nuestro, en nombre de la ciencia, en nombre del progreso, en nombre de una intelectualidad, no, en nombre de Jesús, en nombre de Cristo. Así, así.

La Iglesia no puede perder de vista su finalidad sobrenatural. Podemos hacer muchísimas cosas de todo tipo, pero ¿y lo espiritual? ¿Y el acercamiento de las almas a Dios? ¿Será nuestra acción apostólica de Obrera, si toda ella la limitamos a cosas únicamente exteriores, que las apreciará el mundo, pero que las almas no resucitarán de la tumba de sus pecados, permanecerán muertas? ¿Acaso no es obligación nuestra predicar el Evangelio?

276. No tenemos verdadero sentido de lo que es el apostolado. El apostolado es como un cauce por el cual han de discurrir hacia las almas las gracias divinas. Y este cauce son aquellos que trabajan por el Señor, aparte de la comunicación interna que Dios hace a las almas, comunicando sus gracias. No se tiene del apostolado un concepto claro; o si se tiene, por lo menos, no se le da el sentido apostólico, cristiano, de verdad. Porque si una acción externa se convierte en medio únicamente de ganar, de aparecer, de figurar, de ser algo..., no es. No se trata de ser algo. Se trata de ser todo para Dios; se trata de producir todo para Dios; y se trata de dejar la semilla de Dios allí por donde pasemos. Se trata de extender el árbol de la Redención de Cristo.

277. ¡Cuántos hay entre nosotros, cristianos, que no conocen a Jesucristo! ¡Incontables! Y éstos son materia de evangelización. No sólo hay que evangelizar a los que están en el paganismo, sino a otros que no han conocido, no conocen a Jesucristo, aun estando dentro de la Iglesia. Diríamos que no hay ningún pueblo, si el pueblo es grande, que no tenga una cantidad de gente que desconozca a Jesucristo. Y aún dentro de las Párroquias, de la gente que practica, hay un conocimien-

to de Dios bastante superficial; es un conocimiento más práctico que teórico. Hay mucha ignorancia religiosa. La luz de la doctrina de la Iglesia, la luz de Cristo, no llega con la intensidad y la extensión que es de desear y que el Señor quiere.

278. Hemos de saber ponernos en contacto con la gente. Esto es un secreto especialísimo que toda persona que se dedique al apostolado debe aprender. Hay que ganar su voluntad, hacerse comprender. Y hay que comprender al otro, porque es la única manera de poder entrar dentro de él. Así es como se hace el apostolado. A veces, cuatro palabras que decimos con toda sencillez, penetran, de una manera enorme, en el interior. Otras veces, uno irá con grandes elucubraciones de pensamientos, de palabras elegantes, y está perdiendo el tiempo. Tenemos que adaptarnos a los lugares y la condición de las personas. Con un sabio tampoco haremos alarde de sabiduría, porque no tenemos; pero en el caso de tenerla, con toda sencillez diremos nuestras cosas, que cuando uno las sabe, por altas que sean, sencillamente se dicen. A más ciencia, como norma general, hay más humildad. Porque el sabio sabe que sabe muy poco.

279. Pensad que el Señor cambió vuestro oficio. El oficio es de responsabilidad. Alguien se puede quejar, lamentándose, de que ha de echar la red en tal pueblo donde es difícil la pesca. También se puede quejar el trabajador cuando va a cavar a un campo donde todo es de piedra. ¿Acaso serán inútiles sus esfuerzos, sus sudores, sus trabajos? No lo pensemos así. ¿Porque alguien esté pescando en buen mar? Quizá aquellos sudores, aquellos esfuerzos de los que pescan o cavan en roca viva y no logran poder romper la roca, el Señor

los acumule a los que están trabajando en buen mar. Es la comunicación de bienes en nuestro propio apostolado.

280. Qué hermoso y qué vasto es el campo de nuestra acción. En él encontramos personas de todas clases a las cuales podemos hacer el bien. Unas, que están muertas, para resucitarlas a la vida de la gracia; otras, que están ciegas, y no ven el camino seguro de su vida; otras, que andan enfermizas, débiles, y hay que robustecerlas; otras, que no quieren ver bien; no quieren conocer, conociendo; no quieren entender, entendiendo; no quieren oír, oyendo. Y hay que quitarles la sordera para que, oyendo, oigan en su corazón; para que, viendo, vean la verdad; para que, entendiendo, entiendan lo que es Dios. Muy variada es la acción de la Obrera, puesto que en su campo se hallan todas estas almas, aquí retratadas. Hemos de sentir compasión entrañable por ellas.

281. Es constante el querer de Dios nuestro Señor de que todos se salven. Hoy, y mañana, y siempre, la voluntad de Dios es permanente, y está derramando sus gracias sobre el hombre. Una vez u otra, el hombre podrá responder siguiéndola. En el ejercicio del apostolado nos consuela mucho el saber que Dios asiste a las almas con gracias actuales, y si, a pesar de nuestro trabajo, no reaccionan, sabemos que la gracia de Dios continúa asistiéndolas y que, una u otra vez, el paralítico podrá levantarse.

282. A vuestro alrededor habéis de dejar siempre una atmósfera de trabajo apostólico. La Obrera ha de contagiar a su lado a todos. Habéis de poner en movimiento a la gente, enseñarle a trabajar apostólicamen-

te. Que se arranquen, que empiecen. De dos maneras se forman las conciencias apostólicas: teóricamente, haciendo comprender que hay que trabajar por Dios, y luego, prácticamente, haciéndoles trabajar.

283. Vivimos en el mundo, sí, pero como cristianos hemos de poner en él el espíritu evangélico. No hay más solución. Estamos obligados a darle el fruto que produce en nosotros el don vocacional, que es como algo que el Señor ha puesto dentro de nuestro interior para comunicarlo; cualquiera que sea nuestro empleo, nuestro oficio, cualesquiera que sean las personas con las que trabajemos. En el apostolado hemos de tener mucho cuidado para no llevarnos el mundo dentro de nosotros, sino para meter en él lo que llevamos de Dios.

284. El apostolado de por sí tiende, como misión de la Iglesia de Jesucristo, a atraer las almas a Dios, ganarlas. Esto es el apostolado. Así les dijo a los apóstoles cuando les envió: "Id a Samaria, a Judea, a todas partes, a hacer testigos de mí". Testigos de mí, de mi nombre, de mi doctrina, de lo que yo os he enseñado. No de lo que el mundo os va a enseñar; de lo que vais a encontrar en el pueblo romano, de lo que vais a encontrar entre los gentiles, no; de lo que yo os he enseñado, vais a ser testigos. Y ese testimonio les costó la vida. El regalo fue el martirio. Pero fueron testigos.

285. Formación apostólica. Aparte de las instrucciones que hay que dar, porque nos enseñamos unos a otros, es necesaria la ciencia experimental. Que aprendáis a ver cómo aquella persona, tratándola así, cómo la otra, entrándole por allá, cómo la otra, dándole un caramelo, cómo la otra, poniéndose un poco seria, có-

mo el otro..., va reaccionando..., y se van ganando. Es el modo de tratar. Acción práctica, directa, hacia la persona.

286. Hay que tener una mirada muy alta en el apostolado. Ni buscar personas, ni buscar cosas. No busquéis frases redundantes, ni halagos, ni alabanzas. Buscad sólo la gloria de Dios. Buscad sólo desfogar el corazón, desbordar lo que lleváis dentro. Ya veremos, en el plan de la divina Providencia, qué fruto produce y cuándo lo produce.

En vuestros trabajos, hasta en los más sencillos, por vuestra vocación, habéis de ejercer el apostolado. Porque vuestra vida vocacional es esencialmente apostólica. Nace de esa vibración, de esa vida profunda de Dios en vosotras. Nace, como naturalmente nace de la fuente el agua que mana.

287. Las personas, los hombres, no quieren reconocer el valor de la virtud. Cierran sus ojos para no contemplar la doctrina de la luz. Están pegados a sus pecados, a sus vicios; y todo lo que venga a destruir su vida de placer, lo rechazan. Y como quiera que es la verdad y la virtud, no la quieren recibir.

En vuestra vida, cuántas veces os acercaréis para dar testimonio de Cristo, para ser portadoras del Señor, y no se os recibirá, porque vais como buenas trabajadoras a destruir lo viejo, lo pecaminoso. Iréis lanzando la palabra del Señor y no se os recibirá. Acaso te preguntes: y yo ¿qué he hecho? Nada, no has hecho nada. No eres más que portadora de la verdad, y el mundo, como vive en la mentira y quiere vivir en su sensualidad, en su soberbia y, como ha de vencer esa soberbia para poder tomar el camino del Señor y no siente la fortaleza precisa para arrollarla, prefiere mo-

rir en su propia ruina, en el abismo de su pecado, de su indiferencia, de su dejadez, de su medianía, a aceptar el vencimiento de sus pasiones y apegos. Preparaos, que muchas veces no se os recibirá, no se os escuchará. Iréis a hacer un bien y os tratarán mal. No os desaniméis nunca por ello. Jesús fue el primero en pasar por esta prueba.

Acaso digáis: y, ¿después de tanto trabajo, de tanto sacrificio que hemos hecho, de tanto preparativo, y ahora no se nos quiere atender? Todo muy bien, menos cuando se trata de entrar en la casa del corazón; ésa se cierra. Acordaos entonces de Jesús.

288. El apostolado nos hace relacionarnos, forzosamente, con la gente, con toda clase de personas. Porque sus horizontes son amplísimos. Y así como el Señor no hizo excepción alguna, sino que por todos murió, a todos llamó, y el encargo que hizo a los apóstoles fue predicar el Evangelio a toda criatura, hasta los confines del mundo, tampoco nosotros podemos hacer excepción. Aquí entran, pues, todas las personas, cualquiera que sea su condición. No precisa detallar la condición de: sabios, ignorantes, ricos, enfermos, pobres, etc. A todos, por nuestra parte, hemos de hacer llegar la palabra del Evangelio. La escucharán o no la escucharán; les quedará algo o no, eso no importa. Uno cumple el deber que le impone su vocación.

No hay situación alguna, ni criatura alguna, en la cual nosotros, cualquiera que sea nuestro contacto de trabajo, no podamos dejar caer, como la viuda, nuestra pequeña moneda. Y ya veremos lo que pasa.

ÍNDICE DE MATERIAS

Abnegación: 170, 171	Generosidad: 204, 205
Amor a Cristo: 41-49	Gloria de Dios: 29-34
Amor a Dios: 10-13	
Amor a la Virgen: 62-69	Humildad: 162-169
Apostolado: 268-288	
Austeridad: 160, 161	Mansedumbre: 184
	Mortificación: 172-175
Buen ejemplo: 208, 209	
	Obra: 221-224
Caridad: 152	Oración: 132-139
Confianza en Dios: 14-16	
Cruz: 181-183	Paciencia: 185
	Perfección: 117-127
Deber: 210, 211	Perseverancia: 186-188
	Pobreza: 158, 159
Educación: 215-218	Prudencia: 153-155
Encarnación: 35-40	Pureza de corazón: 140, 141
Espíritu de la Obrera: 225-267	
Espíritu Santo: 50-54	Rectitud de intención: 142-144
	Reino de Dios: 1, 2
Fe: 151	Renovación espiritual: 145-150
Fidelidad: 189-203	
Formación: 219, 220	

Sacrificio: 176-180

San José: 70

Santidad: 71-98

Servicio de Dios: 17-28

Trabajo: 212-214

Veracidad: 206, 207

Vida espiritual: 99-116

Vigilancia: 156, 157

Virgen de los Dolores: 55-61

Virtudes: 128-131

Voluntad de Dios: 3-9

ÍNDICE GENERAL

	<i><u>Pág.</u></i>
PRESENTACIÓN	7
Dios	
Reino de Dios	11
Voluntad de Dios	12
Amor a Dios	16
Confianza en Dios	18
Servicio de Dios	20
Gloria de Dios	26
JESUCRISTO	
Encarnación	33
Amor a Cristo	36
ESPÍRITU SANTO	
Espíritu Santo	43

	<u>Pág.</u>
MARÍA	
Virgen de los Dolores	49
Amor a la Virgen	51
SANTOS	
San José	57
VIDA SOBRENATURAL	
Santidad	61
Vida es piritual	73
Perfección	83
Virtudes	88
Oración	90
Pureza de corazón	93
Rectit udde intención	94
Renovación espiritual	96
VIRTUDES TEOLOGALES	
Fe	101
Caridad	102
VIRTUDES MORALES Y ANEJAS	
Prudencia	105
Vigilancia	107
Pobreza	108
Austeridad	108
Humildad	109
Abnegación	113
Mortificación	114
Sacrifi ci o.....	115
Cruz	118

	<u>Pág.</u>
Mansedumbre	120
Paciencia	121
Perseverancia	122
Fidelidad	124
Generosidad	131
Veracidad	131
Buen ejemplo	132
VALORES HUMANOS	
Deber	137
Trabajo	138
Educación	139
Formación	141
OBRA - OBRERAS DE LA CRUZ	
Obra	145
Espíritu de la Obrera	148
Apostolado	164
ÍNDICE DE MATERIAS	175

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

- 1924 *El Castillo-Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera*. Valencia.
- 1931 *La vida del espíritu*. Valencia.
Reediciones: Moncada (Valencia), 1953 y 1962; Valencia, 1972 y 1994.
- 1943 *Directores de Ejercicios Espirituales*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1997.
- 1945 *Manual de las Obreras de la Cruz*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1987.
- 1949 *Siete Dolores de la Santísima Virgen*. Valencia.
Reediciones: Valencia, 1969 y 1977.
- 1952 *Estímulos*. Moncada (Valencia).
Reediciones: Moncada (Valencia), 1962; Valencia, 1995.
- 1955 *El arte de encomendarse a Dios*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1997.
- 1955 *Formación moral y acción de apostolado*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1994.
- 1962 *Cantoral*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1989.
- 1964 *Constituciones*. Valencia.
Reediciones acomodadas a tenor de las disposiciones emanadas de la Santa Sede: Valencia, 1973 y 1987.
- 1978 *Habla el Boletín...* Valencia.
- 1978 *Espigando*. Valencia. Reedición, aumentada. Valencia, 1996.
- 1989 *Retiros*, 4 vols. Valencia.
- 1995 *Luces sobre el celemín*. Valencia.
- 1995 *Señor, que vea...* Valencia.
- 1995 *¡Tú puedes...!* Valencia.
- 1996 *Hacia la santidad*. Valencia.
- 1999 *Sembrad*. Valencia.
- 1999 *Cooperadores "vivid lo que sois"*. Valencia.

—

*Este libro se terminó de imprimir
en Artes Gráficas Soler, S. L.,
de la ciudad de Valencia,
el 16 de abril de 2004,
XXIX aniversario del
fallecimiento del Padre*

L D
✠
V M
